



Est 252
n° - 210

ROMANCES

²
HISTORICOS.







Dr. de Barrios

El Duque de Rivas

A large, stylized handwritten signature in dark ink, likely belonging to the Duke of Rivas, written below the name.

ROMANCES HISTÓRICOS

DE

D. Angel de Saavedra,

DUQUE DE RIVAS.



MADRID 1841:
IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,
Calle de las Huertas, núm. 8.

ROMANCES

EL TIGRE DE SAN PEDRO

EL TIGRE DE SAN PEDRO

WILSON 1881

LIBRERIA DE D. VICENTE DE LAS CASAS

Calle de las Huertas, núm. 8.



PROLOGO.

Sea cual fuere la opinion que se adopte acerca del origen del romance octosílabo castellano, no puede dudarse que se confunde con el de la lengua misma; tambien llamada *romance*, y que fue el metro propio de nuestra poesía popular mas antigua, de la que cantaba el vulgo, y de la que conservaba en su memoria las hazañas, los milágrs, los amoríos y todo género de tradiciones. Tenemos muchos compuestos en la mas remota antigüedad, ignorándose el nombre de sus autores; y aunque rudos é inarmoniosos, ofrecen sumo interés,

VI

y son tan vigorosos en la espresion y en los pensamientos, que nos encanta su lectura; encontrando en ellos nuestra verdadera poesía castiza, original y robusta, inchando con una lengua naciente, estrecha, insonora y semi-bárbara. Su efecto es tan grande, como se advierte cuando los oímos intercalados con toda su rudeza, y con su antiguo language, en el diálogo de comedias históricas muy posteriores. Célebres ingenios del siglo XVII dieron con ellos, aunque pertenecientes á época tan inculta, y á una literatura tan atrasada, mucho realce á sus composiciones. Luis Velez de Guevara en su drama titulado *Reinar despues de morir*, Cubillo de Aragon en *El rayo de Andalucía*, y los autores de *La mas hidalga hermosura* lo hicieron así con mucho acierto, ingiriendo en estas comedias los romances, que muchos años atrás andaban ya en los labios del vulgo, solemnizando el infortunio de Doña Inés de Castro, la muerte y venganza de los Infantes de Lara, y la noble determinacion tomada por los castellanos de libertar á su conde Fernan-Gonzalez, preso á traicion por el Rey de Navarra. Innumerables ejemplos pudieramos citar de esto mismo. Y el

apoderarse así á la letra de los antiguos romances, para realzar con ellos los dramas históricos, ha merecido elogio hasta del severo y clásico Moratin en su obra titulada: *Origen del teatro español*.

El romance octosilabo mas acomodado á los oídos y á la memoria del vulgo, que los informes y pesados versos del poema del Cid, y que los alejandrinos mas ataviados y cultos de Gonzalo de Bercé, prevaleció sobre ellos, campeando siempre como verdadero metro nacional. No solo se cantaban en él hazañas pasadas, sino que se escribían nuevos romances siempre que ocurrian acontecimientos notables, y sucesos ó hechos de armas, cuya memoria debia conservarse. Y habia poetas de profesion en los campamentos de nuestros caudillos, y en las cortes de nuestros reyes, que cantaban en este metro sus proezas y sus conquistas. El glorioso rey San Fernando llevaba en las huestes con que ganó á Sevilla á *Nicolás de los romances*, sobrenombre que le dan las crónicas, y que demuestra cuál era su ejercicio, y ejercicio á que debió repartimiento despues de la conquista, entrando á la parte con los guerreros, como poeta de la es-

VIII

pedicion, en el despojo de la victoria. ¿No recuerda esto la importancia que tuvieron los bardos de los antiguos pueblos del norte, porque eran los que conservaban la historia de sus hazañas?

La consideracion que merecian los romances históricos de aquellos siglos, y el crédito y fé que se les daba, se conoce al recordar, que de las tradiciones conservadas en ellos, se formaron muchas de las narraciones de las crónicas, que se escribieron despues. Narraciones que aun quando sean de hechos falsos ó exagerados, y que por lo tanto hayan sido últimamente arrojados de la historia, por la crítica moderna, tienen siempre para nosotros una ventaja inapreciable, la de darnos á conocer las ideas de los siglos en que se escribieron y creyeron.

Los romances mas antiguos que poseemos refieren hazañas ó milágnos y caballerías de la corte de Carlo-Magno, por donde se vé que nuestra poesía tuvo el mismo origen que la de todos los paises del mundo: la admiracion de los grandes hechos, y el entusiasmo religioso. Estos romances antiquísimos tienen la misma estructura con que hoy los hacemos; pues son versos de

ocho sílabas , en que los impares van libres ó sueltos , y los pares rimados con una misma desinencia. Y en esta estructura particular , y colocacion alternada de la rima , apoya el ilustrado Conde su opinion , que es la mas admitida , de que el romance castellano proviene de los versos árabes de diez y seis sílabas , pareados , esto es , rimados de dos en dos ; que se escribieron por ignorancia ó de intento , divididos en emistiquios , y cada uno de estos en un renglon aparte , resultando la rima alternada y como hoy la colocamos en el romance.

Estos fueron constantemente escritos en consonante riguroso y uniforme , lo que les daba un monotonio y continuado martilleo muy desapacible. Y en los mas antiguos , como escritos en la infancia de la lengua , y cuando aun no estaba fijada , los poetas añadian letras y sílabas á las palabras finales de los versos , ya para completar el número , ya para formar el sonsonte. Siendo ciertamente muy desagradable y fastidiosa la repeticion de el mismo sonido cada dos versos veinte ó treinta veces , ó acaso mas , pues algunos de aquellos romances son de bastante estension ; los adelantos de la lengua y del buen gusto pro-

dujeron la invencion y adopcion del asonante. Bien sea este, como muchos creen, y no sin fundamento, tomado del árabe; bien que se descubriese por mera casualidad; bien que el deseo de evitar la pesadez de la repeticion de un mismo consonante hiciese observar, que en nuestra lengua basta la conformidad de las dos últimas vocales de una palabra con las de otra, para formar una rima muy distinta y armoniosa. El romance se apoderó esclusivamente de este primor de nuestro idioma, de esta semi-desinencia, que luego se introdujo en otros metros, como artificio esclusivo de la versificación castellana; y que mas adelante admitió el vulgo con particular y decidida preferencia en sus seguidillas, tiranas, etc. Pero no hay ejemplo de esta ventajosa innovacion anterior al siglo XVI.

Mucho ganó con ella el romance en soltura, facilidad y armonía, como ganó, bien que á costa tal vez de energía y severidad, en orden, gala y correccion, cultivado por los ingenios de aquella época aventajada. Y saliendo del estrecho campo á que estaba reducido, empezó en manos del fecundo Lope de Vega, del lozano Góngora, del portentoso Calderon, y de otros buenos in-

genios, á prestarse á todo género de asuntos, ya eróticos, ya filosóficos, ya místicos, ya satíricos, engalanándose con todos los atavíos de la buena poesía. Entonces nacieron los romances *moriscos*, engañándose mucho los que, escasos de erudicion, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se nota con solo considerar que ni las costumbres, ni los afectos ni las creencias, que en ellos se atribuyen á personajes moros, son los de aquella nacion; advirtiéndose desde luego que son cristianos enmascarados con nombres y trages moriscos; moda que produjo muy felices composiciones, y que estuvo una temporada tan en boga entre nuestros poetas, que el mismo Góngora, que la ridiculizó festivamente en un romance jocosos, tuvo que obedecer á ella, y escribió muchos y muy bellos romances moriscos. Inventados fueron, pues, estos por los ingenios castellanos; y los que Perez de Hita introdujo en su *Historia de las guerras civiles de Granada*, compuestos por él, como todo el libro, exornado con narraciones fabulosas. No es esto negar absolutamente que pueda acaso alguno de los romances moriscos de aquel tiempo ser traduccion ó imita-

XII

cion de alguna antigua composicion árabe.

En pós de los romances moriscos vinieron los *pastoriles*, en que fue estremado el Príncipe de Esquilache, y en que perdió aquel metro mucho vigor y lozanía, ganando algo en ternura y en sencillez. El ingenio colosal de Quevedo se apoderó tambien del romance para la sátira, y le dió en este género un ensanche sin límite, y una facilidad sin igual, haciéndolo asiento, no solo de todas las festivas sales de nuestra lengua, sino de los pensamientos mas nuevos y originales, y de todas las frases mas agudas y festivas de que es capaz idioma alguno.

El romance octosilábico castellano se adoptó muy desde luego por los poetas dramáticos, y en comedias anteriores á Lope de Vega lo vemos ya introducido, y continua hasta nosotros, siendo el metro favorito del teatro. Nuestros antiguos poetas cómicos lo mezclaron con quintillas, redondillas, cuartetos, décimas, octavas, sonetos, liras, y aun versos sueltos, mirando como una belleza del drama la variedad de la versificacion; pero en Lope, Alarcon, Tirso, Calderon, Moreto, Rojas y demas insignes dramáticos, se observa que emplea-

ron casi esclusivamente el romance para las narraciones. Este fue luego enseñoreándose completamente de la escena cómica, hasta que se hizo dueño absoluto de ella, á fines del siglo pasado, arrojando de su término los demas metros. Castrillon fue el primero de los modernos que restableció el antiguo gusto de variar la versificacion en la comedia; y hoy dia se ha (en nuestra opinion con muy buen acuerdo) completamente restablecido.

La misma popularidad de que gozó el romance desde su origen, por los asuntos que le fueron peculiares; la facilidad que adquirió su composicion con la introduccion del asonante; la vulgaridad que le dió el diálogo cómico; y la soltura y ensanches que debió, como dejamos dicho, al gigantesco ingenio de Quevedo, lo fueron entregando al brazo seglar de los meros versificadores y de los copleros vergonzantes. Y convertido al fin en su patrimonio esclusivo, murió á sus manos, ya hinchado y ridículamente culto; ya lánguido, trivial y chavacano. Desacreditándose hasta tal punto, que fue últimamente mirado como el verso escrito solo para el vulgo, y como el que podia permitírsele al vulgo en sus

XIV

groseras composiciones; y los hombres literatos comenzaron á asquearlo y á desdeñarlo.

En vano Luzán hizo su elogio, y demostró su importancia en el renacimiento de la poesía española, á mediados del siglo pasado. En vano Melendez justificó con su ejemplo la doctrina de aquel erudito, y escribió no solo romances eróticos y descriptivos, sino tambien composiciones líricas de un género mas filosófico y atrevido en el mismo metro. Y en vano se reimprimieron muchos romances antiguos, con razonados prólogos, tributando al género los elogios mas encarecidos: el romance no resucitó. Los ingenios que han honrado nuestro parnaso despues de Melendez, apenas han escrito alguno que otro, ya erótico ya jocoso, dedicándose esclusivamente al cultivo de los metros italianos. Y los poetas mas recientes tampoco han hecho esfuerzo alguno á favor del romance, ya que tantos hacen por resucitar las coplas de arte mayor, y por aclimatar en nuestro suelo los cuartetos endecasílabos con consonantes agudos, que dán á nuestra lengua un giro mezquino, y una canturía, mas propios del idióma francés que del castellano.

Es ciertamente extraño que en esta época de ensanche, y acaso de regeneración, (en que la poesía rompiendo los estrechos límites de reglas arbitrarias, aunque respetadas por un siglo entero, pugna por volver á su origen, dejando á un lado la servil imitación de griegos y latinos, y buscando inspiraciones propias en épocas mas en armonía con las sociedades modernas,) no haya renacido con muchas ventajas el romance octosilabo castellano. Pues buscándose en los tiempos feudales y en los siglos caballerescos los asuntos y el colorido de la poesía actual, ningun otro metro podia encontrarse mas á propósito, como castizo y original; como nacido en la época misma de los héroes que ahora se celebran; como depósito de esos matices mismos que hoy se buscan con tanto empeño; y como el mas adecuado, en fin, por su sencillez, facilidad y soltura, á todos los tonos de la poesía; y por lo tanto á los atrevidos, variados y desiguales vuelos del *romanticismo*.

Pero aun mas extraño es que en esta época misma, literatos que gozan de justa nombradía, hayan emprendido proscribir *por principios* el romance, como indigno

XVI

del Parnaso español, y como metro despreciable y chavacano. El primero que ha escrito contra el romance ha sido un extranjero; el alemán Schelegel, el que sin negarle gracia y gallardía, decide que no es capaz de la poesía digna de elogios y de imitación. Que un extranjero se haya equivocado, y sentenciado sin conocimiento de causa, no es de extrañar; pero sí lo es, y mucho, que le hayan seguido y reforzado escritores nacionales, y no ignorantes por cierto de nuestra literatura.

En una obra elemental, que anda de real orden en manos de la juventud, se deprime hasta con encono, y se ridiculiza hasta con pueril acritud el romance octosilábico castellano, como indigno de la poesía alta, noble y sublime. Se asegura en ella que *aunque venga á escribirle el mismo Apolo, no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara*. Y se sienta como positivo, que las mas triviales y chavacanas se ocurren inmediatamente á todo español, que lee ú oye una ó dos coplas de romance, aunque este sea muy bueno, y de asunto muy grave y elevado. Decidir tan absolutamente contra un metro en que

XVII

tan excelentes cosas se han escrito; que es sin disputa la forma en que apareció nuestra verdadera poesía nacional; que se ha amoldado siempre con ventaja á todos los géneros, á todos los tonos, á todos los matices, á todos los asuntos imaginables, en manos de nuestros mejores poetas; y, que ya rudo, vigoroso y desaliñado, ya galano y florido, ya tierno y melancólico, ya templado y armonioso, ya jovial y satírico, se ostenta siempre como la mayor riqueza de nuestro parnaso; es un incomprensible atrevimiento, fundado en un aislado capricho, que se opone á la opinion general.

Dígame enhorabuena que el romance octosilabo no es á propósito para escribir en él toda una *Epopéya*, (si es que á alguien le dá en este siglo la mala tentacion de escribir alguna;) pero escluirlo de la poesía sublime, de la poesía histórica, de muchas partes de la *Epopéya* misma, como las narraciones, las descripciones, las sentencias filosóficas, los cuadros poéticos, cuando tenemos tan excelentes trozos de estas clases escritos por nuestros mejores autores en romance; es demasiado pretender, es arrojarle con suma lijereza á dar una

XVIII

sentencia definitiva, que carece de fundamento.

Dice el autor que impugnamos, que todo romance recuerda una *jácara* vulgar. ¿Quién que tenga oído y alma recuerda las chavacanadas del vulgo cuando lee ú oye el sencillo y sublime romance histórico, en que se pinta *al señor de Hita y Buitrago*, en la batalla de Aljubarrota, que viendo á su rey con el caballo muerto, le dá el suyo para que se salve de aquel desastre, le recomienda á su hijo, y se entra á pié á morir como bueno en lo récio de la pelea?..... ¿Quién recuerda las coplas de los ciegos, cuando lee el riquísimo romance de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan lleno de poesía, de amor, de encanto; ó los romances del Cid, muchos de los pastoriles de Esquilache, y los tiernos y de estructura lírica de Melendez? ¿A quién, en fin, se le ocurren esas vulgarachadas, que tan presentes tiene el preceptista, cuando le encantan en el teatro los hermosísimos romances en que el gran Calderon hace sus exposiciones, y en los que todos los géneros, todos los estilos se ven tan maestramente manejados? — Y en vano es alegar en contra nuestra el gran número de perversos

romances que se han escrito; porque tambien se han escrito gran número de malísimas octavas, de enrevesados tercetos, de sonetos abominables. Y al que me arguya con los romances de Montoro y Maruján, yo le opondré las ridículas y extravagantes silvas de Gracian, y los desmayados y prosáicos endecasílabos de Iriarte, y no nos quedaremos nada á deber.

Ciertamente aun no le ha ocurrido á ningun italiano el proscribir los sonoros y fluidos versos cortos cantables, tesoro inagotable de su idioma, y tan cultivado y engrandecido por Metastasio, y otros grandes poetas; fundado en que son los mismos que cantan, vulgarizan y achavacanan los copleros improvisadores de las hosterías y de las plazas públicas. Y precisamente en ellos ha escrito el insigne Manzoni una de las odas mas altas, sublimes y filosóficas de nuestros dias, la que intitula *el 5 de mayo*, y cuyo argumento es la muerte de Napoleon. ¿Y el francés Bérèngèr no ha colocado su nombre entre los primeros líricos de este siglo, sin escribir mas que en los metros mas vulgares de su pais?

No somos nosotros de los que creen que la poesía consiste únicamente en la

forma con que se espresa el pensamiento, atribuyendo todo el encanto de este arte divina, solo á la espresion. Por lo tanto no damos tanta importancia al metro que busca el poeta para transmitirnos las imágenes de su fantasía, y los afectos de su alma. Creemos sin embargo que ciertas formas pueden contribuir á aumentar el efecto en algunos casos, y que ciertas armonías pueden escitar mas ó menos nuestras emociones. Pero fijar reglas en el particular, y que el frio preceptista decida magistralmente en la materia, y marque (aunque sea citando á Horacio) en qué número y con qué armonía se han de espresar tales y tales pensamientos, tales y tales pasiones, nos parece absurdo.—¿Y esas reglas en qué pueden fundarse?..... ¿No vemos la rotunda y pomposa Octava, el verso heroico por excelencia, aplicada con tanta facilidad y magisterio, por el flexible ingenio de Ariosto, á todos los tonos, desde el mas sublime y apasionado, hasta el mas trivial y burlesco; ya á la narracion épica mas alta, ya á la descripcion mas florida y lozana, ya á la relacion mas baja y vulgar? ¿Y no parece, al leer el *Orlando*, que la octava está inventada, ex-profeso,

para cada uno de estos géneros, para cada uno de estos estilos tan diversos y tan encontrados?..... Lo mismo diremos de los demas metros. En los severos tercetos en que el terrible Dante nos pinta sus espantosas visiones, escribió el templado y melancólico Rioja sus pensamientos morales y apacibles; y en tercetos están escritas las sátiras de los Argensolas, y aun las mas libres y sarcásticas de Quevedo y de Arriaza. ¿Y el Soneto?..... No hay combinacion métrica y rítmica mas artificiosa, de mas pompa y magestad: parece hecha á drede para encerrar los pensamientos mas sublimes y encumbrados. Pues tan felizmente se presta á los místicos y á los históricos, cómo á los profundos y filosóficos de los Argensolas, á los risueños y floridos de Arguijo, á los melancólicos y pastoriles del Bachiller Francisco de la Torre, y á los chistosos, libres y hasta chavacanos del gran Quevedo. ¿En qué ejemplos, pues, fundan los preceptistas esas reglas con que quieren tiranizar al ingenio, y encadenar la imaginacion?..... Por fortuna el ingenio creador y la imaginacion fecunda producen sus grandes bellezas, sin acordarse de los preceptistas, y echando mano del instrumento

que su propio instinto les sugiere, como el mas á propósito, en el momento de la inspiracion.

Si todos los metros se prestan mas ó menos á todos los géneros de poesía, y en todos ellos pueden espresar felizmente sus ideas y sus afectos los verdaderos poetas, porque saben darles el tono, el giro y la armonía mas conveniente á la espresion de sus pensamientos y de sus pasiones; el romance octosilábico castellano es acaso la combinacion métrica, que obteniendo la primacia para la poesía histórica, como la mas apta para la narracion y la descripcion, se presta mas naturalmente á todo género de asuntos, á toda especie de composiciones. Su facilidad aparente, esa facilidad misma, que le echan en cara los que creen que la poesía consiste en vencer dificultades de rima y de versificación, le dá una elasticidad suma, y es sin disputa uno de sus mayores méritos; y si se examina esa facilidad, se hallará acaso en ella un peligrosísimo escollo para el poeta. La variacion de sus giros y de sus cortes, pues los que le niegan este dote no han leído los hermosos romances que Calderon introduce en sus comedias, y en que con efectos sorprendentes los ha diversifi-

cado hasta lo infinito, hacen al romance el metro mas á propósito para el cambio de tono, y para la variacion de colorido. Y hasta la armonía del asonante, que en una composicion larga puede de cuando en cuando variarse sin la menor dificultad, y que es tan esclusivamente española, tan grata á los oidos españoles, tan varia, y de suyo tan dulce y tan poco fatigosa, hace del romance castellano el instrumento mas á propósito para todo género de asuntos. ¿Y su rapidéz misma no está indicando que es el verso octosílabo el mas adecuado para expresar los grandes pensamientos filosóficos, las sentencias profundas, y la sencillez y viveza de los afectos?

Engolfados en esta materia, fuerza es que citemos algunos ejemplos en apoyo de cuanto dejamos dicho, y para demostrar mas palpablemente cuan sin razon se ha pronunciado la sentencia contra el romance. Mas no iremos á buscar lo mas esquisito y primoroso que en ellos se encuentra, sino que echaremos mano de lo primero que ocurra á nuestra memoria. Copiaremos, pues, algo de aquel romance anónimo de las exequias del maestre D. Alvaro de Luna. Dice así:

«Iba declinando el día
su curso y ligeras horas,
y el padre que al mundo alumbra
para occidente se torna.
A los reflejos divinos
de aquella luz milagrosa,
pálidos, descoloridos,
cubiertos de negras sombras,
amenazaba la noche,
mústia, temerosa y sorda;
no de luceros vestida
de que se pule y se adorna.
La luna en el primer cielo
con las nubes se arreboza,
y en los escondidos valles
aljófar y perlas llora.
De las aldeas vecinas
dejan desiertas y solas,
unos las casas baldías,
otros las pajizas chozas.
Sonaba en Valladolid
el eco de voces roncás,
y responden los quejidos
de las apartadas rocas.
Hace señal San Benito,
y su rico templo adornan
con los funestos tapices
de bayeta lastimosa.
Murmuraban por las calles
de unas orejas en otras,
la no pensada caída
de aquella Luna hermosa.
Juntáronse los ilustres,
y las iglesias entonan
el entierro de aquel cuerpo,

que del cuello sangre brota.
 En los hombros le reciben
 cuatro con sus cruces rojas,
 que le sirvieron en vida
 y en la muerte le dán honra.
 Pusieron el cuerpo helado
 debajo una dura losa,
 y con el peso insufrible
 dió temblor la tierra toda.
 Al rededor de la tumba
 arden lumbres, todos lloran
 de la miseria infelice
 la tragedia lastimosa.
 Sollozan sus tiernos hijos,
 lamenta su triste esposa,
 y de su vertida sangre
 pide al cielo la deshonra. etc. etc.

Acaso para los que opinan que la poesía consiste en huecos sonidos, y en pomposas cláusulas, no tendrán mérito estos versos. Pero á nosotros nos hacen mucho efecto, y nos parece que están llenos de sublime sencillez, que son altamente poéticos; y que este bellissimo trozo de poesía histórica no tendria ni mas vida, ni mas nobleza, ni mas dignidad escrito en octavas ó en tercetos.

Por no alargarnos demasiado no copiaremos algunos trozos de los romances de Bernardo del Carpio, llenos de robustez y de sensibilidad; ó de los de Arias Gonzalo,

XXVI

en que tan bien pintadas están la lealtad y entereza de aquel insigne castellano, de aquel desventurado padre; ó de los que refieren las bodas de Doña Lambra con el Señor de Villaren y de Barbadillo, tan llenos de interés y de vida: pues todos ellos, á pesar de la rudeza de estilo y de la estrechez del language, están rebosando poesía castiza y original.

El alcaide de Molina escita así á sus soldados á la pelea en un romance anónimo:

«Dejad la seda y brocado,
vestid la malla y el ante,
embrasad la adarga al pecho,
tomad lanza y corvo alfange.
Haced rostro á la fortuna,
tal ocasion no se escape,
mostrad el pecho robusto
al furor del duro Marte.»

¿Son menos varoniles estos belicosos acentos por sonar en versos asonantados de ocho sílabas?

Léanse las maldiciones de las Troyanas á Helena; la pintura del rey D. Rodrigo huyendo del desastre del Guadalete, y la lucha de D. Pedro el Cruel y de D. Enrique, en la que

«Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,

que fuera Cain el vivo
á no haberlo sido el muerto.

Recuérdense los lamentos del alcaide de Alhama cuando pierde esta fortaleza; y examínese, en fin, el razonamiento de Ruy Diaz del Vivar al Conde Lozano, desafiándolo para vengar á su ultrajado padre, y se verá hasta donde se remonta el romance octosílabo castellano, en la narracion y en la espresion de los elevados y heróicos sentimientos.

¿Será necesario á un español, que escribe para españoles, citar los trozos de de las *Mocedades del Cid*, de Guillen de Castro; del *Heraclio*, de Calderon, y aun de la *Verdad sospechosa*, de Alarcon, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan hermosa y maestramente traducidos en versos franceses por el gran Corneille, el padre del teatro francés? Pues compárense los versos castellanos con la traduccion, y se verá que no son en nada inferiores, aunque de romance, á los pomposos alejandrinos en que se tradujeron, y que en estos no ha ganado nada la espresion de los pensamientos de nuestros autores.

Si tanta energía y sencillez ofrece el romance para los asuntos históricos, ¿cuán-

XXVIII

to se presta á la descripción poética, y á los afectos blandos! No copiamos, porque es muy conocido, el bellissimo romance, ya mencionado, de Góngora á *Angelica y Medoro*, tan rico de poesía, tan armonioso, tan bien escrito. Léase esta preciosa composicion, y las descripciones de las fiestas de toros y cañas en otros romances moriscos, y el tierno y apasionado de Melen-
dez á *Rosania en los fuegos*; y se hallará en ellos la verdadera elocucion poética, y se verá que en nada ceden á las mejores composiciones, que á los mismos asuntos han hecho grandes poetas en versos endecasílabos.

La poesía descriptiva que cabe en el metro que defendemos, puede verse en los versos siguientes:

«Entraron los Sarracinos
en caballos alazanes,
de naranjado y de verde
marlotas y capellares.
En las adargas tenian
por empresas sus alfanges
hechos arcos de Cupido,
y por letra: *Fuego y sangre*. etc.»

O en aquellos:

«Cuando las sagradas aguas
del ancho y sagrado Betis,

con la multitud de barcos
 con dificultad parecen;
 cuando entoldadas las popas
 de juncia y de ramas verdes,
 en el agua escaramuzan
 á pesar de sus corrientes;
 cuando mil alegres cantos
 que los sentidos suspenden,
 interrumpen á los vientos
 y enamoran á los peces;
 cuando en las torres mas altas
 mil luminarias parecen,
 y cual veloces cometas
 atraviesan los cohetes;
 entonces etc.»

O en estos:

«Nunca las puertas de oriente
 abrió tan hermosa el Alba,
 cuando saca de alhelies
 las bellas sienes orladas.»

O en estos otros de Góngora:

«Mirábalo en los ramblares
 ora á caballo, ora á pié,
 rendir al fiero animal
 de las otras fieras rey.
 Y con la real cabeza,
 y con la espantosa piel,
 ornar de su ingrata mora
 la respetada pared.»

¿Y en la espresion de los afectos ya
 fuertes é impetuosos, ya tiernos y melancó-
 licos, qué metro aventaja al romance? No

XXX

es posible espresar mejor la indignación,
que lo está en el final de aquel romance,
del desafío del moro Tarfe:

«Esto el moro Tarfe escribe
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.»

Nótese el desórden de la armonía en este
último verso.

¡Que interesante y tierna melancolía
reina en todo el romance de Góngora del
Forzado de Dragut, que empieza:

«Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo,
ambos ojos en la tierra, etc.»

La tierna emoción del cautivo, que descubre desde el mar los montes y las torres de su patria, me recuerdan los siguientes cuatro versos de Matos al mismo asunto en la comedia titulada: *El Genízaro de Hungría*:

«Alargando iba los ojos
hácia mi querida patria,
á donde en prision mas dulce
dejaba cautiva el alma.»

¿Podia escribirse mejor en endecasílabos el terrible diálogo de Focas y Astolfo

en el *Heraclio* de Calderon, solicitando el tirano conocer la verdad para acabar con la sangre de su enemigo, y obligándole el leal anciano á que la respete, por temor de derramar la de su propio hijo? En romance está escrito este diálogo, y seguramente al saborearlo en la escena nadie recuerda las jácara que acaso acaba de oír al ciego en la esquina del teatro, por mas que tengan el mismo *sonsonete*.

Ningun otro metro se presta tanto, por su sencillez, como el romance, á espresar las sentencias morales y los grandes pensamientos filosóficos. Recordemos aquellos dos versos de Guevara:

«Que con decir que son hombres
no se disculpan los reyes.»

O estos de Calderon:

«O honor, fiero basilisco,
que si á tí mismo te miras,
te das la muerte á tí mismo.»

Y aquellos otros:

«Hipócrita mongibelo,
nieve ostentes, fuego escondes;
¿qué harán los pechos humanos
si saben mentir los montes?»

Y los que dicen:

. Que nunca tuvo»

XXXII

lo no bien hecho otra enmienda
del arrojó que lo obró,
que el valor que lo sustenta.

Y los que pone en boca de Don Juan Malec, en la comedia titulada: *Amar después de la muerte, ó el Tuzaní de las Alpujarras*, en que refiriendo el noble anciano á sus compatriotas los moriscos la ofensa que acaban de hacerle en el ayuntamiento; cuando vá á contar que le han dado con su propio báculo un golpe afrentoso, se detiene, y dice:

. Esto basta,
que hay cosas que cuesta mas
el decir las, que el pasarlas.

Seria necesario un tomo entero para copiar todos los ejemplos de esta clase que se nos ocurren. Y otro para los que podíamos recordar de espresiones nuevas y pintorescas con que este fecundo metro ha enriquecido la poesía castellana. Y si lo consideramos aplicado á la sátira, y á los asuntos jocosos, en manos de Góngora y de Quevedo, ¡cuánto podíamos citar en su abono! ¡Que tesoro inmenso de frases felicísimas, de giros extraordinarios, de pensamientos inesperados, que en cualquiera otro metro hubieran acaso perdido algo de su

frescura, de su malicia y de su originalidad.

Pero basta ya, porque no hay literato alguno, versado en la lectura de nuestros poetas líricos y dramáticos, á quien no sean familiares los hermosos trozos de poesía, de todos los géneros y tonos, escritos en verso octosilabo asonantado, y tan apreciables por lo menos como cuantos se puedan citar en cualquiera otra especie de versificación.

El romance, que es el metro castizo de nuestra lengua, en el que se cantaron las hazañas de nuestros mayores, el que cultivaron y engalanaron nuestros mejores poetas, el que tan bien suena en el diálogo escénico, el que tan dócil se amolda á todos los asuntos, á todos los estilos, tan fácil, tan sonoro, asiento del asonante, primor esclusivo de nuestra hermosa lengua (debido á su variedad infinita de terminaciones, y al sonido puro, fijo, invariable de sus cinco vocales) no debe ser despreciado, ni olvidado por metros y combinaciones rítmicas, que hemos tomado, ciertamente con muchas ventajas, de otro idioma. Y aunque con ellos y con ellas se ha enriquecido el nuestro, y se han escrito muchas obras admirables en todo género, no renunciemos al abundante y rico tesoro de

XXXIV

elocucion poética castellana que en los romances octosilábicos poseemos, ni desechemos uno de nuestros mejores títulos á la gloria poética.

El romance, pues, tan á propósito, como dejamos repetido, para la narracion y descripcion, para espresar los pensamientos filosóficos, y para el diálogo, debe, sobre todo, campear en la poesía histórica, en la relacion de los sucesos memorables: así empezó en los siglos rudos de su nacimiento. Volverlo á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofia, y aprovechándose de todos los atavíos con que nuestros buenos ingénios lo han engalanado, seria ocupacion digna de los aventajados poetas, que nunca escasean en nuestro privilegiado suelo. Con débiles fuerzas he intentado yo tan difícil é importante empresa, escribiendo esta coleccion de *Romances históricos*, que presento al público. Mis lectores ilustrados decidirán si he logrado mi intento. Si no he sido tan dichoso, al menos habré conseguido llamar la atencion sobre el romance castellano, y sobre la poesía histórica, á la estudiosa juventud, que con tanto aprovecha-

miento cultiva hoy entre nosotros la amena literatura, dando diariamente, en composiciones de mucho mérito, claras pruebas de fecundo ingenio y de brillante imaginacion.



Esta obra es propiedad de su autor, quien
perseguirá ante la ley al que la reimprima.



UNA ANTIGUALLA

de Sevilla.

Al Sr. D. Manuel Cepero.



ROMANCE I.

EL CANDIL.

MAS ha de quinientos años,
en una torcida calle,
que de Sevilla, en el centro,
dá paso á otras principales;

Cerca de la media noche,
cuando la ciudad mas grande
es de un grande cementerio
en silencio y paz imágen:

De dos desnudas espadas
que trababan un combate,
turbó el repentino encuentro
las tinieblas impalpables.

El crujir de los aceros
sonó por breves instantes,
lanzando azules centellas,
meteóro de desastres.

Y al gemido, ¡*Dios me valga!*
¡*Muerto soy!* Y al golpe grave
de un cuerpo que á tierra vino,
el silencio y paz renacen.

Al punto una ventanilla
de un pobre casuco abren;
y de tendones y huesos,
sin jugo, como sin carne,

Una mano y brazo asoman,
que sostienen por el aire
un candil, cuyos destellos
dan luz súbita á la calle.

En pós un rostro aparece
de gomia ó bruja espantable,
á que otra marchita mano
ó cubre ó dá sombra en parte.

Ser dijérase la muerte
que salia á apoderarse
de aquella víctima humana
que acababan de inmolarle;

O de la eterna justicia,
de cuyas miradas nadie
consigue ocultar un crimen,
el testigo formidable.

Pues á la llama mezquina,
con el ambiente ondeante,
que dando luz roja al muro
dibujaba desiguales

Los tejados y azoteas
sobre el oscuro celage,
dando fantásticas formas
á esquinas y boca-calles,

Se vió en medio del arroyo,
cubierto de lodo y sangre,
el negro bulto tendido
de un traspasado cadáver.

Y de pié á su frente un hombre,
vestido negro ropaje,
con una espada en la mano,
roja hasta los gavilanes.

El cuál, en el mismo punto,
sorprendido de encontrarse
bañado de luz, esconde
la faz en su embozo, y parte:

Aunque no como el culpado
que se fuga por salvarse,
sino como el que inocente
mueve tranquilo el pié y grave.



Al andar, sus choquezuelas
formaban ruido notable,
como el que forman los dados
al confundirse y mezclarse.

Rumor de poca importancia
en la escena lamentable,
mas de tan mágico efecto,
y de un influjo tan grande

En la vieja, que asomaba
el rostro y luz á la calle,
que, cual si oyera el silbido
de venenosa ceraste,

O crujir las negras alas
del precipitado Arcángel,
grita en espantoso ahullido,
¡Virgen de los Reyes válme!

Suelta el candil, que en las piedras
se apaga y aceite esparce,
y cerrando la ventana
de un golpe, que la deshace,

Bajo su mísero lecho
corre á tientas á ocultarse,
tan acongojada y yerta,
que apenas sus pulsos laten.

Por sorda y ciega haber sido
aquellos breves instantes,
la mitad diera gustosa
de sus dias miserables:

HISTORICOS.

5

Y hubiera dado los días
de amor y dulces afanes
de su juventud, y dado
las caricias de sus padres,

Los encantos de la cuna,
y..... en fin, hasta lo que nadie
enagena, la esperanza,
bien solo de los mortales:

Pues lo que ha visto la abruma,
y la aterra lo que sabe,
que hay vistas, que son peligros,
y aciertos que muerte valen.

ROMANCE II.

EL JUEZ.

LAS cuatro esferas doradas,
que ensartadas en un perno,
obra colosal de moros
con resaltos y letreros,

De la torre de Sevilla
eran remate soberbio,
dó el gallardo Giraldillo
hoy marca el mudable viento;

(Esferas, que pocos años
despues derrumbó en el suelo
un terremoto) brillaban
del sol matutino al fuego:

Cuando en una sala estrecha
del antiguo alcázar régio,
que entonces reedificaban
tal cuál hoy mismo le vemos.

En un sillón de respaldo
sentado está el rey D. Pedro,
jóven de gallardo talle,
mas de semblante severo.

A reverente distancia,
una rodilla en el suelo,
vestido de negra toga,
blanca barba, albo cabello,

Y con la vara de alcalde
rendida al poder supremo,
Martin Fernandez Cerón
era emblema del respeto.

Y estas palabras de entrambos
recogió el dorado techo,
y la tradicion guardólas
para que hoy suenen de nuevo.

R.—¿Conque en medio de Sevilla
amaneció un hombre muerto,
y no venís á decirme
que está ya el matador preso?

HISTORICOS.

A.—Señor, desde antes del alba,
en que el cadáver sangriento
recogí, varias pesquisas
inútilmente se han hecho.

R.—Mas pronta justicia, alcalde,
ha de haber donde yo reino,
y á sus vijilantes ojos
nada ha de estar encubierto.

A.—Tal vez, señor, los judíos,
tal vez los moros sospecho.

R.—¿Y os vais tras de las sospechas
cuando hay un testigo, y bueno?

¿No me habeis, alcalde, dicho,
que un candil se halló en el suelo
cerca del cadáver? . . . Basta,
que el candil os diga el reo.

A.—Un candil no tiene lengua.

R.—Pero tiénela su dueño,
y á moverla se le obliga
con las cuerdas del tormento.

Y vive Dios que esta noche
ha de estar en aquel puesto,
ó vuestra cabeza, alcalde,
ó la cabeza del reo.

El rey, temblando de ira,
del sillón se alzó de presto,
y el juez alzóse de tierra
temblando también de miedo.

Y haciendo una reverencia,
y otra después, y otra luego,
salióse á ahorcar á Sevilla
para salvarse resuelto.

Síguele el rey con los ojos,
que estuvieran en su puesto
de un basilisco, en la frente,
según eran de siniestros,

Y de satánica risa
dando la expresión al gesto,
salió detrás del alcalde
á pasos largos y lentos.

Por el corredor estuvo
en las alcándaras viendo
azóres y gerifaltes,
y dándoles agua y cebo.

Y con uno sobre el puño
salió á dirigir él mismo
las obras de aquel palacio
en que muestra gran empeño.

Y vió poner las portadas
de cincelados maderos,
y él mismo dictó las letras
que aun hoy notamos en ellos.

Despues habló largo rato,
á solas y con secreto,
á un su privado, Juan Diente,
diestrísimo balletero.

Señalándole un retrato,
busto de piedra mal hecho,
que con corta semejanza
labró un peregrino griego.

Fué á Triana, vió las naves
y marítimos aprestos;
de Santa Ana entró en la iglesia
y horó brevísimo tiempo.

Comió en la torre del Oro,
á las tablas jugó luego
con Martin Gil de Alburquerque;
á caballo dió un paseo:

Y cuando el sol descendia,
dejando esmaltado el cielo
de rosa, morado y oro,
con nubes de grana y fuego;

Tornó al alcázar, vistióse
sayo pardo, manto negro,
tomó un birrete sin plumas
y un estoque de Toledo;

Y bajando á los jardines
por un postigo secreto,
do Juan Diente le esperaba
entre murtas encubierto,

Salió solo, y esto dijo
con recato al balletero:
"Antes de la media noche
todo esté cuál dicho tengo."

Cerró el postigo por fuera,
y en el laberinto ciego
de las calles de Sevilla
desapareció entre el pueblo.

ROMANCE III.

LA CABEZA.

AL tiempo que en el ocaso
su eterna llama sepulta
el sol, y tierras y cielos
con negras sombras se enlutan,

De la cárcel de Sevilla,
en una bóveda oscura,
que una lámpara de cobre
mas bien asombra que alumbra,

Pasaba una estraña escena,
de aquellas que nos angustian,
si en horrenda pesadilla
el sueño nos las dibuja.

Pues no semejaba cosa
de este mundo, aunque se usan
en él cosas harto horrendas,
de que he presenciado muchas;

Sino cosa del infierno,
funesta y maligna junta
de espectros y de vampiros,
festin horrible de furias.

En un sillón, sobre gradas,
se vé en negras vestiduras
al buen alcalde Cerón,
ceño grave, faz adusta.

A su lado en un bufete,
que mas parece una tumba,
prepara un viejo notario
sus pergaminos y plumas.

Y de aquella estancia en medio,
de tablas con sangre sucias
se vé un lecho, y sus cortinas
son cuerdas, garfios, garruchas.

En torno de él dos verdugos
de imbécil facha y robusta,
de un saco de cuero aprestan
hierros de infaustas figuras.

Sepulcral silencio reina,
pues solamente se escucha
el chispeo de la llama
en la lámpara que ahuma

La bóveda, y de los hierros
que los verdugos rebuscan,
el metálico sonido
con que se apartan y juntan.



Pronto del severo alcalde
la voz sepulcral retumba
diciendo: "Venga el testigo
que ha de sufrir la tortura."

Se abrió al instante una puerta
por la que sale confusa
algazara, ayes profundos
y gemidos que espeluznan.

Y luego entre los sayones,
esbirros y vil gentuza,
de ademanes descompuestos
y de feroz catadura,

Una vieja miserable,
de ropa y carne desnuda,
como un cuerpo que las hienas
sacan de la sepultura;

Pues sólo se vé que vive
porque flacamente lucha
con desmayados esfuerzos,
porque gime y porque suda.

Arrástranla los sayones;
la confortan y la ayudan
dos religiosos franciscos
caladas sendas capuchas;

Y la algazara y estruendo
con que satánica turba
lleva un precito á las llamas
por la bóveda retumba.



Un negro bulto en silencio
tambien entra en la confusa
escena, y sin ser notado
tras de un pilaron se oculta.

“Ven (grita un tosco verdugo
con una risada aguda)
ven á casarte conmigo;
hecha está la cama, bruja.”

Otro, asiéndola los brazos
con una mano mas dura
que unas tenazas, le dice:
“No volarás hoy á oscuras.”

Y otro, atándola las piernas:
“¿Y el bote con que te untas?...
Sobre la escoba á caballo
no has de hacer mas de las tuyas.”

Estos chistes semejaban
los ahullidos con que aguzan
la hambre los lobos, al grito
de los cuervos que barruntan

Los ya corrompidos restos
de una víctima insepulta,
la mofa con que los cafres
á su prisionero insultan.



Tienden en el triste lecho,
ya casi, casi difunta,
á la infelice; la enlazan
con ásperas ligaduras,

Y de hierro un aparato
á su diestra mano ajustan,
que al impulso mas pequeño
martirio espantoso anuncia.

Dice un sayon al alcalde:
“Ya está en jaula la lechuza,
y si aun á cantar se niega,
yo haré que cante ó que cruja.”

Silencio el alcalde impone,
quédase todo en profunda
quietud, y solo gemidos
casi apagados se escuchan.

“Muger, prorumpe Cerón,
muger, si vivir procuras,
declárame cuanto viste
y te dará Dios ayuda.”

—“Nada ví, nada, responde
la infeliz: por Santa Justa
juro que estaba durmiendo:
ni ví, ni oí cosa alguna.”

—Replicó el juez, “Desdichada,
piensa, piensa lo que juras.”

Y tomando de las manos
del notario que le ayuda

Un candil: “Mira, prosigue,
esta prenda que te acusa.
Dí quién la tiró á la calle
pues confesaste ser tuya.”

La mísera se estremece
trémula toda y convulsa,
y respondió desmayada:
“El demonio fue sin duda.”

Y trás de una breve pausa:
“Soy ciega, soy sorda y muda.
Matadme, pues, lo repito:
ni ví, ni oí cosa alguna.”

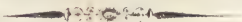
El juez entonces, de mármol,
con la vara al lecho apunta,
ase una cuerda un verdugo,
rechina allá una garrucha,

La mano de la infelice
se disloca y descoyunta,
y al chasquido de los huesos
un alarido se junta.

—“Piedad, que voy á decirlo,”
grita con voz moribunda
la víctima, y al momento
suspéndese la tortura.

—“Declara,” el juez dice, y ella
cobrando un vigor que asusta,
prorumpen... “El rey fué...” y su lengua
en la garganta se anuda.

Juez, escribano, verdugos,
todos con la faz difunta
oyen tal nombre, temblando,
y queda la estancia muda.



En esto el desconocido,
que tras del pilar se oculta,
hácia el potro del tormento
el firme paso apresura;

Haciendo sus choquezuelas,
canillas y coyunturas,
el ruido que los dados
cuando se chocan y juntan.

Rumor que al punto conoce
la infeliz, y se espeluzna,
y repite: "El rey; sus huesos
asi sonaron, no hay duda."

Al punto se desemboza
y la faz descubre adusta,
y los ojos como brasas
aquel personage, á cuya

Presencia hincan la rodilla
cuantos la bóveda ocupan,
pues al rey D. Pedro todos
conocen y se atribulan.

Este saca de su seno
una bolsa do relumbran
cien monedas de oro, y dice:
"Toma y socórrete, bruja.

Has dicho verdad, y sabe
que el que á la justicia oculta
la verdad, es reo de muerte,
y cómplice de la culpa.

Pero pues tú la dijiste,
vé en paz, el cielo te escuda.
Yo soy, sí, quien mató al hombre,
mas Dios solo á mí me juzga.

Pero porque satisfecha
quede la justicia augusta,
ya la cabeza del reo
allí escarmientos pronuncia.”

Y era así: ya colocada
estaba la imagen suya
en la esquina do la muerte
dió á un hombre su espada aguda.

DEL CANDILEJO la calle
desde entonces se intitula,
y el busto del rey D. Pedro
aun allí está, y nos asusta.



EL ALCÁZAR

DE SEVILLA.

ROMANCE I.

MAGNÍFICO es el Alcázar
con que se ilustra Sevilla,
deliciosos sus jardines,
su escelsa portada rica.

De maderos entallados
en mil labores prolijas,
se levanta el frontispicio
de resaltadas cornisas;

Y hay en ellas un letrero
donde, con letras antiguas,
D. Pedro hizo estos palacios
esculpido se divisa.

Mal dicen en sus salones
las modernas fruslerías,
mal en sus soberbios patios
gente sin barba y ropilla.

¡Cuántas apacibles tardes,
en la grata compañía
de chistosos sevillanos
y de sevillanas lindas,

Recorrí aquellos verjeles,
en cuya entrada se miran
jigantes de arrayan hechos
con actitudes distintas!

Las adelfas y naranjos
forman calles estendidas,
y un oscuro laberinto
que á los hurtos de amor brinda.

Hay en tierra surtidores
escondidos; se improvisan,
saltando entre los mosaicos
de pintadas piedrecillas,

Y á los forasteros mojan
con algazara y con risa
de los que ya escarmentados
el chasco pesado evitan.



En las tardes del estío,
cuando al ocaso declina
el sol entre leves nubes,
que de oro y grana matiza,

Aquel trasparente cielo
con ráfagas purpurinas,
cortado por un celaje
que el zéfiro manso riza ;

Aquella atmósfera ardiente
en qué fuego se respira ,
¡qué languidez dan al cuerpo !
¡qué temple al alma divina !

De los baños, tan famosos
por quien los gozó, la vista,
la del soberbio edificio,
obra gótica y morisca,

Tétrico en partes, en partes
alegre, y en el que indican
los dominios diferentes,
ya reparos, ya ruinas ;

Con recuerdos y memorias
de las edades antiguas
y de los modernos años,
embargan la fantasía.

El azahar y los jazmines,
que si los ojos hechizan ,
embalsaman el ambiente
con las aromas que espiran ;

De las fuentes el murmurio,
la lejana gritería
que de la ciudad, del rio,
de la alameda contigua



De Triana y de la puente
confusa llega y perdida,
con el son de las campanas
que en la alta Giralda vibran:

Forman un todo encantado,
que nunca jamás se olvida,
y que al recordarlo, siempre
mi alma y corazon palpitan.

Muchas deliciosas noches;
cuando aun ardiente latía
mi ya helado pecho, alegres,
de concurrencia escogida

Ví aquellos salones llenos;
y á la juventud, cuadrillas
ó contradanzas bailando
al son de orquestas festivas.

En las doradas techumbres
los pasos, la charla y risas
de las parejas gallardas,
por amor tal vez unidas,

Con el son de los violines
confundidos se estendian,
acordes ecos hallando
por las esmaltadas cimbrias.

Mas, ay! aquellos pensiles
no he pisado un solo dia,
sin ver (sueños de mi mente!)
la sombra de la Padilla

Lanzando un hondo gemido,
cruzar leve ante mi vista
como un vapor, como un humo
que entre los árboles gira:

Ni entré en aquellos salones,
sin figurárseme erguida,
del fundador la fantasma
en helada sangre tinta:

Ni en el vestibulo oscuro,
el que tiene en la cornisa
de los reyes los retratos,
el que en columnas estriba,

Al que adornan azulejos
abajo, y esmalte arriba,
el que muestra en cada muro
un rico balcon, y encima

El ondo arteson dorado,
que lo corona y atrista;
sin ver en tierra un cadáver.
Aun en las losas se mira

Una tenaz mancha oscura.....
ni las edades la limpian!
Sangre!!! sangre!!!!... ¡oh cielos, cuántos
sin saber que lo es, la pisan!

ROMANCE II.

QUINIENTOS años mas jóven
era el magnífico alcázar,
aun lustrosas sus paredes,
su alto almenaje sin faltas,

Y lucientes los esmaltes
de las techumbres doradas,
mansion del rey de Castilla
orgullosa se ostentaba ;

Cuando del mayo florido
una apacible mañana,
en aquel salón que tiene
los balcones á la plaza,

Dos ilustres personajes
en grande silencio estaban :
un caballero era el uno,
el otro una hermosa dama.

Rica berberisca alfombra,
del rey Moro de Granada
don ó tributo, cubría
las losas de aquella cuadra.

Un cortinaje de seda
con listas y flores varias,
matizado en el oriente,
que galeras venecianas
(Tal vez de su dux regalo)
trajeron á nuestra España;
del abierto balconaje
el radiante sol templaba.

En el testero de enfrente
de maderas cinceladas
un rico oratorio habia
con embutidos de nácar,

Y en él la imagen devota
de la Virgen soberana,
escultura harto mezquina,
mas no de atractivos falta,

De la cual era el adorno
una corona de plata,
reverberando en su cerco
amatistas y esmeraldas.

Un manuscrito precioso
con las oraciones santas,
ornatos de miniatura,
y de oro y marfil las tapas,

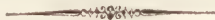
Colocado se veía
sobre un atril, que formaban
de un ángel mal esculpido,
aunque con primor, las alas;

Y de brocado de oro
en el suelo una almohada,
mostrando, por medio hundida,
de dos rodillas la marca.

En los muros blanqueados
con cal de Moron, de caza
pendían varios trofeos,
banderas y limpias armas;

Y en una mesa ó bufete,
puesta en medio de la estancia,
con un tapete cubierta,
cuyos picos arrastraban,

Un templado laud había,
un rico juego de tablas,
búcaros llenos de flores,
y un cofre de filigrana.



De un balcon sentóse cerca,
muy pensativa la dama,
en un gran sillón dorado,
cuyo respaldo formaba

Un dosel ó guardapolvo
en una curva gallarda,
de castillos, de leones
y de corona adornada,

Un vistoso brial de seda
verde, y con labores varias
de sirgo y perlas, y en torno
de oro recamos y franjas,

Era su traje; una toca
muy mas que la nieve blanca,
y un claro cendal cubrian
sus trenzas negras y largas.

Celestial era su rostro
y divina su garganta;
pero del color de cera,
que miedo y penas retrata:

Dos soles eran sus ojos
bajo las luengas pestañas,
donde dos perlas preciosas,
prontas á correr, brillaban.

Era una fresca azucena,
á quien cruda muerte amaga,
porque un corroedor gusano
ya su hondo cáliz desgarrá.

Ora un blanco pañizuelo,
con puntas bordado y randas,
revolvía con las manos
convulsas y deslustradas,

Ora absorta y distraida ,
agitaba en torno el aura
con un precioso abanico
de ricas plumas de Arabia.



Delgado era el caballero,
de estatura no muy alta ,
vivaces ojos, la boca
inquieta, roja la barba,

Pálido y enjuto el rostro,
nariz corva y afilada,
noble su porte, y siniestras
y terribles sus miradas.

Envuelto en un rojo manto,
de oro bordado y con chapas,
y una gorra en la cabeza
puesta de lado con gracia,

De largo á largo media
con pasos lentos la estancia,
y pasiones diferentes
su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecía,
arrojando fieras llamas
por los encendidos ojos,
hechos del infierno brasas;

Luego estendian los labios
sonrisa feroz y amarga;
ó en las doradas techumbres
fijaba atroces miradas;

Bien apresurando el curso
de pié á cabeza temblaba;
bien repuesto proseguia
su paso noble con calma.

Asi he visto al tigre fiero,
ya tranquilo, ya con rabia,
revolverse á todos lados
dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra,
no se oian sus pisadas;
pero sordas le crujian,
siempre que se mencaba,

Canillas y choquezuelas.
Diz que el cielo (cosa rara!)
de igual rumor ha dotado,
allá en tierras muy lejanas,

Para que la evite el hombre,
á una serpiente que llaman
de cascabel, y que al punto
que se acerca pica y mata.

Doña María Padilla
era la llorosa dama,
y el callado caballero
el rey D. Pedro de España.

ROMANCE III.

Cual de solitaria torre
en torno están revolando
fieras aves de rapiña,
cuando el sol baja al ocaso,

Asi en torno de D. Pedro
vuelan pensamientos varios,
cuyas sombras ofuscaban
de su semblante los rasgos.

Ya ocupa su airada mente
el poder de sus hermanos,
á los que mató la madre,
y á quienes llama bastardos:

Ya de los grandes inquietos
la insolencia y desacato,
ó la mengua del tesoro
sin medios de repararlo:

Ya la linda doña Aldonza,
á quien tiene á buen recaudo;
ó las sangrientas fantasmas
de inocentes que ha matado:

Ya una proyectada empresa
rompiendo la fé de un pacto
contra el moro granadino;
ó una traicion ó un engaño.

Mas, como las mismas aves
se van escondiendo al cabo
entre las almenas rotas
del castillo solitario,

Y solo constante queda,
en torno de él volteando,
la mas voraz, la mas fuerte,
la que no admite descanso;

Asi aquel tropel confuso
de pensamientos estraños,
en que se encontró D. Pedro
envuelto pequeño rato,

En su pecho y su cabeza
fueron nidos encontrando,
y quedó despierta y viva,
dándole gran sobresalto,

La imágen de don Fadrique,
el mejor de sus hermanos,
norma de los caballeros
y maestro de Santiago.



Del rey de Aragon acaba
don Fadrique el esforzado
de conquistar á Jumilla
con noble denuedo y brazo:

Deja en lugar de las barras
los castillos tremolando,
y viene á entregar las llaves
á su rey, señor y hermano.

Sabe el rey que no es rebelde,
que es su amigo y partidario,
y mas que á Tello y á Enrique
le está embrabecido odiando.

D. Fadrique fué el que tuvo
de venir á Francia encargo
por la reina doña Blanca;
mas tardó en llevarla un año.

Con ella en Narbona estuvo...
y un ruitor corrió entre tanto
de aquellos que son ponzoña,
ora ciertos, ora falsos.

Doña Blanca está en Medina,
y en una torre pagando
las tardanzas del viaje,
las hablillas de palacio;

Y el cuello de D. Fadrique
está en los hombros intacto,
porque tiene gran valía,
poder mucho y nombre claro.

Mas ay de él!.... es de las damas
el ídolo por su trato,
por su gallarda presencia
y por su esfuerzo bizarro;

Y si no dá sombra al trono,
porque es fiel, dá, mal pecado!
al corazon duros zelos;
y esto es peor, si aquello es malo.

Doña María Padilla,
cuyo entendimiento claro
del régio amante penetra
los mas ocultos arcanos,

Y en quien la bondad del alma
sobrepuja á los encantos
de su peregrino rostro
y de su cuerpo gallardo;

Vive víctima infelice
de continuo sobresalto,
porque al rey ama, y le mira
á mal fin tender el paso.

Conoce que sobre sangre,
persecuciones y llantos
no está nunca firme un trono,
nunca seguro un palacio;

Y tiene dos tiernas niñas,
que con otro padre acaso,
aunque ilegítimo fruto,
pudieran todo esperarlo.

Ve en el insigne Fadrique
un apoyo, un partidario:
sabe que llega á Sevilla,
y á voces le está indicando

De su fiero amante el rostro,
que viene en momento aciago;
y por aquietar sospechas,
ó darles punto mas alto,

Al fin rompiendo el silencio,
aunque con trémulos labios
osó hablar, y estas palabras
entre los dos se mezclaron:

“¿Conque hoy llegará triunfante
D. Fadrique vuestro hermano?”—

“Y por cierto que ya tarda
en llegar aqui el bastardo.”—

“Bien os sirve!.... Sí, en Jumilla
como un héroe se ha portado:
de su lealtad os dá pruebas;
es muy valiente.”—“Lo es hartto.”—

“Ya estareis, señor, seguro
de su pecho noble y franco.”—

“Aun mas lo estaré mañana.”—
Enmudecieron entrambos.

ROMANCE IV.

GRANDE rumor se alza y cunde
de armas, caballos y pueblo
de Sevilla por las calles,
al maestro recibiendo.

Suenan los vivos unidos
con los retumbantes ecos,
que en la altísima Giralda
esparce el bronce hasta el cielo.

Vase acercando la turba,
pero se la escucha menos:
ya á la plaza de palacio
llega, y párase en silencio;

Que la vista del alcázar
gozaba del privilegio
de apagar todo entusiasmo,
de convertir todo en miedo.

Quedó, pues, mudo el gentío,
falto de acción y de aliento,
para pisar la gran plaza
con un mágico respeto;

:

Y el maestre de Santiago,
con algunos caballeros
de su orden, entra, seguido
de corto acompañamiento.

Diríjese hácia la puerta,
como aquel que vá derecho
á encontrar de un buen hermano
el alma y brazos abiertos;

O como noble caudillo,
que por sus gloriosos hechos
de un rey á recibir llega
los elogios y los premios.

Sobre un morcillo lozano
que espuma respira y fuego,
y á quien contiene la brida
si ensoberbece el arreo,

Muéstrase el noble Fadrique
con el blanco manto suelto,
en que el collar y cruz roja
van su dignidad diciendo;

Y una toca de velludo
carmesí lleva, do el viento
agita un blanco penacho
con borlas de oro sujeto.

Pálido como la muerte
el iracundo D. Pedro,
en cuanto entrar en la plaza
vió al hermano desde lejos,

Como si de mármol fuera
quedó del salon en medio,
y en sus furibundos ojos
ardió un relámpago horrendo;

Pero pronto en sí tornando,
salióse del aposento,
cual si del huésped quisiera
buscar afable el encuentro.

Asi que volver la espalda
le vió la Padilla, lleno
el corazon de amargura
y de llanto el rostro bello,

Alzase y sale turbada
del balcon al antepecho,
al gallardo maestre indica
con actitudes y gesto,

Que llega en mal hora, y mueve
por el aire el pañizuelo,
diciéndole en mudas señas
que se ponga en salvo luego.

Nada comprende Fadrique,
y por saludos teniendo
los avisos, corresponde
cual galan y cual discreto;

Y á la ancha portada llega
do guardias y ballesteros
le dejan el paso libre,
mas no entrada á su cortejo.

Si no conoció las señas
de la Padilla, D. Pedro
las conoció, pues paróse
aun indeciso y suspenso

De la cámara en la puerta
un breve instante, y volviendo
los ojos, vió que la dama
agitaba el blanco lienzo.

Oh Dios! ¿fué esta accion tan noble
de tan puro y santo intento,
la que llamó á los verdugos,
y la que firmó el decreto?

Apenas puso el Maestre,
de dos solos escuderos
seguido, el pié confiado
en el vestibulo régio,

Donde varios hombres de armas
vestidos de doble hierro,
paseándose guardaban
de la escalera el ingreso;

Cuando á uno de los balcones,
como aparicion de infierno,
el rey se asoma gritando:
Matád al Maestre, mazersos.

Siguió como en la tormenta
el súbito rayo al trueno,
y seis reformidas mazas
sobre Fadrique cayeron.

Llevó la mano al estoque,
pero en el tabardo envuelto
halló el puño, y fue imposible
desenredarlo tan presto.

Cayó en tierra, un mar de sangre
del roto cráneo vertiendo,
y lanzando un alarido
que llegó sin duda al cielo.

Voló al instante la nueva
de tan horrible suceso;
apelaron á la fuga
los freiles y caballeros;

Huyó á esconderse en sus casas,
temblando de horror, el pueblo,
y del alcázar quedaron
los alrededores desiertos.

Diz que el ver sangre embravece
al tigre con tanto estremo,
que prosigue los destrozos
aunque ya esté satisfecho

Su vientre, porque se goza
en teñir de rojo el suelo.
Sin duda al rey de Castilla
le sucedia lo mesmo:

En cuanto vió á D. Fadrique
desplomarse en tierra yerto,
corrió por palacio todo
buscando á sus escuderos,

Qué trémulos y amarillos
de aposento en aposento
huyen, sin hallar amparo,
corren, sin hallar un puerto.

Por dicha logró fugarse
ó esconderse el uno de ellos;
Sancho Villegas el otro
no fué tan feliz ó diestro.

Viendo que el rey le persigue,
entróse, de espanto muerto,
donde estaba la Padilla
desmayada y en su lecho,

Asistida por sus damas
que están temblando de miedo,
y con sus niñas al lado,
ángeles en alma y cuerpo.

Mirando allí el infelice
aun perseguirle el espectro,
que en asilos no repara,
coge en sus brazos de presto

A Doña Beatriz, que apenas
cuenta seis años completos,
hija por quien el rey tiene
el mas cariñoso extremo.

Pero, ay! de nada le sirve.....
En vano allá en el desierto
con la cruz santa se abraza
el peregrino, si recio

Brama el sur, si arde el espacio
si olas de arena, creciendo
mar espantoso, confunden
la baja tierra y el cielo.

Con la niña entre los brazos
y de rodillas, el pecho
traspasóle furibunda
la daga del rey D. Pedro.



Cual si no hubiese en palacio
nada ocurrido de nuevo,
se asentó el rey á la mesa,
como acostumbra, comiendo,

Jugó en seguida á las tablas,
salió despues á paseo,
fué á ver armar las galeras
que han de ir á Vizcaya luego;

Y en cuanto cubrió la noche
con su manto el hemisferio
entró en la torre del Oro,
donde tiene en un encierro

A la linda Doña Aldonza,
á la cual del monasterio
de santa Clara ha sacado,
y á la que idolatra ciego.

Fué un rato á hablar en seguida
con Leví, su tesorero,
en quien tiene su privanza,
aunque es un infame hebreo;

Y muy tarde retiróse
sin mas acompañamiento
que un moro su favorito,
hombre bajo por supuesto.

Entró en el tranquilo Alcázar,
llegó al vestibulo escelso,
y en él paróse un instante
la vista en torno moviendo.

Una lámpara pendiente
del artesonado techo
en derredor derramaba
ya sombras, y ya reflejos:

Entre las tersas columnas
dos hombres de armas, dos negros
bultos se veían solos,
vigilantes y en silencio;

Y en tierra aun tendido estaba,
de un lago de sangre en medio,
el maestre D. Fadrique
en su roto manto envuelto.

Se acercó el rey, contemplóle
con atencion un momento,
y notando que no estaba
del todo su hermano muerto,

Pues aun respiraba acaso
palpitante el hondo pecho,
le dió con el pié un empuje
que hizo estremecer el cuerpo;

Desnudó la aguda daga,
al moro la dió, diciendo:

Acábalo, y sosegado
subió y entregóse al sueño.





El Fratricidio.



ROMANCE I.

EL ESPAÑOL Y EL FRANCÉS.

“MOSEN Beltran, si sois noble
doleos de mi Señor,
y deba corona y vida
á un caballero cual vos.

» Ponedle en cobro esta noche,
asi el cielo os dé favor ;
salvad á un rey desdichado
que una batalla perdió.

» Yo con la mano en mi espada,
y la mente puesta en Dios,
en su real nombre os ofrezco,
y vez que os la ofrezco yo,

» En perpétuo señorío
la cumplida donacion
de Soria y de Monteagudo,
de Almansa, Atienza y Seron.

» Y á mas doscientas mil doblas
de oro, de ley superior,
con el cuño de Castilla,
con el sello de Leon,

» Para que pagueis la hueste
de allende que está con vos,
y con que fundeis estado
donde mas os venga en pró.

» Socorred al rey D. Pedro,
que es lejítimo, otro no;
coronad vuestras proezas
con tan generosa accion."



Asi cuando en occidente
tras siniestro nubarron,
un anohecer de marzo
su lumbre ocultaba el sol,

Al pié del triste castillo
de Montiel, donde el pendon
vencido del rey D. Pedro,
aun daba á España pavor;

Men Rodriguez de Sanabria
con Beltran Claquin habló;
y este le dió por respuesta
con francesa lengua y voz.

“Castellano caballero,
pues hidalgo os hizo Dios,
considerad que vasallo
del rey de Francia soy yo;

» Y que de él es enemigo
D. Pedro vuestro señor,
pues en liga con ingleses
le mueve guerra feroz.

» Considerad que sirviendo
al infante Enrique está,
que le juré pleitesía,
que gajes me dá y racion.

» Mas ya que por caballero
venís á buscarme vos,
consultaré con los mios
si os puedo servir ó nó.

» Y como ellos me aconsejen
que dé á D. Pedro favor,
y que sin menguar mi honra
puedo guarecerle yo;

» En siendo la media noche
pondré un luciente farol
delante de la mi tienda,
y encima de mi pendon.

» Si lo veis, luego veníos
vuestro rey D. Pedro y vos,
en sendos caballos, solos,
sin armas y sin temor.”

Dijo el francés, y á su campo
sin despedirse tornó,
y en silencio, hácia el castillo,
retiróse el español.

ROMANCE II.

EL CASTILLO.

INÚTIL monton de piedras,
de años y hazañas sepulcro,
que viandantes y pastores
miran de noche con susto,

Cuando en tus almenas rotas
grita el cárabo nocturno,
y recuerda las consejas
que de tí repite el vulgo:

Escombros que han perdonado,
para escarmiento del mundo,
la guadaña de los siglos,
el rayo del cielo justo:

Esqueleto de un gigante,
peso de un collado inculto,
cadáver de un delincuente
de quien fué el tiempo verdugo:

Nido de aves de rapiña,
y de reptiles inmundos
vivar, y en que eres lo mismo
de lo que eras ha cien lustros:

Pregonero que publicas
elocuente, aunque tan mudo,
que siempre han sido los hombres
miseria, opresion, orgullo:

De Montiel viejo castillo,
monton de piedras y musgo,
donde en vez de centinelas
gritan los siniestros buhos;

¡Cuán distinto te contemplo
de lo que estabas robusto,
la noche aquella que fuiste
del rey D. Pedro refugio!



Era una noche de marzo,
de un marzo invernal y crudo,
en que con negras tinieblas
se viste el orbe de luto.

El castillo, cuya torre
del homenaje el oscuro
cielo taladraba altiva,
formaba de un monte el bulto.

Sobre su almenada frente,
por el espacio confuso,
pesadas nubes rodaban
del huracan al impulso.

Del huracan, que silbando
azotaba el recio muro
con espesa lluvia á veces,
y con granizo menudo;

Y á veces rasgando el toldo
de nubarrones adustos,
dos ó tres rojas estrellas,
ojos del cielo sañudos,

Descubria amenazantes
sobre el edificio rudo,
y sobre el vecino campo
del cielo entrambos insulto.

Circundaban el castillo,
como cercan á un difunto
las amarillas candelas,
fogatas de triste anuncio;

Pues eran del enemigo
vencedor, y que sañudo
el asalto preparaba
codicioso y furibundo.

De la triste fortaleza
no aspecto de menos susto
el interior presentaba,
último amparo y recurso

De un ejército vencido,
desalentado, confuso;
de hambre y sed atormentado,
y de despecho convulso.

En medio del patio ardía
una gran lumbrada, á cuyo
resplandor de infierno, en torno
varios satánicos grupos

Apiñados se veían,
en lo interno de los muros
altas sombras proyectando
de fantásticos dibujos.

Gente era del rey D. Pedro,
y se mostraban los unos
de hierro y sayos vestidos,
los otros medio desnudos.

:

Allí de horrendas heridas,
dando tristes ayes, muchos
la sangre se restañaban
con lienzos rotos y súcios.

Otros cantaban á un lado
mil cánticos disolutos,
y fanfarronas blasfemias
lanzaba su lábio inmundo.

Allá de una res asada
los restos frios y crudos
se disputaban feroces,
esgrimiendo el hierro agudo.

Aquí contaban agüeros
y desastrosos anuncios,
que escuchaban los cobardes
pasmados y taciturnos.

Ni los nobles caballeros
hallan respeto ninguno,
ni el orden y disciplina
restablecen sus conjuros.

Nadie los portillos guarda,
nadie vigila en los muros,
todo es peligro y desórden,
todo confusion y susto.

Los relinchos de caballos,
los ayes de moribundos,
las carcajadas, las voces,
las blasfemias, los insultos,

El crujido de las armas,
los varios trages, los duros
rostros formaban un todo
tan horrendo y tan confuso;

Alumbrado por las llamas,
ó escondido por el humo,
que asemejaba una escena
del infierno y no del mundo.

El rey D. Pedro entre tanto
separado de los suyos,
en una segura cuadra
se entregó al sueño profundo.

Mientras en un alta torre,
despreciando los impulsos
del huracan y la lluvia,
de lealtad noble trasunto,

Men Rodriguez de Sanabria
no separaba ni un punto
del lado donde sus tiendas
la francesa gente puso,

Los ojos y el pensamiento,
ansiendo anhelante y mudo
ver la señal concertada,
astro de benigno influjo,

Norte que de sus esfuerzos
pueda dirigir el rumbo,
por donde su rey consiga
de salud puerto seguro.

ROMANCE III.

EL DORMIDO.

ANUNCIA ya media noche
la campana de la vela,
cuando un farol aparece
de Claquin ante la tienda.

Y no mísero piloto,
que sobre escollos navega,
perdido el rumbo y el norte
en noche espantosa y negra,

Vé al doblar un alta roca
del faro amigo la estrella,
indicándole el abrigo
de seguro puerto cerca,

Con mas placer, que Sanabria
la luz que el alma le llena
de consuelo, y que anhelante
esperó entre las almenas.

Latiéndole el noble pecho
desciende súbito de ellas,
y ciego bulto entre sombras
el corredor atraviesa.



Sin detenerse un instante
hasta la cámara llega,
do el rey D. Pedro descanso
buscó por la vez postrera.

Solo Sanabria la llave
tiene de la estancia régia,
que á noble de tanta estima
solamente el rey la entrega.

Cuidando de no hacer ruido
abre la ferrada puerta,
y al penetrar sus umbrales
súbito espanto le hiela.

No de aquel respeto propio
de vasallo, que se acerca
á postrarse reverente
de su rey en la presencia;

No aquel que agoviaba á todos
los hombres de aquella era,
al hallarse de improviso
con el rey D. Pedro cerca;

Sino de mas alto origen
cual si en la cámara hubiera
una cosa inesplicable,
sobrenatural, tremenda.



Del hogar la estancia toda
falsa luz recibe apenas
por las azuladas llamas
de una lumbre casi muerta.

Y los altos pilares,
y las sombras que proyectan
en pavimento y paredes,
y el humo leve que vuela

Por la bóveda y los lazos
y los mascarones de ella,
y las armas y estandartes
que pendientes la rodean,

Todo parece movable,
todo de formas siniestras,
á los trémulos respiros
de la ahogada chimenea.

Men Rodriguez de Sanabria
al entrar en tal escena
se siente desfallecido,
y sus duros miembros tiemblan,

Advirtiendo que D. Pedro
no en su lecho, sino en tierra,
yace tendido y convulso,
pues se mueve y se revuelca,

Con el estoque empuñado,
medio de la vaina fuera,
con las ropas desgarradas,
y que solloza y se queja;

Quiere ir á darle socorro.....
mas ¡ay!..... ¡en vano lo intenta!
en un mármol convertido
quédase clavado en tierra,

Oyendo al rey balbuciente,
só la infernal influencia
de ahogadora pesadilla,
prorumpir de esta manera.

“Doña Leonor..... vil madrastra!!!
quita, quita..... que me aprietas
el corazon, con tus manos
de hierro encendido..... espera,

» D. Fadrique no me ahogues.....
no me mires, que me quemas,
¡Tello!..... ¡Coronel!..... ¡Osorio!.....
¡que quereis?..... traidores, ea!

» Mil vidas os arrancára
 ¿No temblais?..... dejadme..... afuera.
 ¿Tambien tú, Blanca?.... y aun tienes
 mi corona en tu cabeza!.....

» ¿Osas maldecirme? inícua!!!
 hasta Bermejo se acerca.....
 ¡moro infame!..... temblad todos.

Mas, ¿qué turba me rodea?.....

» Zórzo, á ellos: sús, Juan Diente.
 ¿Aun todos viven?..... pues mueran.
 Ved que soy el rey D. Pedro,
 dueño de vuestras cabezas.—

» ¡Ay que estoy nadando en sangre!
 ¿qué espadas, decid, son esas?....
 ¿qué dogales?..... ¿qué venenos?.....
 ¿qué huesos?..... ¿qué calaveras?.....

» Roncas trompetas escucho.....
 un ejército me cerca,
 y yo á pié?..... denme un caballo
 y una lanza..... vengan, vengan.

» Un caballo y una lanza.
 ¿Qué es el mundo en mi presencia?
 Por vengarme doy mi vida,
 por un corcél mi diadema (*).

(*) Mi Kingdom for á horse.

»¿No hay quien á su rey socorra?»
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
y esclama: "Conmigo cuenta."

A sacar al rey acude
de la pesadilla horrenda:
"Mi rey! mi señor!" le grita,
y le mueve, y le despierta.

Abre los ojos D. Pedro
y se confunde y se aterra,
hallándose en tal estado,
y con un hombre tan cerca.

Mas luego que reconoce
al noble Sanabria, alienta,
y, *Soñé que andaba á caza*,
dice con turbada lengua.

Sudoroso, vacilante,
se alza del suelo, se sienta
en un sillón, y pregunta:
"¿Hay, Sanabria, alguna nueva?"

"Señor, responde Sanabria,
el francés hizo la seña."

"Pues vamos, dice D. Pedro,
haga el cielo lo que quiera."

Se prepara de unas fojas
bajo la veste encubiertas,
cala un casco sin penacho,
sin gorjal y sin visera,

Una espada de Toledo,
y una daga de hoja estrecha
pone en la cintura, un manto
sobre los hombros sujeta:

Y él y Sanabria en silencio
la asombrada estancia dejan.

Por un caracol oculto
descienden con gran presteza,

Salen á la barbacana,
á un sitio apartado llegan,
en donde con dos caballos
un palafrenero vela.

Cabalgan sin ser sentidos,
y hendiendo la oscura niebla,
adonde el farol los llama,
y aun mas su destino, vuelan.

ROMANCE IV.

LOS DOS HERMANOS.

DE Mosen Beltran Claquin
ante la tienda de pronto
páranse dos caballeros
ocultos en los embozos.

El rey D. Pedro era el uno,
Rodriguez Sanabria el otro,
que en la fé de un enemigo
piensan encontrar socorro.

Con gran priesa descábalgan,
y ya se encuentran en torno
rodeados de franceses
armados y silenciosos,

En cuyos cascos gascones,
y en cuyos azules ojos
refleja el farol, que alumbra
cual siniestro meteóro.

Entran dentro de la tienda
ya vacilantes, pues todo
empiezan á verlo entonces
de aspecto siniestro y torvo.

Una lámpara de azófar
la alumbrá trémula y poco;
mas deja ver un bufete,
un sillón de roble tosco,

Un lecho y una armadura,
y lo que fué mas asombro,
cuatro hombres de armas, inmóviles,
de acero vivos escollos.

D. Pedro se desemboza
y, *Vamos ya*, dice ronco,
y al instante uno de aquellos,
con una mano de plomo,

Que una manopla vestía
de dura malla, brioso
ase el régio brazo y dice:
"Esperad, que será poco."

Al mismo tiempo á Sanabria
por detrás sujetan otros,
arráncanle de improviso
la espada, y cubren su rostro.

Traicion!... traicion!... gritan ambos
luchando con noble arrojo;
cuando entre antorchas y lanzas
en la escena entran de pronto

Beltran Claquin desarmado,
y D. Enrique furioso,
cubierto de pie á cabeza
de un arnés de plata y oro,
Y ardiendo limpia en su mano

la desnuda daga, como
arde el rayo de los cielos,
que va á trastornar el polo,

De D. Pedro el brazo suelta
el forzado armado, y todo
queda en profundo silencio,
silencio de horror y asombro.

Ni Enrique á Pedro conoce,
ni Pedro á Enrique: apartólos
el cielo hace muchos años,
años de agravios y enconos,

Un mar de rugiente sangre,
de huesos un promontorio,
de crímenes un abismo,
poniendo entre el uno y otro.

D. Enrique fue el primero
que con satánico tono,
“¿Quién de estos dos es, prorumpe,
el objeto de mis odios?”

“Vil bastardo (le responde
D. Pedro iracundo y torvo)
yo soy tu rey; tiembla, aleve;
hunde tu frente en el polvo.”


Se embisten los dos hermanos;
y D. Enrique, furioso
como tigre embravecido,
hiere á D. Pedro en el rostro.

D. Pedro, cual leon rugiente,
Traidor! grita; por los ojos
lanza infernal fuego, abraza
á su armado hermano, como

A la colmena lijera
feroz y forzado el oso,
y traban lucha espantosa
que el mundo contempla absorto.

Caen al suelo, se revuelcan,
se hieren de un lado y otro,
la tierra inundan en sangre,
lidian cual canes rabiosos.

Se destrozan, se maldicen,
dagas, dientes, uñas, todo
es de aquellos dos hermanos
á saciar la furia poco.



Pedro á Enrique al cabo pone
debajo, y se apresta ansioso,
de su crueldad ó justicia
á dar nuevo testimonio;

Cuando Claquin (¡oh desgracia!
en nuestros debates propios
siempre ha de haber extranjeros
que decidan á su antojo.)

Cuando Claquin trastornando
la suerte llega de pronto,
sujeta á D. Pedro, y pone
sobre él á Enrique alevoso,

Diciendo el aventurero
de tal maldad en abono:
"Sirvo en esto á mi señor;
ni rey quito, ni rey pongo."

No duró mas el combate;
de su rey en lo mas hondo
del corazon, la corona
busca Enrique, hunde hasta el pomo

El acero fraticida,
y con él el puño todo
para asegurarse de ella,
para agarrarla furioso.

Y la sacó..... Goteando
sangre!!!..... De funesto gozo
retumbó en el campo un *viva*,
y el infierno repitiólo.

D. ALVARO DE LUNA.

ROMANCE I.

LA VENTA.

EN la ruta de Portillo
y en las márgenes del Duero,
hubo (aun escombros lo dicen)
una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana
estaba sentado un lego
de San Francisco, tres mulas
de los ronzaes teniendo.

De la venta en la cocina
se hallaban dos reverendos,
de una sarten apurando
magras con tomate y huevos.

De maestre-sala servia
sin caperuza el ventero,
que solícito llenaba
las tazas de vino añejo.

Era el uno el padre Espina,
predicador del convento
de Abrojo, el otro un fraile
anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,
mustios ambos y en silencio
se mostraban, cuando el huésped
les habló así con respeto:

“¿Es verdad, benditos padres,
que el Condestable está preso?...
Anoche dió esta noticia,
que nos pasmó, un caballero.”—

Contestóle el religioso:

“Pues no os engañó, que es cierto.”

Y continuó el padre Espina:

“Sí, desengaños son estos

» Que avisan á los mortales
de que son perecederos
los bienes que nos dá el mundo,
y su grandeza embeleco.”

El villano, sin turbarse,
le cortó el sermon diciendo:

“Y tambien de que castiga
sin palo ni piedra el cielo.

» Aun está fresca la sangre
de Alonso Lopez Vivéro.

Yo estaba al pié de la torre
cuando el Condestable mesmo

» Le arrojó de ella : y he visto
de oro las cargas á cientos
entrar allá en su palacio.

Dicen tambien, y lo creo,

» Que hechizado al rey tenia,
y aun añaden.....”—“No debemos,
dijo grave el religioso,
dar á hablilla tal, acceso.”



La ventera que hasta entonces
se estuvo callada al fuego,
con la mano en la mejilla
mostrando gran sentimiento,

Y que era, aunque no muy verde,
fresca y limpia con extremo,
abultada de pechera

y con grandes ojos negros,

Saltó súbita: “Envidiosos,
que no sirven, ni por pienso,
para descalzarle, han sido
los que en trance tal le han puesto.”—

Díjole el marido: "Calla,"
y ella respondió: "No quiero....
¡qué señor tan llano!..... parte
el corazon!..... Mes y medio

»Hace que le vimos todos
tan galan, en el festejo
que se celebró en la plaza
de Valladolid..... ¡Qué diestro!

»¡Qué valiente!..... ¡Qué gallardo!
Fué el único del torneo."—

"Calla," con cólera grande
volvió á decir el ventero;

Y ella, en vez de obedecerle,
á continuar: "¡Qué discreto!
el oírle daba gusto.....

Alfonso Lopez Vivéro

»Era un vil, que le vendía."

"Calla," repitió de nuevo
mas airado el hombre; y ella:

"No me dá la gana: cierto

»Es cuanto digo..... El tesoro
lo ganó en la guerra, ó premio
es que el rey le ha dado en paga
de servicios que le ha hecho.

»La reina y los ricos-hombres
revoltosos y soberbios....."—

"Maldita tu lengua sea,
clamó furioso el ventero.

»Tú porque allá te criaste
en su palacio, y..... yo necio!"
Y ella prosiguió llorando:
"La tonta fui yo, mostrenco."

Iban en el matrimonio
á poner paz y concierto
los padres, cuando, *ya llegan*,
gritó desde fuera el lego;

Y dejando á los esposos,
que sin duda prosiguiendo
la disputa, la acabaron
á puñadas, segun temo,

Fuéronse á la puerta al punto,
sobre sus mulas subieron,
y aquella venta dejaron
hecha un abreviado infierno.

ROMANCE II.

EL CAMINO.

SÉ alza una nube de polvo
de lejos por el camino,
y al tropel que la levanta
borra y tiene confundido.

En ella relampaguean
reflejos de acero limpio,
y forman un trueno sordo
herraduras y relinchos.

Dando lugar á que llegue,
los religiosos franciscos
á lento paso se ponen,
y atrás miran de continuo.



Se acerca gran cabalgada,
y vése claro y distinto
que Diego Estúñiga, el joven,
es de ella jefe y caudillo.

En un alazan fogoso
viene, de hierro vestido,
la gruesa lanza en la cuja,
la luenga espada en el cinto,

Un penacho jalde y negro,
cual matorral sobre un risco,
ondea sobre su almete,
y dá al sol variados visos.

El ancho dorado escudo,
de una cadena ceñido,
ostenta la banda negra,
timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetes,
de la cimera al estribo,
armados de punta en blanco,
y en las lanzas pendoncillos.

Marchan todos en silencio,
y en todos el sobrescrito
de gran duelo y gran tristeza
se vé de ballesta á tiro.

Se dijera ser la escolta,
no de un caballero vivo,
sí de un caballero muerto
que iba al postrimer asilo.

En medio de ellos venía,
cabizbajo y abatido,
caballero en una mula
con jaeces harto ricos,

Un insigne personaje,
de aspecto notable y digno,
de estatura no muy alta,
pero gallarda y de brio.

Un sayo de paño verde
con franjas de oro guarnido
es su traje, y lleva al hombro,
mas blanco que los armiños,

Un gran manto, en cuyos pliegues
la cruz roja, distintivo
de maestro de Santiago,
luce en recamo prolijo;

Y una toca de velludo
negro con bordados picos,
mas sin airon ni garzota,
es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,
bien que apagado y sombrío,
y su aire tan de persona
de poder y de dominio,

Que por mas que se notaba
ser un preso, descubrirlo
sin sentir, era imposible
cierto respeto sumiso.

D. Alvaro era de Luna,
del rey D. Juan favorito,
que á Castilla largos años
rigió sin freno á su arbitrio.



Cuando emparejó la tropa
con los dos padres franciscos,
paráronse estos, y humildes
saludo cortés y fino

Hicieron al Condestable,
de quien eran muy amigos.
D. Alvaro contestóles
tan galan como espresivo:

Ellos en la armada escolta
se injirieron de improviso,
tomando del gran maestre
á uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron
todos en silencio hundidos;
pero al cabo el padre Espina
se resolvió y así dijo:

“En verdad, señor, que valen
poco del mundo mezquino
las honras y los haberes
para el varon de juicio.

»El hombre cristiano y cuerdo
debe hácia norte mas fijo
encaminar su esperanza,
servir solo á Dios benigno.

»Lo que nos dá, lo mantiene,
y al que busca en él asilo,
para siempre se lo acuerda
en eterno paraíso.”

Con grande atencion escucha
tan saludables avisos

D. Alvaro, que engañado
juzgó, al salir de Portillo,

Que iba á recobrar honores,
favor, riqueza y dominio;
y entreviendo en el instante
su verdadero destino,

Se estremeció á pesar suyo,
cubrióse de sudor frio,
y, "Voy á morir acaso?"
preguntó como indeciso.

Contestóle el religioso:
"Todos, mientras somos vivos,
vamos á morir. El hombre
que vá preso..... en mas peligro....."
—"Basta" exclamó el Condestable;
y dando á su aspecto altivo
gran dignidad y gran calma,
y al semblante noble brillo,
"Basta, siguió, no es la muerte,
cuando se sabe de fijo
que llega, tan espantosa
como el vulgo vil ha dicho.

»Venga pues: si el rey lo quiere
yo con gusto la recibo.
Padres, hasta el duro trance
no me dejeis, os suplico."—

Oyendo tales razones
lloró Estúñiga escondido
en su celada, y lloraron
hasta los armados mismos.

Ambos buenos religiosos
cumplieron bien con su oficio,
consolando al Condestable
con discrecion y con tino,

Y él, oyéndolos atento,
siguió la marcha tranquilo,
sin dar de dolor ni susto
en su noble rostro viso.

ROMANCE III.

LAS CALLES.—LA CAPILLA.—EL PALACIO.

PARA quien al día siguiente
mira la muerte segura,
el declinar de la tarde
solemnidad tiene mucha.

En el sol, que vá á ponerse,
y espeso vapor ofusca,
(semejante á un rey que el trono
á su pesar desocupa,

Y dignidad conservando
del mundo huye, y se sepulta
donde los hombres no adviertan
su dolor y desventuras)

Con honda atencion los ojos
clavó D. Alvar de Luna.

Así que lo vió traspuesto
lanzó un suspiro de angustia,

Como el que lanza el amante,
cuando el horizonte oculta
el bajel, en que su amada
los desiertos mares surca

Para no volver. Ansioso
lleva sus miradas mudas
á los montes apartados,
cuyas cumbres aun relumbran,

A los ya enlutados bosques,
á las calladas llanuras,
á los altos campanarios
que entre nieblas se dibujan:

Retardar el despedirse
de la perspectiva angusta
que presenta el universo,
parece que solo busca.

Y al notar que poco á poco
la luz menguante y confusa
del crepúsculo confunde
la escena que le circunda,

Piensa ya ver de la muerte
la terrible sombra, en cuya
oscuridad para siempre
corre á hundirse, y se atribula.

Sus pensamientos penetran
los doctos frailes, y endulzan
con eternas esperanzas
su meditacion profunda,

Entre dos luces llegaron
á Valladolid, y turba
desordenada en las calles
con sordo rumor circula.

De Alonso Lopez Vivéro
por la calle y casa cruzan,
donde viven sus criados,
donde llora su viuda.

Aquellos, como canalla
que si al poderoso adula,
en cuanto le vé caído
feroz le escarnece y burla;

De la cabalgada el paso
atajan con negra furia,
y con denuestos y voces
al ilustre preso insultan.

Este furioso (presente
el tiempo pasado juzga,
que aun conserva el poderio,
que aun domina á la fortuna)

Lleva soberbio la mano
á buscar en su cintura
la guarnicion de la espada.....
mas, ay! en vano la busca.

Va preso..... espada no lleva.....
Ah!..... lo advierte, y furibunda
mirada vá á dar al cielo;
mas se anonada y conturba.

Queda con los ojos fijos,
parece su faz difunta:
tiembla, y en sudor helado
sus miembros todos se inundan.

Delante se halla un espectro.....
un espectro!..... Sí: la mula
algo vé tambien; esquiva
se rezela, empina y bufa.

¿De Alonso Lopez Vivéro
ha salido de la tumba
la sombra?—De que el maestre
ante sí la vió, no hay duda.

En confesion se lo dijo
aquella noche con muchas
lágrimas al padre Espina.....
de Dios la venganza es justa.

Con el cuento de la lanza
á palos abre la turba
Estuñiga denodado,
y la atropella y asusta;

Y en salvo al ilustre preso
condujo á la casa suya,
en que estaba preparada
una capilla segura,

Donde pasó el condestable
con la espiritual ayuda
noche serena, pidiendo
á Dios perdon de sus culpas.

Cenó, durmió cortos ratos,
repitió tambien algunas
trobas del famoso Mena,
que pintan como locuras

Las mundanas ambiciones:
oró con fervor, en suma
fué un cristiano, un caballero,
un hombre de fé y de alcurnia.

Entre tanto, el que parece
ser el reo, á quien la dura
sentencia estaba leida,
y á quien la cuchilla aguda

Del verdugo amenazaba,
era el rey..... ¡Mísero! lucha
náufrago desventurado
en airado mar de angustias.

Ama á D. Alvaro, mira
su sentencia como injusta;
de la reina y de los grandes
se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,
y hasta su existencia juzga,
y que al morir el maestre
abrazadas irán juntas

El alma de aquel amigo
y el alma aflijida suya.
¡Grande mal es la flaqueza
en hombre que cetro empuña!

Revolcándose en su lecho,
rasgando sus vestiduras,
paseándose sin tino
por la cámara, que alumbra

Una lámpara medrosa,
que en el cortinaje abulta
vagas sombras..... infelice!
qué noche pasó!..... Que ocupa

Vé un rincón de aquella sala,
de pié con la boca muda,
su físico Fernán Gómez.

A él se vá las manos juntas,

Y suplicante le dice:

“Si es que mi salud procuras,
anda á ver al Condestable,
asi Dios te dé su ayuda.”—

El bachiller respondióle:
“Le debo mercedes muchas,
perdone vuesañoría,
no oso verle en tal angustia.”—

Conmovido el rey, en llanto
rompió y en voces confusas,
que el alma á Gomez partieron,
segun dicen cartas suyas.

Entró al estruendo la reina
en la cámara, cual una
aparicion, como maga
que viene á doblar astuta

Los encantos y conjuros
con que alto preso asegura,
y con que la empresa afirma,
de que pende su fortuna.

Calló el rey, quedó de mármol
al verla: ella le pregunta,
“¿Qué es esto?” y oyendo, “Nada,”
retiróse muy adusta.

Largo rato el rey estuvo
cual ligado por la oculta
fuerza del prestigio. Luego
torna á mas reñida pugna

De afectos: la amistad vence,
llama con voz resoluta
á Solís su maestresala,
dícele: “Al momento busca

» A Diego Estúñiga, y dile.....»

En su garganta se anuda
la voz, porque entra la reina
otra vez..... calla y trasuda.

La reina á Solís llevóse,
y el rey abrió con presura
el balcon, cual si quisiese
gozar del aura nocturna:

Y el trono, cetro y corona
maldiciendo en voces mudas,
ojos de lágrimas llenos
clavó en la menguante luna.

ROMANCE IV.

LA PLAZA.

MEDIADA está la mañana;
ya el fatal momento llega,
y D. Alvaro de Luna
sin turbarse oye la seña.

Recibe la Eucaristía,
y en Dios la esperanza puesta,
sereno baja á la calle,
donde la escolta le espera.

Cabalga sobre su mula,
que adorna gualdrapa negra,
y tan airoso cabalga,
cual para batalla ó fiesta,

Un sayo de paño negro
sin insignia ni venera
es su traje, y con el garbo
que un manto triunfal, lo lleva;

Y sin toca ni birrete,
ni otro adorno, descubierta,
bien aliñado el cabello,
la levantada cabeza.

Los dos padres franciscanos
se asen de las estriberas,
y hombres de armas en buen orden
le custodian y le cercan.

Asi camina el maestre
con tan gallarda presencia
y con tan sereno rostro,
que impone á cuantos le encuentran.

Sus enemigos no osan
clavar la vista soberbia
en él, como consternados
ya de su venganza horrenda:

Sus partidarios parecen
decirle con mudas lenguas,
que aun morirán por salvarle
y encenderán civil guerra.

Y aquel silencio terrible
por todas las calles reina,
que ó gran terror, ó despecho
grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente
de cuando en cuando se quiebra
con la voz del pregonero
que á los mas valientes hiela,

Diciendo: *Esta es la justicia
que facer el rey ordena
á este usurpador tirano
de su corona y su hacienda.*

Siempre que oye el condestable
este vil pregon, aprieta
la mano del padre Espina
que en voz sumisa le esfuerza.



Arriba á la triste plaza,
que ha pocos dias le viera
tan galan en el torneo,
con tal poder y opulencia.

El apretado concurso
el cuadrado espacio llena:
vése una masa compacta
de rostros y de cabezas:

Parece que el pavimento
se ha elevado de la tierra,
ó que casas y palacios
su basa han hundido en ella.

Un callejon, que tapiales
de hombres apiñados cierran,
sirviéndole de linderos
lanzas en vez de arboleda,

Ofrece paso hasta donde,
lecho de muerte descuella,
en mitad del gran gentío
que como la mar olea,

El reducido tablado,
enlutado con bayetas,
una gran tumba parece
que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado
un altar á la derecha,
de terciopelo vestido;
y entre amarillas candelas,

Cuya luz el sol deslustra
y arder el viento no deja,
un Crucifijo de plata
en cruz de ébano campea.

Yace un atahud humilde
colocado á la izquierda;
cerca de él se vé una escarpia
en un pilar de madera;

Y en medio, de firme, un tajo,
delante una almohada negra,
y una hacha, en cuya cuchilla
los rayos del sol reflejan.



Al pié del cadalso el reo
de la alta mula se apea :
fervoroso el padre Espina
con él sube y no le deja.

De pié ya sobre el tablado
tres personas se presentan
á las medrosas miradas
de la muchedumbre inmensa :

El ministro de la muerte,
el que lo es de vida eterna,
y el que dando al uno el cuerpo
al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo
de atreverse á tal alteza,
necio terror dá á su frente
que cubre jalde montera.

El relijioso metido
en su capucha, se queda
de mármol; cruza los brazos,
y con fervor mudo, reza.



El Condestable, sereno,
el pié al Crucifijo besa,
y luego tiende los ojos
por la turba que le observa;

Y viendo junto al tablado
en actitud lastimera

á Morales su escudero,
hecho de lealtad emblema,

Le llama, de oro un anillo,
que el sello de sellar era
de su puridad las cartas,
del pulgar quita, y le entrega

Diciéndole: "Amigo, toma,
ya no conservo otra prenda."—

Despues atisbó á Barrasa,
paje del príncipe, cerca,

Y así le habló en voz sonora:

"Dile á tu dueño, que vea
de dar á los que le sirvan,
otra mejor recompensa."—

Viendo el pilar y la escarpia,
"Para qué?" pregunta. Tiembla
el sayon, y le responde,
hablar no osando, por señas.

Y prosiguió el Condestable
con una sonrisa acerba:

“Despues de yo degollado,
nada son cuerpo y cabeza.”

Entonces el padre Espina
que piense solo, le ruega,
en Dios; y él, “Padre, es mi norte
y mi esperanza,” contesta.

Se ajusta el traje, descubre
la garganta, ve que llega
el verdugo para atarle
las manos con una cuerda:

Saca del seno una cinta
labrada con oro y seda,
y, «Atalas, le dice, amigo,
si es necesario, con esta.» —

De hinojos en la almohada
se pone, el cuello presenta,
el religioso le grita:
«Dios te abre los brazos, vuela.»

El hacha cae como un rayo,
salta la insigne cabeza,
se alza universal gemido,
y tres campanadas suenan.

RECUERDOS

de

UN GRANDE HOMBRE.

A mi Sobrino

El Excmo. Sr. D. Cristóbal Colón y La-Cerda,

MARQUES DE LA JAMAICA.

ROMANCE I.

EL NIÑO HAMBRIENTO.

A media legua de Palos,
sobre una mansa colina,
que dominando los mares
está de pinos vestida,

De la Rábida el convento,
fundacion de orden francisca,
descuella desierto, solo,
desmantelado, en ruinas.

No por la mano del tiempo,
aunque es obra muy antigua,
sino por la infame mano
de revueltas y codicias,

Que á la nacion envilecen
y al pueblo desmoralizan,
destruyendo sus blasones,
robándole sus doctrinas.

De este olvidado convento,
ante la portada misma,
en la llana plataforma,
sitio de admirable vista,

Una mañana de marzo,
mientras que solemne misa
en la iglesia se cantaba,
y escaso concurso oia,

Tres y medio siglos hace,
para gloria de Castilla,
apareció un extranjero
de presencia estraña y digna.

En aquel punto acababa
de llegar alli; vestía
justillo de roja tñla,
aunque usada y vieja, fina.

Un manto de lana pardo
con mangotes y capilla,
un birrete de velludo,
y de orejeras caidas,

Unas portuguesas botas,
mas enlodadas que limpias.
Y bajo el brazo pendiente
un zurrón, saco, ó mochila,

Donde un pequeño astrolabio,
una brújula marina,
un libro de devociones
y unos pergaminos iban.

Despejada era su frente,
penetrante era su vista,
su nariz algo aguileña,
su boca muy espresiva;

Proporcionados sus miembros,
y su edad, sino florida,
tampoco tan avanzada
que llegase á estar marchita.



Con el cariño de padre,
de la mano conducía
un cansado y tierno niño,
de belleza peregrina.

Pues en su cándido rostro
de rosa y jazmín lucían
dos nobles ojos azules
llenos de inocencia y vida;

Y desde su ebúrnea frente
por su cuello descendian
los cabellos anillados
que el sol miró con envidia.

Ser dijérase el modelo
que de Urbino el gran artista,
en los ángeles copiaba,
que tanto encanto respiran.

Y de su gallardo padre
á la sombra parecia
un lirio fresco y lozano
que nace al pie de una encina.



Este extraño personaje,
con esta criatura linda,
taciturno paseaba
con facha contemplativa.

Ora por el mar de Atlante
que rizaba fresca brisa,
como buscando una senda
jiraba ansiosa la vista.

Ora allá en el orizonte
de occidente la ponía,
cual si algun objeto viera,
inmóvil, clavada, fija.

Y ya al cielo una mirada
de entusiasmo y de fé viva
daba, animando su rostro
una inspirada sonrisa;

Y ya de pronto inclinando
la frente á tierra, teñian
melancólicos colores
sus deslustradas mejillas.

De sus hondos pensamientos
y de su inquietud continua,
sacóle la voz del niño
que pan y agua le pedia;

Pues en cuanto oyó su acento
y vió su afliccion, se inclina,
tierno le toma en los brazos,
le consuela, le acaricia,

Y diligente se acerca
á la abierta portería,
á demandar el socorro
que aquel angel necesita.

Recíbele afable un lego,
que entre en el claustro le indica,
y que en un escaño espere
mientras él vá á la cozina.



Fray Juan Perez de Marchena,
guardian entonces por dicha,
junto á los viajeros pasa
volviendo de decir misa,

Y curioso contemplando
su apariencia peregrina,
informóse del socorro
que cortesmente pedian.

Y por un secreto impulso
que en favor de ellos le anima,
inspiracion de los cielos
que su nombre inmortaliza,

O porque era relijioso
de caridad y de eximia
virtud, y muy compasivo
con cuantos alli venian.

A aquellos huéspedes ruega
que en su pobre celda admitan,
parte de su escaso almuerzo
y descanso á sus fatigas.

Aceptado fue el convite,
y por la escalera arriba,
el relijioso delante
y el hijo y padre en pós iban,

Formando un sencillo cuadro,
cuyo asunto ser dirian,
el talento y la inocencia
con la relijion por guia.

ROMANCE II.**EL ALMUERZO.**

EN el estrecho recinto
de una franciscana celda,
cómoda, aunque humilde y pobre,
y de estremada limpieza,

De la Rábida el prelado
con sus dos huéspedes entra,
y despues que sēdas sillas
les ofrece y les presenta,

Abre franco y obsequioso
una mezquina alacena,
de donde bizcochos saca,
una redoma ó botella

Del vino mas escelente
que dá el Condado de Niebla,
aceitunas, pan y queso,
y tres limpias servilletas,

Acomodándolo todo
en una redonda mesa,
no lejos de la ventana
que daba vista á la huerta.

En seguida llama al lego,
y que al punto traiga, ordena,
huevos con magras adunia,
y chanfaina si está hecha.

Encargándole que todo
caliente y sabroso venga,
que no charle en la cocina,
ni se eternice y se duerma.

Dadas sus disposiciones,
al extranjero se acerca,
(que por tal le ha conocido
en el porte, traje y lengua)

Con una taza le brinda,
y al niño que tome ruega
un bizcocho, que le alarga,
y lo acaricia y lo besa.

Bebe el huesped, luego bebe
Fray Juan Perez de Marchena;
y el niño come el bizcocho,
toma un sorbo de agua fresca,

Y con el zurron que el padre
se ha quitado, y puesto en tierra,
sacando cuanto contiene
vivaracho trayesea.

El Guardian varias preguntas
hace al extranjero, acerca
de su patria, de su estado,
y del arte que profesa:

Aunque aquellos instrumentos
con que la criatura juega,
que le son muy familiares
ya casi se lo revelan.

Que es genovés y viudo
atento el huesped contesta;
que es navegar su ejercicio,
y de piloto su ciencia.

Y así como una vasija
que está rebosante y llena
de un líquido, algo derrama
á muy poco que la muevan;

Dió indicios claros, patentes,
en sus fáciles respuestas,
de aquel grande pensamiento,
portentoso, que le alienta,

Que exclusivo su alma absorbe,
que es la sangre de sus venas,
que es el aire que respira,
que es ya toda su existencia,

Y que causó los extremos
que delante de la iglesia,
el mar contemplando, hizo,
como referidos quedan.

Que el occidente escondía,
dijo, riquísimas tierras,
que era el ancho mar de Atlante
de la gran Tartaria senda;

Y que dar la vuelta al mundo
para el caso fácil era;
con otras raras especies,
tan inauditas, tan nuevas,

Que al escucharle, pasmado
Fray Juan Perez de Marchena,
(aunque á osados mareantes
hablaba con gran frecuencia,

Por haber muchos en Palos,
y aunque sabe las proezas
y raros descubrimientos
de las naves portuguesas;)

No acierta si está escuchando
á un orate ó á un profeta,
si es un angel ó un demonio
el hombre que está en su celda.

Mudo se alza, llama al lego
y que busque á toda priesa
le manda á Garci Fernandez,
que estaba ha poco en la iglesia.

No tardó Garci Fernandez
en presentarse en la escena
con el lego, que el almuerzo
colocó sobre la mesa.

Era médico de Palos,
hombre docto y de experiencia,
de sagacidad y astucia,
de malicia y de reserva.

Viejo y magro, pero fuerte,
mellado, la cara seca,
calvo, la barba entrecana
y la tez tosca y morena.

De estezado una ropilla,
calzas de burda estameña,
la capa de pardo monte
y el sombrero de alas luengas,

Era su traje. La mano
y el hábito al fraile besa,
y al incógnito saluda
con curiosidad inquieta.



El médico, el extranjero
y el padre Guardian se sientan,
dando al almuerzo principio,
y mutuamente se observan.

Pero el silencio interrumpe,
despues de haber hecho seña
al sagaz Garci Fernandez
Fray Juan Perez, y comienza

A hablar de navegaciones
y desconocidas tierras,
preguntándole á su huesped
su parecer sobre ellas.

Fué bastante haber tocado
con sagacidad la tecla,
la facilidad verbosa
del genovés se desplega.

Y con aquellas razones
de convencimiento llenas,
con que se sienta y sostiene
lo que se sabe de veras,

Sus inspiraciones pinta,
sus observaciones cuenta,
su sistema desenvuelve,
sus proyectos manifiesta.

Recorre á sus pergaminos,
los desarrolla, y enseña
cartas que él mismo ha trazado
de navegar, mas tan nuevas,

Y, segun él las explica,
en cosmográfica ciencia
demostrándose eminente,
tan seguras y tan ciertas;

Que el pasmo del religioso
y su indecision aumentan,
mientras al médico encantan,
le convencen y embelesan.

De aquel ente estraordinario
crece la sábia elocuencia,
notando que es comprendido,
y de entusiasmo se llena.

Se agranda, brillan sus ojos
cual rutilantes estrellas,
brotan sus lábios un rio
de científicas ideas:

No es ya un mortal, es un ángel,
de Dios un nuncio en la tierra,
un refulgente destello
de la sábia Omnipotencia.

Comunica su entusiasmo,
que el entusiasmo se pega,
á los que atentos le escuchan,
á los que mudos le observan.

El médico, el relijioso,
y hasta el lego que á la mesa
sirve, y ha escuchado inmoble,
y con tanta boca abierta,

Mas sin entender palabra,
en entusiasmo se queman:
y de haber visto aquel dia
dan gracias á Dios sus lenguas.

Y piden que luego, luego,
se lleve á cabo la empresa,
y quieren ir, y una parte
tener en las glorias de ella.

Y ya se ven en los mares,
y ya en ignoradas tierras,
y ya el asombro del mundo
con nombre, y con fama eterna.

Formando la celda un cuadro
digno de que en él hubieran
ó Zurbarán ó Velazquez
apurado sus paletas.



Mas, ¡ay! pronto de aquel cielo
de ilusiones halagüeñas,
bajan á lo positivo
de la miserable tierra;

Cuando en sí mismos volviendo
reconoren su impotencia,
y los elementos grandes
que ha menester tal empresa.

Se hallan como el desdichado
que en pobre lecho despierta,
cuando soñaba que un trono
era poco á su grandeza.

Pues de un oscuro piloto
volviendo á entrar en la esfera
el genovés, abatido
les refiere su pobreza :

Que no han querido ayudarle
ni su patria, ni Venecia,
que la corte de Lisboa
se burla de sus propuestas ;

Que los sábios no le entienden,
que los ricos le desprecian,
que los nobles no le escuchan,
que el vulgo le vilipendia.

Mas como despues, añade,
que aun la esperanza le alienta
de encontrar grata acogida
en el rey de la Inglaterra ;

Donde ya tiene un hermano
con proposiciones hechas,
y que él mismo, á acalorarlas,
ir allá muy pronto piensa ;

El amor patrio, mas puro
en las españolas venas
del médico y del prelado,
se inflama y súbito truena ;

Pues unánimes prorumpen :
"De España la gloria sea ;
no busqueis lejanos reinos
cuando el mejor se os presenta ;

» Y el que sediento de gloria
mas imposibles anhela.

Corred, buscad el apoyo
de la castellana reina,

» De Doña Isabel invicta,
que es la mas grande princesa
que han admirado los siglos,
y que ha ceñido diadema.”

De los dos el entusiasmo
tambien á su vez se pega
al genovés, y aquel nombre
pronunciado con tal fuerza

Por el físico y el fraile,
el alma y pecho le llenan
de esperanza tan vehemente,
que sus planes desconcierta.

En sus rutilantes ojos,
como en su boca entreabierta,
y en su palpitante pecho,
y en su animada apariencia,

El sagaz Garci Fernandez
lo conoce, y “No se pierda
momento, prosigue; al punto
id á Córdoba, que es cerca.

» Allí encontrareis la corte:
pues el cielo os la presenta
tan inmediata, propicia
la hallareis, nada os detenga.”

Y Fray Juan Perez añade:
"Marchad, sí, Dios os lo ordena.
Carta os daré para el Padre
Hernando de Talavera,

» Religioso de valía
que es confesor de la reina.
Y porque ningun cuidado
vuestra jornada entorpezca,
» Este vuestro tierno niño
aquí en el convento queda,
de mi seráfico padre
so la proteccion inmensa."

No dijeron mas. Escribe,
dando la cosa por hecha,
la carta Garci Fernandez,
Fray Juan Perez de Marchena

La firma; su propia mula
ensillar al punto ordena,
y las pródidas alforjas
preparar en la despensa.

Todo está listo. Y entonces
cual si alguna oculta fuerza
le compeliase, el piloto,
que aun no habia dado respuesta,

De pié se puso, y resuelto
esclama de esta manera:

"A Córdoba, Dios lo quiere,
su gracia me favorezca."

Al tierno y precioso niño
acaricia, abraza y besa,
no sin lágrimas sus ojos,
no su corazón sin pena.

A rezar un corto rato
váse devoto á la iglesia,
do el escapulario viste
de la seráfica regla.

De sus dos nuevos amigos
se despide ya en la puerta,
cabalga, aguija, y á trote
de la Rábida se aleja.

ROMANCE III.

LA DAMA.

DE Abderramen la mezquita
y de Almanzor las murallas,
y el puente de Julio Cesar,
y las vividoras palmas,

Que mas de dos luengos siglos
muerto ornato se miraban
del sepulcro de un imperio,
ó de una tumba de hazañas;

Como evocadas reviven,
las musgosas frentes alzan,
y para Córdoba juzgan
que una nueva aurora raya.

Y que renacen los días
de gloria, poder y fama,
en que Atenas de Occidente,
en que Roma musulmana,

O ilustró al mundo con ciencias,
ó rindió al mundo con armas,
como de sábios empório,
como de guerreros patria.



Los dos católicos reyes
que son Atlantes de España,
los que un imperio fundaron
que ningun imperio iguala,

A Córdoba han elegido
para corte, centro y plaza
de los bélicos aprestos
que han de triunfar en Granada.

Los grandes y ricos-homes
acuden con sus meznadas,
y con todo el aparato
de sus espléndidas casas.

Allá envían sus pendones
las ciudades mas lejanas,
con sus bravos caballeros
y con sus huestes gallardas;

Allí los grandes maestros
sus estandartes levantan,
y allí prelados concurren,
y allí legados del Papa.

Los personajes de corte,
los majistrados de fama,
los mas ilustres señores
y las mas apuestas damas.

Y llegan aventureros
y soldados de ventaja,
y jinetes, y peones,
ballesteros y hombres de armas.

Y cual nube de pardales
que viene á la seca parva,
ó cual reguero de hormigas
que al costal volcado ataca,

Traficantes, labradores
y ganaderos se afanan
en apurar la moneda
con sus ventas y contratas.



Por ciudad de encantamiento
á Córdoba reputára,
quien notase su bullicio,
quien oyese su algazára.

Y al ver llenos sus palacios
de rica nobleza tanta,
y sus calles y sus muros,
y sus huertos y sus plazas

Hervir en enjambre inmenso
de tan diversas comparsas,
de tan distintos vivientes,
de ocupaciones tan varias.



A las funciones de iglesia
suceden las cabalgadas,
á los consejos de corte
los alardes y las danzas;

Los saraos á los banquetes,
á los torneos las farsas,
á las consultas y audiencias
festejos, toros y cañas.

Todo es movimiento y vida,
todo actividad estraña,
todo bélico aparato,
todo fiestas cortesanas.

Todo es riqueza y aliento,
todo brocados y holandas,
todo confusion alegre,
todo caprichos y galas.

Córdoba es concilio, corte,
almacen, campo de armas,
tribunal, mercado, lonja,
escuela, taller y sala.

Ya una procesion solemne
lenta por las calles marcha,
ya los reyes atraviesan
con su comitiva y guardias.

Aquí llegan municiones,
allí grano y vituallas,
acá se doman corcéles,
allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,
aquí se bordan gualdrapas,
acá se recaman vestes,
allá se templan espadas.

Las banderas y penachos,
los pendoncillos y lanzas,
las enseñas y divisas
forman espesa enramada.

El sol chispea en el oro,
arde en bruñidas corazas,
y en plumas, telas, recamos,
vivos colores esmalta.

Ora resuenan clarines,
ora rimbomban campanas,
ya redoblan los tambores,
ya retumban las lombardas.

No hay una persona ociosa,
no hay sin movimiento un alma,
ni imaginacion tranquila
ni pecho sin esperanza.

Unos sueñan en despojos,
otros nombre y lauros ansian,
quién vá á ganar indulgencias,
quién gloria pide y aguarda.

Y todas estas ideas
se humillan, aunque tan varias,
á un gigante pensamiento,
la conquista de Granada.



Entre el inmenso jentío
y entre barahunda tanta,
como en medio de un desierto
solo y silencioso vaga,

Soñador, pobre, abatido,
sin que sus proyectos hayan
un solo apoyo encontrado,
merecido una mirada,

El genovés navegante,
que á la corte castellana
desde la Rábida vino
tras falaces esperanzas.

Y el cuál bien puede decirse
que ha llegado en hora mala
á aquel abreviado mundo,
á aquella Babel de España.



Fray Hernando Talavera
es persona de importancia,
vé una mitra en perspectiva,
todo lo demas es nada.

Con desden ha recibido
de un fraile oscuro la carta,
y juzga al recomendado
un arbitrista sin blanca.

De estado los grandes hombres,
que con los reyes trabajan,
no tienen tiempo, no escuchan,
solo de la guerra tratan.

Los cortesanos se burlan
de una catadura estraña,
y del humilde atavío
de la persona mas sábia.

Los guerreros nada tienen
de comun con el que habla
de círculos y de estrellas,
y de cosas que no alcanzan.

El vulgacho vil se mofa,
cual de un loco, del que anda
tan desarrapado, y grave
ofrece montes de plata.

Y conseguir una audiencia,
y de los reyes la gracia
con tan contrarios auspicios,
en cosa imposible raya.

Hace un mes que el extranjero
rueda por las antesalas,
siendo burla de los pajes,
juguete de la canalla,

Y aburrido y despechado
de volver por su hijo trata,
y de volar á otros reinos
sin pensar mas en España.

Pero acá en el mundo somos
de la omnipotencia sábia
solo instrumento, sus miras
nadie puede penetrarlas;

Y por medios tan ocultos,
por ocurrencias tan raras
se cumplen, que en vano el hombre
esto, dice, haré mañana.

En la catedral sombría
que Guadalquivir retrata,
aun no del perverso gusto
cual despues, contaminada,

Devoto entra el mareante,
cuando el son de la campana
á las vísperas solemnes
á los fieles convocaba.

Por las mas oscuras naves,
y por las mas solitarias,
siempre huyendo del jentío,
cruza con incierta planta.

Y en aquel bosque de mármol,
y á su luz tibia y opaca,
una evocacion parece,
un espectro, una fantasma.

Frente de aquella capilla
de esmaltes y filigranas,
que del *Zancarrón* el vulgo,
y todo Córdoba llama,

A una columna de jaspe
al cabo apoya la espalda,
y en hondas meditaciones
sueña, delira, se estásia.

Cuando acaso una señora,
sin advertir en él, pasa
tan cerca, que con el manto
casi le toca la cara.

Este pequeño incidente
para volverle en sí basta,
y sintiéndose arrastrado
por una violencia estraña,

Por un superior impulso
de aquellos que no se aguardan,
sigue, cual can á su dueño,
maquinalmente á la dama.

Esta, ante un altar dorado
donde la imagen brillaba
de la Virgen, se arrodilla,
abre el manto y se destapa.

Y á la luz de seis candelas
que el retablo iluminaban,
deja ver un lindo rostro
lleno de candor y gracia;

Y de espresion tan devota,
y de belleza tan rara,
y de modestia tan grande,
y de nobleza tan alta,

Como se admira en los rostros
que dió Murillo á sus santas,
y que de un angel del cielo
pudo tan solo copiarlas.

El extranjero, encantado,
sus afanes y sus ansias
olvida un punto, y los ojos
en aquel tesoro clava.



Levántase la señora
al acabar sus plegarias,
retírase, y el piloto
sigue absorto sus pisadas
Sin saber qué le sucede,
sin acertar qué le pasa,
como sujeto y ligado
por hechizo, encanto ó májia.

Al patio de los naranjos
salen ambos, y él se aparta
al ver que dos escuderos
á la señora acompañan.

Mas aun de lejos la sigue,
cuando quiso su desgracia,
mejor diré su fortuna,
que en la calle se encontrára

Con un tropel de muchachos,
que de pronto en él reparan.
Y como de que era loco
varias especies volaban,

Al loco, gritan, y empiezan
con silbidos y pedradas,
con insultos y con voces,
que suelen pasar por gracia.

Al estruendo la señora
con curiosidad se para,
y al ver en tal paso á un hombre
pobre, mas de noble traza,

Que le den auxilio al punto
á sus escuderos manda,
y ella se acerca, y le ofrece
el amparo de su casa.

Con Doña Beatriz Enriquez,
que es la cordobesa dama,
tan discreta como hermosa,
tan buena como gallarda,

Entra el genovés piloto
en una soberbia cuadra,
de gadamecí vestida
con las molduras doradas,

Y un estrado de almohadones
de terciopelo con franjas,
y con grandes borlas de oro
sobre alfombras de Granada;

Mas tan turbado y confuso
que no acierta á hablar palabra,
y tan solo en que respira
se vé que no es una estátua.

Tampoco está la señora
muy en sí; tampoco halla
aquellas frases precisas
de quien recibe en su casa.

No ha reparado en la iglesia
en aquel hombre, y le pasma
su noble fisonomía
que con su traje contrasta.

Y acertando prontamente
que es el marino á quien llaman
unos loco y otros sábio,
atenta le observa y calla.

Al cabo el hilo rompióse,
y la primera la dama
le ruega que tome asiento,
y ordena le sirvan agua.

Entra obediente al mandato
una berberisca esclava,
con búcaros primorosos
en su salvilla de plata.



Sosegado el extranjero,
con tal dignidad y tanta
cortesanía le rinde
por aquel servicio gracias,

Que el parabien la señora
de ocurrencia tan estraña
se dá á sí misma, y se esmera
en obsequios y en palabras.

Esta primera visita
otras produjo mas largas,
y de muy pocas al cabo
se entendieron sus dos almas.



Ya no piensa el navegante
en dejar tan pronto á España,
renueva sus pretensiones,
torna á rodar antesalas.

De Hernando de Talavera
la altivéz ya no le espanta.
Insiste en ver á los reyes
y renueva sus demandas.

Doña Beatriz, afanosa,
siendo ya depositaria
de sus planes y proyectos,
que la envanecen y exaltan,

Le aconseja y le reanima,
le consuela y le entusiasma,
y conexiones le busca
con femenil eficacia.

El mismo en Córdoba logra
con su permanencia larga,
que algunos doctos le escuchen,
tratar á personas altas.

Y ya sus propuestas toman
cierto color de importancia,
y ya con calor y aprecio
del extranjero se habla.

Alonso de Quintanilla,
del rey tesorero, enlaza
con él amistad estrecha
y en protegerle se afana.

Y D. Pedro de Mendoza,
el gran cardenal de España,
uno de los mas ilustres
varones de nuestra patria,

Afable se le demuestra,
y con su poder alcanza
que el mismo rey le conceda
la audiencia tan deseada.

Frio, suspicaz, severo
le oye el rey. Pero le llaman
la atencion de aquel piloto,
la dignidad y la calma,

El convencimiento firme,
las esplicaciones claras.
Y aunque de la inmensa idea
toda la estension no alcanza,

La envidia á los portugueses,
de dominacion el ansia,
y el carácter de aquel siglo
caballeresco y de hazañas,

Le obligan á que al instante
dé acogida afable y grata
al hombre y á su proyecto,
porque otro rey no lo haga.

Mas los gastos de la guerra
hacer nuevos le embarazan,
ni otra empresa empezar puede
hasta rendir á Granada.

Y cual político astuto,
por ganar tiempo y dar largas,
su proteccion y su auxilio
al piloto ofrece, y manda

Que los sábios eminentes
de la docta Salamanca
con detencion examinen
la propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante
tal decision del monarca,
mas que con ella se avenga
Doña Beatriz quiere, y basta.

ROMANCE IV.

TIEMPO PERDIDO.

DEJANDO atrás á Granada,
en cuyas torres el viento
ya la cruz triunfante adora
entre cristianos trofeos;

Y dejando atrás la corte
de los hispánicos reinos,
donde tristes desengaños
cojió y amargos desprecios.

Vá el genovés navegante,
vá el portentoso extranjero
en una mula de paso
hácia Córdoba derecho.

Sin volver atrás los ojos,
pobre, abatido y enfermo,
sale de la hermosa vega
que le parece el infierno.

Lleva en su faz las señales
del infortunio y del tiempo,
que los años y desgracias
dan con un bronce en el suelo.

Seis años cuenta perdidos
desde que llegó al convento
de la Rábida, y el nombre
quiso hacer de España eterno.

Y sus esperanzas todas,
y todos sus pensamientos,
disipadas mira en humo,
en polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca
los doctores y maestros,
mas bien que examinadores
jueces inflexibles fueron,

Y le trataron altivos,
aunque era mas sábio que ellos,
no cual docto que consulta,
sino cual convicto reo,

Sus geométricas verdades
por respuesta hallaron testos,
sus cálculos silojismos,
sus demostraciones ergos.

Y aunque varios relijiosos
de San Estevan (colejio
donde fue la conferencia)
que eran sábios verdaderos;

Si comprender no lograron
al inspirado extranjero,
le escucharon con asombro
y su importancia advirtieron;

Los mas, cual siempre acontece,
arrollaron á los menos,
y sobre un hombre tan grande,
y sobre un tan gran proyecto

Informaron á la corte
con el mas alto desprecio,
de visionario y de loco
prodigándole dicterios.

El no entendido, mas firme
en sus altos pensamientos,
de su plan el contradicho
mas convenido y mas cierto;

De sí mismo mas seguro
mientras halla mas tropiezos,
y nuevas fuerzas cobrando
de su propio abatimiento:

Del genovés navegante
parece el alma de acero,
escollo inmoble que arrostra
siglos, rayos, olas, vientos.

Pero no quiere que España
acoja ya sus esfuerzos,
ni que las ventajas logre
de tales descubrimientos.

Y á Córdoba despechado
veloz regresó, resuelto
de irse á buscar á otra corte
para realizarlos medio.

Mas Doña Beatriz Enriquez
y el fruto inocente y tierno
de sus plácidos amores,
detenerle aun consiguieron.

Eslabones mas tenaces
que los de forjado hierro,
y con que á aquel hombre insigne
ató á mi patria el eterno.

El genovés, obligado
por las prendas de su afecto
á no abandonar á España,
buscó en ella rumbo nuevo;

Y partió con gran reserva
de Santa María al puerto,
que era del ínclito duque
de Medinaceli feudo,

A buscar su patrocinio
y á ofrecerle ignotos reinos.
El duque con grandes honras
le acojió y con sumo aprecio,
Y ya preparaba naves
propias suyas, y dinero
con que el hombre extraordinario
llevase á cabo su intento:

Cuando de la corte tuvo
aviso de que con ceño
y con envidia y sospechas
miraba el rey sus aprestos.

Suspendiéndolos advertido,
y exhortó con noble celo
al piloto, que á la corte
y al rey regresase luego.



A la inexorable suerte
que sus mas vivos anhelos
contrariaba, y le tenia
atado al hispano suelo,

Tuvo el genovés constante
que humillarse con despecho,
y tornó á la hispana corte
y en ella á luchar de nuevo.

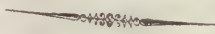
El mismo rey D. Fernando,
que no quedó satisfecho
del salamanquino informe,
le maneja astuto y diestro;

Le alhaga con esperanzas,
(que detenerle es su objeto)
hasta que la infiel Granada
rinda á sus plantas el cuello.

Siguió aburrido á la corte
el soñador extranjero,
de aquella famosa guerra
presenciando los progresos.

En el asalto de Baza,
de Málaga en el asedio,
en otras altas acciones,
y en muchos duros reencuentros,

Discurrió como perito,
se mostró cual caballero,
combatió como cristiano
y se portó como bueno.



De la opulenta Granada
rendirse el poder soberbio
presenció en fin, de Castilla
y de Aragon al esfuerzo.

Y de las réjias ofertas
llegado el plazo creyendo,
con mas teson y energía
llamó la atencion de nuevo.

Mas en vano, otras consultas
y otros plazos le han propuesto,
que los gastos de la guerra
tienen el tesoro yermo.

Con que de toda esperanza
perdidos los fundamentos,
dejar á España de veras,
de veras tiene resuelto.

Ni aun de Alonso Quintanilla
se ha despedido, temiendo
que elocuente y amistoso
aun pretenda detenerlo.

Y hácia Córdoba camina,
seguro de que los ruegos
de Doña Beatriz Enriquez
no han de hacer mella en su pecho.

Nada ya, nada en el mundo
le detiene, no hay remedio.
¡Oh cuánto poder y gloria
pierde España con perderlo!

En su acalorada mente
tanto agravio recorriendo,
y ansioso ya de encontrarse
en la corte de otro reino,

Aguija la tarda mula,
no le permite resuello,
ya de Pinos de la Puente
llega al miserable pueblo,

Y sin detenerse pasa
el despeñado riachuelo,
que entre riscos y entre juncias
vá de Genil al encuentro.



Sigue adelante el camino,
cuando detrás, el estruendo
de un caballo que galopa
oye resonar violento,

Y alcánzale á pocos pasos,
en un cordobés overo,
de sudor cubierta el anca,
blanco de espumas el pecho,

Arrogante y decidido
un atildado mancebo,
vestido un rico tabardo
de carmesí terciopelo,

Con castillos y leones
de plata y oro cubierto,
y un penacho rojo y jalde
volando sobre el sombrero.

Era un paje de la reina,
que al punto reconociendo
á la persona á quien busca
en el piloto extranjero,

Le dice en voz alta: "Amigo,
atrás volved luego, luego,
pues de que sin vos no torne
orden terminante tengo."

El genovés irritado
para la mula de presto;
pone la mano en la espada
y dice con gran denuedo:

"Antes que la rienda vuelva
me dejareis aquí muerto;
basta, vive Dios, de burlas,
á España nada le debo."

Desconcertóse al mirarlo
tan decidido y dispuesto
el paje, que le responde:
"Ni me burlo ni os ofendo;

» Pues la reina mi señora
me ha mandado deteneros,
y que á su presencia os lleve,
ved si obedecerla debo."

Bastó el nombre de la reina
para un trastorno completo
del navegante ofendido
hacer en cabeza y pecho,

Que era nombre á quien tan alto
prestijio dió el mismo cielo,
que allanára un alto monte,
que domára el mar soberbio.

A tal nombre sus agravios,
todos sus resentimientos,
todos los años perdidos,
y todos sus planes nuevos

El genovés olvidando,
abre palpitante el pecho
á tan vehemente esperanza,
á porvenir tan risueño,

Que le parece aquel paje
angel bajado del cielo,
y en éxtasis delicioso
queda inmóvil y suspenso.

Jamás conseguido habia
esplicar su alto proyecto,
de la gran reina delante,
y ahora vé ocasion de hacerlo.

Por lo que rompiendo al punto
aquel rato de silencio,
lleno de vida el semblante,
responde al mudo mancebo:

“Pues Doña Isabel lo manda
voy con vos y la obedezco.”

Y revolviendo la mula
sigue detrás del overo.

ROMANCE V.**LA REINA.**

DEL apartado occidente
á las ignotas regiones,
que solo nuestro viajero
por revelacion conoce,

Ya el sol descendido habia,
dejando estos horizontes
envueltos en vagas sombras
de una sosegada noche;

Cuando á Santa Fé llegaron,
sin haber dejado el trote,
caminando en gran silencio
el extranjero y el joven:

A las puertas de palacio
descabalgan, y veloces
la réjia escalera suben,
sin que las guardias lo estorben.

Pues el paje de la reina,
á quien todos reconocen,
le sirve á su compañero
de seguro pasaporte.

Llegados á la antesala,
donde damas y señores
acaso esperan audiencia
con distintas pretensiones,

Al piloto dice el paje
que allí le espere, y entróse
á dar parte á su señora
de estar cumplida la orden.

Vuelve al instante, y llamando
al genovés, indicóle
la respetada mampára
que en cuanto este entró cerróse.



En un camarín pequeño
vestido con pabellones
de berberiscos damascos,
y una alfombra de colores;

Junto á un cuadrado bufete
que rico tapete esconde
de carmesí terciopelo
con franjas de oro y borlones;

En frente de un oratorio
de concha, nacar y bronces,
donde la imájen brillaba
del Redentor de los hombres;

Y á la luz de dos bujías
de aquel breve cielo soles,
que en candeleros de oro
daban vivos resplandores;

Sentada en la réjia silla,
con la presencia mas noble
que jamás tuvo matrona,
que jamás respetó el orbe,

Doña Isabel, la gran reina
de Castilla y Leon, mostróse
á los admirados ojos
del genovés sábio y pobre.

Un brial de raso morado,
con castillos y leones,
de perlas, esmaltes y oro
en recamadas labores

Era su traje. En su pecho
brillaban, como en la noche
los luceros rutilantes,
las cruces que en los pendones

De las órdenes guerreras
son de la victoria norte.

Y de flamencos encajes,
que réjia diadema coje,

Una delicada toca
ornaba su rostro, donde
formando un todo divino
de altos celestiales dotes;

El mas claro entendimiento,
la virtud mas pura y noble,
el esfuerzo mas gallardo
resplandecian conformes.

Doña Beatriz de Galindo,
que aun hoy conserva el renombre
de la *Latina*, por serlo
muy aventajada entonces,

Camarera de la reina,
señora de altos blasones,
y esposa del gran Ramirez,
del moro en Málaga azote;

Y Alonso de Quintanilla,
letrado de claro nombre,
trás la réjia silla estaban
de pié, y con humilde porte.

Todo lo notó el piloto,
tanto esplendor deslumbróle,
y en el suelo, de rodillas,
á tal majestad postróse.

Con una sola mirada
la reina vió en aquel hombre
de la inspiracion celeste
los divinos resplandores.

Y él de una mirada sola
la grandeza reconoce
y la inteliencia suma
de la reina que le acoje.

Trás de un sublime silencio,
aunque brevísimo, donde
la admiracion y el encanto
de entrambos á dos mostróse,

Con grande bondad la reina
que alce del suelo mandóle,
que á la mesa se aproxime,
y que de su plan la informe.

Obedécela el piloto,
y con respeto tan noble
se acerca, y á hablar principia,
que la atencion réjia absorve.

Y con tal convencimiento,
con tal claridad tal orden,
con tan sencilla elocuencia,
con tan potentes razones

Sus asombrosos proyectos
en breve discurso espone,
que la gran reina pasmada
se le figura que oye

A un inspirado, á un profeta,
á un angel. Y que son voces
del cielo aquellas que escucha,
y que en tal pasmo la ponen.

Abarca su entendimiento
el vasto plan, que doctores,
reyes, repúblicos, pueblos
juzgan quimeras informes.

Vé la espedicion segura,
y ya en ignotas regiones
triunfante la fé de Cristo
con el castellano nombre.

Vé un torrente de riquezas
que hácia sus vasallos corre,
y una gloria y poderío
que envidiarán las naciones.

Y superior á sí misma,
del cielo ayudada entonces,
vé aun mas que el mismo piloto,
aun mas alta que él alzóse.



En entusiasmo y fé viva,
jérmen de grandes acciones,
abrasada su alma heroica,
enchido su pecho noble,

Quitóse la alta diadema,
y de su pecho recoje
las riquísimas insignias
de incalculables valores,

Las joyas y pedrería,
los brazaletes y broches
que sus brazos y su cuello
engalanaban, y pone

Aquella breve riqueza,
(breve sí, pero de enorme
precio) encima del bufete,
y «Toma, dicé á aquel hombre,

»Toma, emplea este tesoro
sin que nadie te lo estorbe,
en cumplir el pensamiento
que Dios te ha inspirado.—Corre,

»Vuela:—en naves castellanas
mares nunca vistos rompe,
arrostra las tempestades,
tu estrella á los vientos dome.

»Lleva á ese ignorado mundo
los castellanos pendones,
con la santa fé de Cristo,
con la gloria de mi nombre.

»El cielo tu rumbo guie,
y cuando glorioso tornes,
ó Almirante de las Indias,
duque y grande de mi corte,

»Tu hazaña bendiga el cielo,
tu arrojo al infierno asombre,
tu gloria deslumbre al mundo,
abarque tu fama el orbe.”

En tanto que así decia
reina tan ilustre, sobre
su cabeza colocaba,
con altas aclamaciones,

Un angel, corona eterna
de luceros y de soles,
que mientras mas siglos pasan
adquiere mas resplandores.

Con ella la admira el mundo
y adoran los españoles,
cuando absortos la recuerdan
en tan importante noche.

ROMANCE VI.

CONCLUSION.

BAJO un cielo borrascoso
que jamás mortal alguno
visto habia, en un inmenso
mar encrespado y sañudo,

Do jamás altiva nave
osó abrir incierto sulco;
en una region estraña,
parte ignorada del mundo,

Una frágil carabela,
casi imperceptible punto,
con grandes peligros lucha,
y sin amparo ninguno;

Las olas como montañas
atajar quieren su curso,
ya la arrojan contra el cielo,
ya la hunden en el profundo.

Ya en sus costados se estrellan,
volando en espuma y humo,
ya la anegan en torrentes
de amargo espeso diluvio.

El huracan de otra parte,
y no menos iracundo
brama entre sus rotas velas,
cruje en sus mástiles rudos,

Silba en su jarcia deshecha,
la arrastra con récio impulso,
y la vuelca y la levanta,
y combátela sañudo.

No se vé la faz del cielo,
por el espacio confuso,
los relámpagos deslumbran,
cruzan los rayos trisulcos,

Retumban y estallan truenos
cual si rebentára el mundo,
y envuelto en cárdenas nubes
el sol parece difunto.

Mas la frágil carabela
sigue pertinaz su curso,
y en tan espantoso caos
lleva hácia occidente el rumbo.

Sin duda que se confia
en el talismán seguro
del pabellon castellano
que en su osada popa puso,
Pabellon que en aquel siglo
al Omnipotente plugo,
hacer de rara fortuna
y de escelsas glorias nuncio.

Un mortal extraordinario,
tenaz, inflexible, duro
mas que el bronce, el gran piloto
genovés, tranquilo y mudo,

En la brújula ambos ojos,
en el timon ambos puños,
gobierna la dócil nave
sin mostrar su frente susto.

Mas ay! no tiene su temple
de la ciega chusma el vulgo;
y aunque esforzados, se postran
los marineros robustos.

Rendidos y amedrentados
de tantos horrores juntos,
de navegacion tan larga,
de porvenir tan confuso,
Recuerdan la dulce España,
de su familia el arrullo,
y recuerdos y temores
abortan ciego tumulto.

“Si vive desesperado
este advenedizo iluso,
y busca la muerte, muera,
pero él solo,” dicen unos.

“Muera pues, repiten otros,
es un hechicero, un brujo,
que aquí á perecer nos trajo,
por sus designios ocultos.”

“*Muera*, gritan todos, *muera*,
y atrás volvamos el rumbo;
á España! á España!..... Y osados
trocando en furor el susto,

A la popa se abalanzan
esgrimiendo el hierro agudo
contra el heroico piloto
que desprecia sus insultos.

Y que con serena frente,
aunque con semblante adusto,
“¿Qué quereis? les grita osado,
sin temor os lo pregunto.

» ¿Qué quereis?» — *España, España*,
suenan en gritos furibundos,
y el piloto les responde:

“Con indignacion lo escucho.

» Gente sin fé ni esperanza,
¿cuándo á coger vais el fruto
de tanto valor y arrojo,
de tanto peligro y susto,

Quereis tornarle la espalda?
Que en vos volvais os conjuro,
y el nuevo sol, os lo afirmo,
será de ventura anuncio.”

La turba, como ajitada
por un satánico influjo,
“*Muera*,” repite, y desoye
su acento noble y augusto.

El gran hombre ya resuelto
deja el timon, y ceñudo
avanzándose les grita:
“Llegad pues, matadme al punto;

» Pero sabed, insensatos,
que de vosotros, ninguno
puede, desde estas rejiones,
hallar de la patria el rumbo;

Y que á mí tan solo es dado,
porque así á los cielos plugo,
el dominar estos mares
y el hallar puerto seguro.

» Matadme pues, ¿qué os detiene? » —
La chusma en espanto mudo,
no responde, y se deshace
en terrorizados grupos.

Torna al timon el piloto,
torna la nave á su curso,
y todos á la obediencia
aunque á despecho y disgusto.



Con la noche la borrasca
cedió de su fuerza mucho,
amansáronse las olas,
mas blando el viento se puso.

Y al rayar en el oriente,
tras de los mares cerúleos,
la nueva luz, vé el piloto
á su frente un leve punto

Que alzándose lentamente
de las olas, forma el bulto
de azul monte, en cuyas crestas
brilla el sol cual oro puro.

Se cerciora de que es tierra,
y hácia el trono del ser sumo
ojos, corazon y brazos
alza y le rinde el tributo

De gratitud. Y en seguida,
"Mirad," le dice á los suyos,
enseñándoles el monte
con noble y triunfante orgullo.

La chusma que vé la tierra,
que vé el fin de tantos sustos,
y en aquel piloto un angel,
convierte la rabia en culto.

Y arrojándose á sus plantas,
del entusiasmo al impulso
grita, y acordes repiten
cielo, tierra y mar profundo:
VIVA COLÓN, DESCUBRIDOR DE UN MUNDO.





UN EMBAJADOR ESPAÑOL.

ROMANCE I.

EN Merino y Terracina,
que dominios son del Papa,
entra aquel Cárlos octavo
rey orgulloso de Francia.

Los fuertes castillos toma,
los campos fértiles tala,
incendia los caseríos,
los templos santos profana.

Y en el furor se complace
con que sus hombres de armas
como furibundas fieras
roban, destruyen y matan.

Asi cumple los tratados
que celebró con España,
de defender á la Iglesia
y de acatar la tiara.

Asi el juramento cumple,
que de San Pedro en las aras
prestó sobre el Evangelio
en terminantes palabras.

Asi al acto corresponde
que con humildad tan falsa
hizo en público, besando
del Pontífice las plantas.

Asi el nombre verifica,
que tomó, para burlarla,
de fiel hijo de la Iglesia
y defensor de su causa.



Los vasallos infelices
del Padre Santo que hallan
esterminio ó servidumbre
en quien amparo esperaban;

Y que en la paz adormidos,
y en la ciega confianza
que los tratados infunden
y dá una réjia palabra;

Ni pueden hacer defensa
ni en ella salud halláran,
que numerosas y fuertes
son las fuerzas de la Francia;



Y á merced de sus guerreros
dejan haciendas y fama,
sin quedarles mas recurso
que lágrimas y plegarias.

Lágrimas que el duro pecho
de Carlos feroz no ablandan,
plegarias á que responden
insultantes carcajadas.

Del Pontífice un legado,
(porque un legado acompaña
para mas escarnio y burla
al rey que á la iglesia ataca)
Inerme, abatido, humilde,
á Carlos ruega y demanda
que á su ambicion ponga freno,
que coto ponga á su audacia.

Si no por respecto al pacto
celebrado con España,
si no por guardar solemnes
juramentos y palabras,

Por cumplir como cristiano
y para salvar su alma,
y por temor á lo menos
de la divina venganza.

Pues Dios es juez de los reyes,
y su mano sacrosanta
rompe coronas y cetros,
sólios é imperios allana.



Con risa infernal escucha
y burladora arrogancia,
las justas reconvenciones
el obcecado monarca,

Cuando de Borbon el duque,
gran condestable de Francia,
del venerable legado
reproduce las demandas,

Y con muy cristiano celo
y la autoridad y pausa,
propia de su cuna ilustre,
propia de sus nobles canas;

Mas con todo el miramiento
á la debida distancia,
que entre rey y entre vasallo
Dios mismo establece y marca,

Le repite las razones
que de pronunciar acaba,
el digno representante
de la ofendida tiara,

Insistiendo en que recuerde,
que los tratados quebranta
que firmó solemnemente
en Perpiñan con España.

De tan noble personaje
tampoco consiguen nada,
con el orgulloso Cárlos
razones, ruegos, plegarias,

Pues con desabrido gesto
y con burladora rabia,
Que no recuerda, responde,
de cuanto le dicen, nada.

ROMANCE II.

D. Antonio de Fonseca,
caballero de alta ley,
de los católicos reyes
el noble embajador es,

Que al rey de Francia acompaña
y le sigue por do quier,
y avisado por el duque
viene en el momento aquel.

Preséntase con modestia,
pero con el rostro, que
cara de pocos amigos
llama el vulgo, y llama bien.

Al verle con fátuo orgullo
el Cristianísimo rey,
que dá al vicario de Cristo
á gustar vinagre y hiel,

Con miradas de desprecio
y con gesto de altivez,
“Oh caballero, le dice,
llegais en buen hora, pues

El venerable legado
me habla, y el duque tambien,
de un tratado con España
que lo que encierra no sé.”

—“Señor, responde Fonseca,
¿cómo ignorarlo podeis,
cuando en Perpiñan, vos mismo
pusisteis la firma en él,

» Y debajo el réjio sello
puso vuestro canceller?
Mas puesto que lo olvidasteis,
escuchadme, os lo leeré.”

Y sacando de su seno
un abultado papel,
con respeto y con firmeza
Fonseca empezó á leer.

Cuando un artículo habia
favorable al interés
de la corona de Francia,
esclamaba al punto el rey:

“Es muy válido, recuerdo
que en Perpiñan lo firmé.
Ese artículo, Fonseca,
os ofrezco mantener.”

Pero cuando otro escuchaba
interesante tambien
ó al decoro de la Iglesia,
ó de Castilla al poder:

“Dadme el tratado, decia,
dádmele Fonseca, pues
si eso firmé lo desfirmo,
que enmendar un yerro es bien.”

Y las cláusulas borrando,
con menosprecio y desden
el pliego le devolvía
diciendo: “Seguid, leed.”

Al fin llena la medida
del sufrimiento cortés,
D. Alonso de Fonseca
no se pudo contener,
Y "Rey de Francia, prorumpe,
si mosaros pretendeis
de mí que soy caballero,
de mi patria y de mi rey,
» Vive Dios que á tolerarlo
no estoy yo dispuesto, y pues
borrais lo que no os conviene,
borro y auulo tambien
» Lo que es á vos favorable,
rompiendo el tratado: ved."
Y desgarrando valiente
el respetable papel,
Tiró los rotos pedazos
del rey de Francia á los pies,
y calándose el sombrero
sin hacer venia se fué.
Y con la mano en la espada
atravesando un tropel
de alabardas y ballestas
salió del campo francés.

LA BUENA-VENTURA.



ROMANCE I.

LA CITA.

ERA en punto media noche,
y reinaba hondo silencio
de Medellín en la villa;
sumerjida en dulce sueño.

Desde un trono de celajes
nacarados y lijeros,
cándida, apacible luna
brillaba en el firmamento:

Sobre el pardo caserío
derramando sus reflejos,
como sobre los sepulcros
de un tranquilo cementerio.

Y en una desierta calle,
donde sus claros destellos
una mitad alumbraban,
la otra en sombras confundiendo,

Estaba en la parte oscura,
receloso y encubierto,
un noble joven gallardo,
no muy alto, aunque bien hecho.

Ropon y loba vestía,
el uno y el otro negros,
traje propio de que usaban
escolares de aquel tiempo.

De su cintura pendia
una espada de Toledo,
y un laud con ambas manos
apretaba contra el pecho.

Los ojos no separaba,
vivos, rasgados, de fuego,
lumbreras de un lindo rostro,
vivaz, gracioso, moreno,

De las cercanas paredes
de un edificio frontero,
en cuyos sillares blancos
daba la luna de lleno,

Descubriendo tres balcones
con barandales de hierro,
debajo dos rejas grandes
no muy lejanas del suelo;

Y cerrada una ancha puerta,
sobre la que tiene asiento
un noble escudo de mármol
guarnecido de arabescos.



La anchura de aquella calle,
en realidad corto trecho,
era espacioso teatro,
mejor diré campo inmenso

De fantásticas escenas,
de mil estraños sucesos,
indecisos y confusos
como figuras de un sueño,

Que claramente veía
la imaginacion de fuego,
y la mente arrebatada
de aquel gallardo mancebo.

De Salamanca las ciencias,
los doctores y los ergos
que atrás deja, vé delante,
y su pobre hogar á un tiempo.

Y vé los campos de Italia,
aunque nunca estuvo en ellos;
mas á do quiere ausentarse,
de ambicion, de gloria lleno;

Y ya se juzga soldado,
y ya se halla en los encuentros,
y mira reyes cautivos,
y vé ejércitos deshechos;

Y naciones conquistadas,
y á sus pies tronos y cetros,
montes de oro y de laureles,
anchos mares, mundos nuevos.

Y todo lo vé, que todo
cuanto abraza el pensamiento
lo ven, y lo ven palpable
las almas de privilegio.

Mas de todo cuanto mira
como en borrosos bosquejos,
como las mudables formas
de nubes que rompe el viento;

Es el primer personaje,
es el mas distinto objeto,
es reina y reguladora,
y sol de sus pensamientos,

La modesta Doña Elvira,
de Medellin embeleso,
y á quien guardan las paredes
do los ojos tiene puestos.

Para ella sueña sus glorias,
para ella anhela trofeos,
para ella quiere tesoros
que está enamorado, ciego.

Y sin los lauros y bienes
que no quiso darle el cielo,
no puede con ella unirse,
que es pobre, aunque caballero.

Tambien teme á un poderoso
rival, ignorante y necio,
pero que ganó en la guerra
tesoros é ilustres premios.

El que al padre de su amada,
codicioso como viejo,
con sus riquezas y honores
tiene cautivado y ciego.

Mas en vano teme el jóven,
es de Doña Elvira dueño,
pues esperándole, inquieta,
aun está fuera del lecho.

Y en cuanto la seña escuche,
saldrá, su cita cumpliendo,
á ofrecerle ser su esposa,
y á jurarle amor eterno.

ROMANCE II.

LAS CUCHILLADAS.

Diz que en cuanto el gallo canta
desparescen de imprevisto
los aquelarres de brujas,
los fantasmas y vestiglos;

Asi desaparecieron
las escenas ó delirios
á que la mente del joven
daba vida en aquel sitio,

De un gallo al sonoro canto,
que al momento repetido
por otros que parecian
los ecos de aquel recinto,

Al soñador recordaron
que alli tan solo ha venido,
de un *á Dios* tierno de amante
á padecer el martirio.

A exijir una palabra,
y á ofrecer un plazo fijo,
que con segura esperanza
le dé aliento en los peligros.

Vuelto en sí, pulsa las cuerdas,
y á sus acentos sentidos
canta una letra amorosa
con tono dulce y sumiso.

Al punto, cual si el acento
que dió vida y regocijo
á las auras de la noche,
fuera conjuro ó hechizo,

De una reja las maderas
ábreanse en el edificio,
que el mancebo contemplaba;
y queda un cuadro sombrío,

Do aparece un bulto blanco,
cuyos contornos divinos
resaltaban en lo oscuro
por la luna esclarecidos.

El amante la guitarra
suelta, y fuera de sí mismo
corre á la dorada reja,
abrazando los hierros frios:

Y en una mano de nieve,
que uno de ellos tiene asido,
estampa labios de fuego
por la pasión encendidos.



Balbuciente, temeroso
como enamorado fino,
que ser amor elocuente
de ser falso es claro indicio,

Iba á pedir que dos años
le conserven fé y cariño,
que en ellos ganar espera
pingüe estado y nombre digno.

Cuando (siempre los amantes
han de tener enemigos,
que en los mejores momentos
truequen la dicha en martirio)

Cuando á lo lejos resuena
un sospechoso ruido,
que á los dos enamorados
sobresalta de improviso.

“Retírate, dice el joven,
quede tu decoro limpio,
que yo tornaré á tus plantas
sin importunos testigos.”—

“Nada temas, seré tuya,”
entre sollozos le dijo
su amada, y cerró la reja
dejando abierto un resquicio.

Quiere el mancebo alejarse,
mas no puede sin ser visto,
y no es hombre que la espalda
sabe volver al peligro.

Tres bultos mira en la calle
que á él dirijen su camino,
á dos quedarse vé luego
en no muy distante sitio,

Y al tercero aproximarse
á paso largo y altivo,
resplandeciendo la luna
en su pomposo atavío.

Al Comendador conoce
que volvió de Italia rico,
y que á su Elvira pretende
con impertinente ahinco.

Mucho celebra el encuentro,
y solo le pesa el sitio;
pero ya arrestado á todo
le espera firme y tranquilo.

El Comendador le dice,
á diez pasos dando un grito:
“Retiraos de aquí, estudiante,
ó mi espada os hará añicos.”—

“Otra tengo yo en la mano
que á ese insulto dé castigo,”
dice el mancebo, y se arroja
como rayo desprendido

De las nubes. Los aceros
relampaguean, y vivo
arde el combate, lidiando
sin hablar, cual bien nacidos.

De un leve rasguño tiene
el joven su rostro herido;
del contrario el pecho roto
lanza ya de sangre un rio:

Y perdiendo vá terreno,
vacilante, cuando un silbo
dá, y vienen espada en mano
los otros dos á su auxilio.

El joven, como valiente,
desprecia á los asesinos,
y dejando ya en la tierra
al Comendador tendido,

Carga á los dos y los hiere,
y los pone en tal conflicto,
que rápidos como el viento
buscan en la fuga asilo.

El vencedor reconoce
de su victoria el peligro,
y á su casa se retira
pobre solar, aunque antiguo.

Y que tambien noble escudo
ostenta en el frontispicio
de la puerta, de que lleva
la llave falsa consigo.



A D. Martin, su buen padre,
anciano de hidalgo brío,
encuentra sobresaltado,
receloso y discursivo:

Que del mancebo en la mano
viendo el hierro en sangre tinto,
“¿Qué has hecho, Hernando?” le dice,
y contéstale su hijo:

“Al Comendador he muerto,
dando á un insulto castigo,
que el honor que tú me diste
ha de estar como el sol, limpio.”—

“Válgame el cielo (prorumpie
el noble anciano) preciso,
aunque Hernando, yo no dudo
que con razon has reñido,

» Es el ponernos en salvo,
que es inminente el peligro,
siendo poderoso el muerto
y nosotros desvalidos.”—

“Partiré al momento á Italia,
cual estaba decidido,”—

dice Hernando; mas el padre
prudente responde: —hijo,

“De las glorias de la Italia
ya te has cerrado el camino:
el Comendador en ella
del rey ha estado al servicio;

» Del ínclito D. Gonzalo
era deudo y favorito,
y allá ha dejado parientes
con honra y con poderío.”—

“Pues á las Indias, el joven
dice, á marchar me decido;”
y algo extraordinario y grande
brilló en su rostro al decirlo.

ROMANCE III.**EL EMBARCO.**

EN la iglesia de San Pedro,
una de las mas antiguas
entre las muchas insignes
de la opulenta Sevilla,

A las seis de la mañana
se está diciendo una misa,
porque Dios dé buen viaje
á un jóven que vá á las Indias.

Es el gallardo extremeño
á quien hace quince dias
que de Medellin, su patria,
arrojó su valentía,

Y que en una gruesa nave
debe aquella tarde misma
despedirse de la Europa
á buscar remotos climas.

Y con D. Martin, su padre,
junto al altar, de rodillas,
á San Pedro se encomienda
y al cielo le pide dicha.

En el traje de soldado
mostrando tal gallardía,
que del devoto concurso
tiene la atencion cautiva.

Terminado el sacrificio
recibe la Eucaristía,
resplandeciendo en su rostro
el entusiasmo y fé viva.

Vuelve á la humilde posada
que era en la Borcinería,
hostalaje de un morisco,
estancia pobre y mezquina.

Y así le dijo su padre,
cuyas áridas mejillas,
lágrimas de desconsuelo
quemaban y humedecian.

“Hernando, Hernando, hijo mio,
á tierras lejanas vás,
donde nunca olvidarás
de mi noble sangre el brio.

» Cual cristiano y caballero
teme á Dios, guarda su ley,
sirve con lealtad al rey,
sé devoto y sé guerrero.

» Nunca dés á la codicia
en tu hidalgo pecho entrada,
flaqueza vil, que degrada
el cuerpo, y el alma vicia.

» Sé á tus cabos obediente,
afable á tus compañeros,
y sin bravatas ni fieros
en el peligro valiente.

» En los trabajos sufrido,
moderado en la ventura,
con generosa cordura
no estés vano, ni abatido.

» Del malo te apartarás,
únete siempre á los buenos,
que si no ganas, al menos
con ellos no perderás.

» Si llegas á obtener mando,
manda con moderacion,
pero solo, y con teson
haste obedecer, Hernando.

» Que al que manda descortés
ó por agena influencia,
ó no exige la obediencia,
para el mando inútil es.

» Tolerado disimulado,
aunque te haga padecer,
agravio que no ha de ser
plenamente castigado.

» Reparte con discrecion
la recompensa y castigo,
y al derrotado enemigo
trata con moderacion.

» Resuelve con madurez,
mas resuelto, nada ataje
la ejecucion, aventaje
al rayo en su rapidéz.

» La santa fé que profesas
estender, y de tu rey
los dominios, sea la ley,
Hernando, de tus empresas.

» Y no tengas duda alguna
de que si lo haces así,
siempre irán en pos de tí
la victoria y la fortuna.

» De tu noble inclinacion
mucho espero, mucho fio,
basta: abrázame, hijo mio,
recibe mi bendicion."

La escena tierna, y sublime
dolorosa despedida
que pasó entre el hijo y padre
no es posible describirla.

De momentos tan solemnes
los afectos de familia,
los pensamientos y penas
se sienten, mas no se pintan.

Al fin, como breve sueño,
pasó rápido aquel día,
los tristes y los alegres
al mismo paso caminan.

El sol entre nubes de oro,
de un cadáver comitiva,
á la tumba del ocaso
con magestad descendía.

Cuando la pieza de leva
dió el trueno de la partida,
del Guadalquivir soberbio
retumbando en las orillas.

Ya del arenal la puerta
el padre y el hijo pisan,
y hácia la torre del oro
mudos de dolor caminan.

Magnífica era la escena,
soberbia la perspectiva,
espectáculo grandioso
el que deslumbró su vista:

Cubierto el rio de naves
de mil naciones amigas
con flámulas, gallardetes,
banderolas y divisas

Donde espléndidos colores
con el sol poniente brillan,
donde se mecen las auras,
donde retozan las brisas.

Ambas márgenes cubiertas
de cuanto la Europa cria,
de cuanto el arte produce,
de cuanto ánsia la codicia.

De armas, víveres, aprestos,
fardos, cajones y pipas,
de estraordinarias riquezas,
de varias mercaderías.

Y en las naves y las barcas,
en los muelles y marismas
y en arenal, alameda,
muro, almacenes, garitas,

Un enjambre de vivientes
de todos reinos y climas,
de todos séxos y clases,
de todas fisonomías.

Del grande español imperio
hombre de todas provincias,
y de todas las naciones
que la Europa sábia habitan.

Moros, moriscos y griegos,
egipcios, israelitas,
negros, blancos, viejos, mozos,
hablando lenguas distintas.

Mercaderes, marineros,
soldados, guardas, espías,
alguaciles, galeotes,
canónigos y sopistas,

Caballeros, capitanes,
frailes legos y de misa,
charlatanes, valentones,
rateros, mozas perdidas,

Mendigos, músicos, bravos,
quincalleros y cambistas,
galanes, ilustres damas,
gitanas, rufianes, tías:

Todo bullicio tan grande,
tan estraña algaravía,
tal confusion de colores,
tal movimiento y tal vida,

Ofreciendo bajo un cielo
como el cielo de Sevilla,
que era un pasmo de la mente,
un cuadro de hechicería.



Tras de la torre del Oro,
mientras D. Martin activa
el embarco, maldiciendo
gabelas y socaliñas,

Hernando sueña despierto,
y pensando en Doña Elvira,
embebido en lo pasado,
presente y futuro olvida.

Llamó su atencion de pronto
una voz ágría y ronquilla
que le dice:—“Caballero,
por Dios una limosnita.”

Vuelve en sí sobresaltado,
y delante de sí mira
una miserable vieja
de estraña fisonomía.

Un rostro innoble y siniestro,
seco, como de ceniza;
con dos penetrantes ojos
de fuego que muere chispas,

Descubre entre sucias tocas
que rojo manto cobija,
sobre un traje de anascote,
hecho á desgarrones tiras.

Y en el todo de aquel ente
algo raro se veía,
reunion de astucia, ignorancia,
imbecilidad, malicia.

Para darle algun socorro
en la escarcela registra,
y mientras le dá un cornado
dice la bruja ladina.

“¡Qué lindo y gallardo joven!
si se embarca para Indias,
la buena ventura puedo
decirle, que sé decirla.”

Hay en la vida momentos
que la mitad de la vida
por columbrar lo futuro
se diera con alegría.

Y Hernando, aunque con desprecio,
contempla aquella estantigua,
la mano diestra le ofrece
puesta la palma hácia arriba.

La vejezuela la toma,
un momento la examina,
y ora las cejas arquea,
ora amaga una sonrisa;

Y al fin se estremece, tiembla,
echa fuego por la vista,
y, “Qué estoy mirando, cielos!”
cual energúmeno grita.

Espresion rara y terrible
su muerto semblante anima;
crece, y convulsa le crujen
los huesos y las canillas.

Y, "¡Oh mancebo generoso!
esclamó, ¡qué de inauditas
glorias y hazañas te esperan!
¡qué de triunfos en las Indias!

»Tiembla el infierno; ¡tu espada
cuántos tributos le quita!.....
vé ufano..... de contemplarte
el cielo se regocija.....

»Emperadores y reyes
te doblarán la rodilla,
cual prodigios, cual portentos
verá el mundo tus conquistas.

»Tu huella hundirá naciones
las mas guerreras y ricas;
como del pastor la huella
hunde vivares de hormigas.

»Con montes de oro y laureles
los astros allá te brindan;
eterno será tu nombre,
inmortales tus fatigas.

»Vuela; el sol del Nuevo mundo
serás....." No pudo sufrirla
el joven tiempo mas largo,
júzgando la retahila

Cosa á todo aventurero
por aquella bruja dicha,
para sacar recompensa
mas abundante y opíma.

Y la interrumpe y le dice:
"Solo quiero que me digas
si seré tan venturoso
que regrese á estas orillas."

Quedó suspensa la vieja,
muda en él los ojos fija,
pero apagados, su rostro
se seca, se desanima,

Y con la espresion siniestra
de una sardónica risa,
"Volverás, sí, le responde,
que volver es tu desdicha:

"Volverás..... sí..... de seguro.....
El sol se vá y vuelve..... mira....."

Y con una enjuta mano
y un dedo que parecia

El de la terrible muerte,
en rara actitud le indica
á Castilleja, por donde
el rojo sol se escondia.

El joven á Castilleja
torna de pronto la vista,
como obediente al mandato
de la mano imperativa,

Y vé que una parda nube
que imitaba las cortinas
de un rico dosel, tomaba,
por el ambiente movida,

De un gran féretro la forma
circundado de amarillas
candelas, y en cuyo seno
del sol el cadáver iba.

Vago terror siente Hernando,
los cabellos se le erizan,
y por algunos momentos,
hecho mármol, ni aun respira.

La mano del tierno padre,
su voz grata y sus caricias,
diciendo: "Llegó la hora,
vamos, y Dios te bendiga,"

Le tornan en sí; anheloso
á la bruja ó Pitonisa
busca, mas la busca en vano;
desaparecido habia.

Acaso entre aquella turba,
do era imposible seguirla,
otras limosnas demanda,
otros casos pronostica.—

Se abrazan al pié del muelle
el padre y el hijo; pisa
este la lijera lancha
que al punto huye de la orilla.

Llega á la nave; la nave
trinquetes y galias iza,
y corta pomposa el rio
entre universales vivas.

ROMANCE IV.

CONCLUSION.

ESTE Hernando, este mancebo
era Hernan-Cortés: su nombre,
gloria la mayor de España,
asombro y pasmo del orbe

Lo dice todo. Un imperio
de cien guerreras naciones
descubrió, y rindió su lanza
con seiscientos españoles.

Vuelto á la patria, por premio
ingratas persecuciones
su corazon destrozaron,
rompieron su pecho noble.

Y aquí en Castilleja, lleno
de desengaños atroces,
rindió á su Criador el alma
que tan grande concedióle;

Sin que despues haya visto
el absorto mundo un hombre,
que de Hernan-Cortés al lado
la historia imparcial coloque.



La Muerte de un Caballero.

ROMANCE.

EL noble francés Bayardo,
el insigne caballero
que nunca mancilló *tacha*,
que jamás conoció *miedo*,

Por la falda de los Alpes
en fuga las huestes viendo,
que al Almirante de Francia
dió el rey Francisco primero;

Del deshonor de las lises
furioso su heroico pecho,
gallardo la lanza empuña,
riscado revuelve el freno,

Y en los pocos españoles,
causa de aquel desconcierto,
se arroja como valiente,
para morir como bueno.

A pintar su gallardía,
á contar sus altos hechos,
á encarecer sus hazañas
no basta el humano acento.



En un normando morcillo,
que respira espuma y fuego,
cuya lijereza es rayo,
cuyos relinchos son trueno;

Con un arnés que deslumbra
del mismo sol los destellos,
y en parte una veste oculta
de carmesí terciopelo;

Y sobre el bruñido casco,
dando vislumbres al viento,
un penacho blanco y rojo
con rica joya sujeto,

Cual águila se revuelve,
lidia cual leon soberbio,
cual raudo torrente rompe,
resiste cual risco eterno.

Solo españoles soldados
sin ceder pudieran verlo,
y con él y con los suyos
trabar combate sangriento.

Mas que mucho, si los rije
aquel hijo predilecto
de la victoria en Italia,
marqués de Pescára escelso.

Del noble francés Bayardo,
á pesar de los esfuerzos,
la francesa artillería
fue de la España trofeo.

Pues de aquella escaramuza
en lo mas trabado y récio,
cuando las contrarias huestes
eran de valor portentos,

Una silbadora bala
de oscuro arcabuz partiendo,
traspasó de parte á parte
al gallardo caballero.

Al caer de los arzones
con pesado golpe al suelo,
cuajó la sangre á sus tropas
de sus armas el estruendo,

Y alzaron tal alarido
de dolor y de despecho,
que por los lejanos valles
resonó en fúnebres ecos.



Al oir los españoles
tan lamentable suceso,
la sangrienta lid suspenden
de asombro y lástima llenos:

Pues la muerte de un contrario
de valor insigne ejemplo,
pena y confusion infunde
en sus generosos pechos.

Soldados de ambas naciones
cercan al noble guerrero,
cuya sangre empaña el brillo
del arnés bruñido y terso.

Y el mismo Pescara llega
de llanto el rostro cubierto,
y le recoge en sus brazos
con doloroso respeto.

Sus criados le desarman,
inténtanse mil remedios,
mas ¡oh dolor! todo en vano,
llegó su instante postrero.



Muere Bayardo el famoso,
y en el último momento
despues que á Dios pidió gracia
cual cristiano caballero,

A españoles y á franceses
tornando el rostro sereno,
"Por mi rey y por mi patria,
esclamó, gozoso muero;

» Y ufano de que haya sido
á las manos y al esfuerzo
de soldados españoles
de honra y de valor modelo,

» Y de la nacion mas grande
que en mas alta estima tengo,
de cuantas pueblan la tierra
de cuantas cubren los cielos."

No dijo mas, que la muerte
convirtió su voz en hielo,
volando á tomar el alma
entre los héroes asiento.

Dejaron los españoles
por honra á tal caballero,
de seguir al Almirante
que en Francia salvóse presto.

Y el cadáver de Bayardo,
de lauro inmortal cubierto,
entregado fué á los suyos
con justo desprendimiento;

Para que hallára reposo
tan valiente y noble cuerpo,
en su agradecida patria
al lado de sus abuelos.



AMOR, HONOR Y VALOR.

ROMANCE I.

EL EJÉRCITO.

DE trompas y de atambores
retumba marcial estruendo,
que en las torres de Pavía
repite gozoso el eco:

Porque á libertarlas viene
de largo y penoso cerco
el ejército del César
contra el del francés soberbio:

Aquel reducido y corto,
este numeroso y fiero,
el uno descalzo y pobre,
el otro de galas lleno.

Pero el marqués de Pescára,
hijo ilustre y predilecto
del valor y la victoria,
tiene de aquel el gobierno.

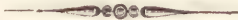
Porque los gefes ancianos
y los príncipes escelsos
que lo mandan, se someten
á su fortuna y su esfuerzo

Y en él gloriosos campean
los invictísimos tercios
españoles, cuya gloria
es pasmo del universo.

Manda las francesas huestes
el rey Francisco primero,
que vé las del quinto Cárlos
con orgulloso desprecio.

Y juzgando un imposible
que osen venir á su encuentro,
con tan cortos escuadrônes,
con tan escasos pertrechos;

No á la batalla, al alcance
prepárase repitiendo:
para la cobarde fuga
levantan el campamento.



En tanto de él en buen orden
y en sosegado concierto,
(despues de dar á las llamas,
y de hacer pasto del fuego

Las tiendas y los reparos,
las barracas y repuestos)
salen á cojer laureles
los imperiales guerreros.

De Nápoles el ilustre
Visorey al frente de ellos,
en un caballo ruano
que es del Vesubio remedo,

Ricas armas refulgentes
en que dan vivos destellos
las labores de oro y plata
del sol naciente al reflejo,

Lleva; y sobre el rico almete
en la cimera sujeto,
penacho amarillo y rojo
que mece apacible viento.

Cien alabardas de escolta
cércanle, delante enhiesto
vá su pendon, y le siguen
personajes de respeto.



En el escuadron segundo,
de un arnés blanco cubierto,
y de un sayo de brocado,
en un frison corpulento

Pasa de Borbon el duque ;
¡ lástima que tan egreño
príncipe , contra su patria
y su rey combata ciego !

Entre los varios señores
y famosos caballeros
que le acompañan , descuella
por lo galan y lo apuesto

El joven marqués del Vasto ,
armado de azules véros ,
con blancas y azules plumas ,
gallardas alas del yelmo .

En un pisador castaño
que con la espuma del freno ,
escarcha en copos de plata
los azules paramentos ,

Su destreza de ginete
con corbetas y escarceos ,
y su agilidad de mozo
vá presumido luciendo .



Tras este escuadron segundo
marcha el escuadron tercero ,
y Alarcon á su cabeza ,
cana barba , rostro sério ,

Armas fuertes, mas sin brillo,
corcél alto, duro, recio,
una reformida lanza
que empuña un puño de hierro;

Sin visera ni penacho,
capacete de gran peso,
y sobreveste y gualdrapa,
ambas de velludo negro,

Sin recamadas insignias,
sin divisas ni emblecos,
eran, como lo era siempre,
su simple y marcial arreo.

Siguen tras los hombres de armas
los escuadrones lijeros,
y de Civita-Santángel
el marqués al frente de ellos.

Joven valiente y gallardo,
ignorando vá risueño,
que á manos de un rey, la muerte
le aguarda á pocos momentos.

Rico y galan sayo viste
de purpúreo terciopelo,
¡harto pronto con su sangre
mas purpúreo ha de ponerlo!

De un cuartago de Calabria,
causa de su fin funesto,
rije las flexibles bridas
que cortadas serán luego.



Las triunfadoras banderas
donde desarrolla el viento
los castillos y leones,
ya de dos mundos respeto,

Y que adorna la fortuna
de palma y laurel eternos,
donde quiera que tremolan
en entrambos hemisferios;

La invencible infantería
de los españoles tercios,
en bien formadas escuadras
sigue por lado diverso.

Descalza, pero contenta;
pobre, mas de noble esfuerzo;
tan rica, que á sus hazañas
es el orbe campo estrecho.

El valor y gracia reinan,
y de la muerte el desprecio,
en sus ordenadas filas
de frugalidad modelo:

Y que de vencer seguras
llenan de coplas el viento,
con apodos y con vayas
de andaluces á gallegos.

A sus bravos capitanes
humildes obedeciendo,
forman un bosque de picas
cuyas puntas son luceros;

Y donde los arcabuces,
preñados de rayo y trueno,
van pronto á llenar el aire
de humo, plomo, muerte y miedo.

Allí el capitan Quesada,
allí el capitan Cisneros,
y Santillana el alférez,
y Bermudez el sargento,

Y Roldan el sevillano,
estremado arcabuzero,
y mil y mil allí estaban
gloria del hispano suelo,

Cuyos inmortales nombres
la fama guarda del tiempo,
y al pronunciarlos palpita
de todo español el pecho.

Con un limpio coselete
del sol envidia y espejo,
con celada borgoñona
sin cimera ni plumero,

Y con sus calzas de grana,
y con su jubon eterno
de raso carmesí, llega
despues de dejar dispuesto

Como caudillo el ataque,
y como caudillo esperto,
el gran marqués de Pescára
en su tordillo lijero.

En su diestra centellea
un estoque de Toledo,
y un broquel redondo embraza
con una muerte en el medio.

Viene, y se coloca al frente
de los españoles tercios,
de sus planes y esperanzas
con gran razon fundamento.

Y con el semblante afable,
y con el rostro risueño,
responde á sonoros vivas
en sazonado gracejo.



Detrás de los españoles
tardos marchan los tudescos,
que apiñados parecían
muro movable de cuerpos.

Sus amarillos pendones
las águilas del imperio
ostentan, y lentamente
las siguen con gran silencio.

Micer Jorje de Austria, anciano
de gran valor y respeto,
vá á su frente en un morcillo
que hunde donde pisa el suelo.

Lleva arnés empavonado,
y devoto hasta el extremo,
con franciscana capucha
el casco y gorjal cubiertos.

Las últimas que desfilan
y salen del campamento,
son las banderas de Italia
en pelotones pequeños.

Dos culebrinas de bronce
y una lombarda de hierro,
son toda la artillería
para tan terrible empeño.

D. César, napolitano,
caudillo bizarro y diestro,
y el capitan Papacodo
vienen á su frente puestos.

Ya los franceses cañones,
cuyo número era inmenso,
contra estas huestes lanzaba
muerte envuelta en humo y fuego;

Y ya viva escaramuza
se iba rápida encendiendo,
entre avanzados jinetes
y alentados ballesteros,

Y aun del incendiado campo
llegan á ocupar sus puestos
á todo correr soldados,
y á escape los caballeros.

Solo entre tantos no acude
cuando siempre es el primero,
el gallardo D. Alonso
de Córdoba, y le echan menos,

Porque de un noble el retardo,
en tan críticos momentos,
es mucho mas reparable,
porque debe dar ejemplo.

Y por esperarle todos
miran hácia el campamento,
donde con grande sorpresa
ven, y quédanse suspensos,

Que su tienda solamente
no es ya de las llamas cebo,
y que aun intacta descuella
entre el general incendio.

ROMANCE II.

LA TIENDA.

ENTRE humo, llamas, cenizas
que volando en remolinos,
del abandonado campo
al sol ofuscan el brillo,

De D. Alonso la tienda
tiene desde lejos fijos
de la multitud los ojos,
la atencion de sus amigos.

Aderezado un overo
cerca de ella, altos relinchos
dá, y huella y escarba el polvo
no cabiendo ya en sí mismo.

Porque la mano en el diestro
tiene sujeto su brio
un paje, que tambien tiene
un lanzon con pendoncillo.

Están dentro de la tienda,
á un lado, sentada en rico
almohadon de terciopelo
sobre tapete morisco,

Una gallarda señora
con semblante dolorido,
teniendo en sus bellos brazos
dos hermosísimos niños;

Y de pié, á su frente, un joven
de brillante arnés vestido,
la cabeza sin almete
y el rostro contemplativo.

Dos luceros son los ojos
de aquella dama ó prodigio,
que á las mejillas de nacar
le dán perlas por rocío.

Las negras y luengas trenzas
con negligente prendido
dán mas blancura á su frente
dán á sus ojos mas brillo,

Dán mas carmin á sus labios
de amor poderoso hechizo,
dibujando un albo cuello
y un seno de ángeles nido:

Pues viendo en él agrupados
á los dos infantiles lindos,
el llamarle de esta suerte
no es exagerado estilo.

El mancebo armado muestra
en aspecto y atavío
de su linage lo ilustre
y de su cuna lo rico.

Es el noble D. Alonso
de Córdoba, que cautivo
de un amor firme, combate
por salir de un laberinto.

Del gran marqués de Alcaudete
hermano, y aun presuntivo
heredero, aquella hermosa
ha tiempo tiene consigo,

Con disgusto y con despecho
no solo del marqués mismo,
sino de otros dos hermanos
capitanes de gran brío,

Que en las huestes españolas
con el de Pescára invicto
para avalorar su nombre
ocupan honroso sitio.

La dama en ilustre sangre
al jóven esclarecido
no iguala, es cierto, mas junta
á los altos atractivos

De la gracia y la belleza ,
del donaire y señorío
y de los ojos de fuego,
y del hablar argentino ,

Tal bondad y tal ternura ,
tan cultivado y pulido
entendimiento, y modales
tan dulces, gratos y finos,

Que de D. Alonso tienen
disculpa los estravíos,
por prenda en quien tantos dotes
colocar el cielo quiso:

Pues amor y entendimiento
y valor, siempre se ha dicho,
que igualarlo pueden todo:
y no es error el decirlo.

Ella es honrada, aunque humilde
y para hombre bien nacido
el honor de las mugeres
no es juguete de capricho.

Y si es que tiene de padre
ya la obligacion consigo,
con Dios y con los sensatos
se vé en grande compromiso.



D. Alonso, caballero
de tan altos requisitos,
cuando vá á esponer la vida
á un inminente peligro,

(Siempre solemne momento
en que entra el hombre en sí mismo,
porque voces que no mienten
le dán interiores gritos,)

Revuelve allá en su cabeza
mil encontrados arbitrios,
para entre el mundo y el cielo
encontrar algun camino.

Su pecho es campo en que luchan
irritados enemigos,
preocupaciones, afectos,
miramientos y cariños.

Y con los brazos cruzados,
el rostro helado y marchito,
desencajados los ojos,
convulsos los lábios frios,

Hecha pedazos el alma,
el corazon derretido,
quisiera que un rayo ardiente
le clavára en aquel sitio.



La dama, que no sospecha
el confuso laberinto
en que se pierde su amante,
demudado y discursivo,

Creendo que el amor solo
detiene su heróico brio,
en momento en que el retardo
pone el honor en peligro,

Sollozando: "¿Qué os detiene,
dice, amado dueño mio,
cuando las trompas os llaman
y os espera el enemigo?"

»Volad, que yo no os detenga;
volad, señor, os suplico,
vuestro nombre y vuestra fama
son antes que yo y mis hijos."

De tal labio, D. Alonso,
al escuchar tal aviso,
que fue del honor espuela
y del amor incentivo,

En sí torna, se resuelve,
y dando un largo suspiro,
como lo dá el que cansado
sale de un profundo abismo:

"Decís bien, señora, esclama;
mas venid á ser testigo
de que pago cuanto debo
á Dios, á vos y á mí mismo."

Cálase el yelmo; del brazo
en frenético delirio
ase á la dama, que apricta
contra su seno á los niños.

Sale con ella y con ellos,
monta en el overo altivo,
acomoda en la gurupa
á su dama y á sus hijos,

Y hácia el campo de batalla
á escape toma el camino,
en velocidad y en fuego
rayo ó disparado tiro.

Todos cuantos le esperaban
reconócenlo al proviso,
de que traiga, avergonzados,
tal embarazo consigo.

La lenguaraz soldadesca
prorumpe en picantes dichos,
pues no hay respeto que imponga
freno al vulgacho maligno.

Y los dos nobles hermanos
de D. Alonso, ofendidos,
de enojo y cólera ciegos,
en tierra los ojos fijos,

Temíendose nueva afrenta
en tal hora y en tal sitio,
con las viseras esconden
los rostros escandecidos.

ROMANCE III.

EL CABALLERO.

SIN templar las flojas bridas,
ni dar descanso á la espuela,
el ilustre D. Alonso
á do están los tercios llega;

Dando al desprecio las burlas,
sordo haciéndose á la befa
de licenciosos soldados
y de desatadas lenguas,

Ante el marqués de Pescára
que siente tal ocurrencia,
y que está suspenso y grave,
pone fin á la carrera.

Desocupa los arzones,
á niños y madre apea,
y con firme acento dice
alzándose la visera:

“Marqués de Pescára egrégio,
pues circula en vuestras venas
sangre tan noble y cristiana
como el mundo reverencia,

» No estrañareis el que un noble,
que de cristiano se precia,
sus obligaciones cumpla
y satisfaga sus deudas;

» Ni que un valiente soldado
que á combatir marcha, quiera
para entrar con mas empeño
dejar mayores riquezas.

» Ni que tranquila su alma
al lance llevar pretenda,
porque si es del valor centro
mayor valor hay en ella.

» Yo estoy obligado y debo,
mil bienes se me presentan
que asegurar, y mi alma
la tranquilidad anhela.

» Bajo vuestro patrocinio
cumpla pues, pague, enriquezca,
mi alma tranquilice, y obre
segun Dios y mi conciencia.

» Al capellan que os asiste
mandadle, señor, que venga,
y que me case ahora mismo
aquí con Doña Teresa.

» Y bendecido mi enlace,
estos dos ángeles sean
hijos legítimos míos,
purgados de toda afrenta.

» Y si el cielo dispusiese
que yo caiga en la pelea,
habrá quien me sustituya
en lealtad y en fortaleza.”

Calló; y el Pescára insigne
y los gefes que le cercan,
conmovidos y admirados
tan cristiano empeño aprueban.

Viene el capellan al punto
en una mula; se apea,
de D. Alonso elogiando
accion tan gallarda y buena.

Entusiasmo por las filas
cunde con la estraña nueva,
porque una accion generosa
tiene mágica influencia.

Y un ejército testigo
siendo de la boda, hecha
fue con los sagrados ritos
que á Sacramento la elevan.

Desmábase la señora,
y en los brazos la sustenta
su esposo, que á entrambos niños
contra la coraza aprieta.

Se enternece el sacerdote,
Pescára los brazos echa
al regocijado novio,
y dá mil enhorabuenas.

El ejército de vivas
admirado el aire llena.
Vienen los amigos todos,
todos lo curiosos llegan.

Y de D. Alonso entonces
ya no tienen resistencia;
los enojados hermanos,
y entre sus brazos le estrechan;

Y despojándose afables
de anillos y de cadenas,
unos dán á su cuñada
otros en los niños cuelgan.

De cordialidad, de gozo,
y de dicha tal escena
formando, en aquel momento,
que á un mármol enterneciera.



Pero los instantes urgen:

D. Alonso activo, ordena
á su esposa y á sus hijos
retirar de allí á gran priesa;

Porque ya silban las balas,
y ya cruzan las saetas,
y las trompas y atambores
dan de combatir la seña;

Y cabalgando ligero,
la lanza en la cuja puesta,
vuelto al marqués de Pescára
dice así con voz resuelta:

“Por uno antes combatía,
porque uno tan solo era,
mas hoy combatir por cuatro
quiero que el mundo me vea:

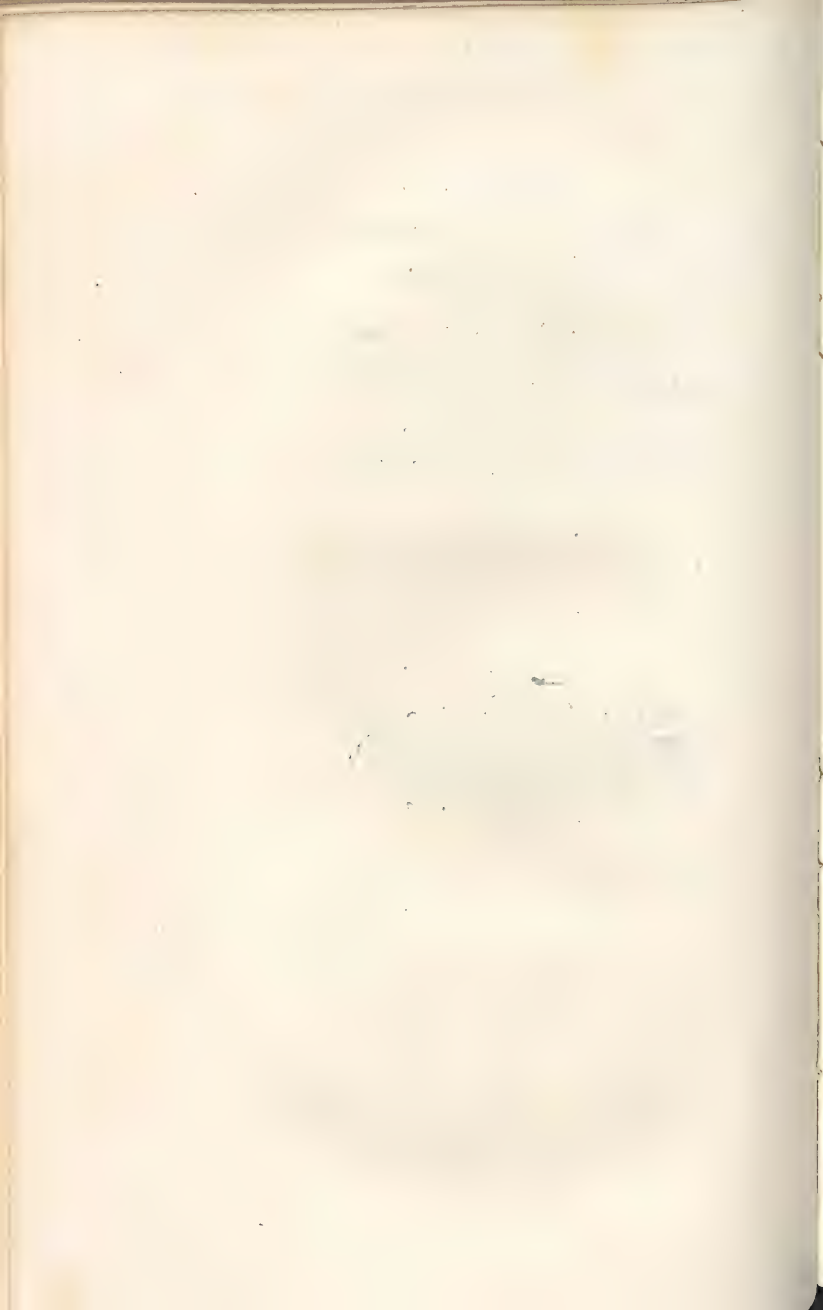
» Por mí, por mis tiernos hijos
y por mi esposa discreta,
vos vereis, caudillo escelso,
si sé hacerlo, aunque perezca.”

Revuelve el potro, la lanza
en el ristre á punto puesta,
y en lo mas trabado y recio
entróse de la pelea.

Síguenle sus dos hermanos,
y de los tres las proezas
en aquel tremendo día,
que á España de gloria llena,

Fueron tales, que lograron
aplausos y recompensas,
y en el clarín de la fama
nombre inmortal, gloria eterna.





La Victoria de Pavía.

Al Señor D. Mariano Roca de Togores.

ROMANCE I.

PESCARA Y LOS ESPAÑOLES.

DE la sitiada Pavía,
 desde las jigantes torres
 que el bravo Antonio de Leiva
 guarda con sus españoles;
 Entre nubes de humo y polvo
 do arcabuces y cañones,
 de rayos llenan el aire,
 de truenos el horizonte;
 Se vé la horrenda batalla
 en que disputan feroces
 Francisco y Cárlos el cetro
 de Italia y de todo el orbe.

Dos veces mas numerosos
los franceses escuadrones
son, que los que allí combaten
de Cárlos quinto en el nombre.

Y aquellos á su cabeza,
con lo que valen al doble,
tienen á su rey Francisco,
monarca de escelsos dotes.

Pues en valor y destreza,
y en caballeroso porte,
quien le esceda y sobrepuje
el mundo no reconoce.

Al ejército del César
si la ventaja nególe
el cielo, de ver al frente
á su soberano entonces,

Le dió la de que lo rija
el aventajado y noble
marqués de Pescára invicto,
guerrero de alto renombre.

Y si es en número escaso
y viene de galas pobre,
tambien con la fama cuenta
de los tercios españoles.

La francesa artillería,
cuyo número era enorme,
deshace apretadas filas,
espesas hileras rompe,

Y cual tempestad horrenda
llena de pavor el orbe,
borrando el son de las trompas
y de los cabos las voces.

Mas las imperiales huestes
desprecian el fuego, y corren
á que decida el combate
de la dura lanza el bote.

Y de Nápoles embiste
el Visorey á galope,
de hombres de armas y lijeros
con los bravos escuadrones.

El rey de Francia los suyos
numerosísimos pone,
mas cual visofío caudillo,
para la batalla en orden.

¡Cuán gallardo y rozagante,
augusto, lozano y joven
oprime un tordo rodado
que á tal dueño corresponde!

De morado terciopelo
y brocado de oro, sobre
el arnés fúlgido, lleva
veste de ricas labores.

Efes de oro són y lises
que deslumbran como soles,
y de oro y morada seda
lazos, borlas y cordones.

En el alto capacete,
del viento halago y azote,
amarillos y morados
vuelan flexibles airones.

Y en medio de ellos descuella
una flecha de oro, donde
primoroso pendoncillo
un claro emblema propone.

Bordada una salamandra
que en vivo fuego se esconde,
es el cuerpo de la empresa
y *mòdo et non plus* el mote.

El almirante de Francia,
personage de alto nombre;
el gran príncipe de Escocia,
gallardo y hermoso jóven;

El príncipe de Navarra;
de San Pol el bravo conde;
el mariscal Montmorency,
y otros insignes señores,

Le acompañan y le sirven,
con él las filas recorren,
y con él al campo abierto
salen á esperar el choque.

Terrible fué; parecia
que se encontraban los montes,
que se desplomaba el cielo
y que caducaba el orbe.

Mas ¡ay! las fuerzas de Francia
eran de número doble,
y el valor no hace imposibles
aunque el valor los arrostre.

Si bien del Virey la lanza
dió al Almirante fin noble;
si bien insignes franceses
cayeron de los arzones;

Si bien resisten constantes,
como murallas de bronce,
los imperiales ginetes,
al cabo, al cabo eran hombres.

Muere del rey en la lanza
el desventurado jóven
á quien Cívita-Santangel
por su marqués reconoce.

El mismo Alarcon á tierra
vino de una maza al golpe,
como cae jigante pino,
cual se desploma una torre.

Y á pie combate y resiste
dando tajos y mandobles,
y á su vigor y destreza
debió no morir entonces.

El del Vasto en gran peligro
se vé entre diez borgoñones,
y tiene que abrirse paso
con la punta del estoque.

Todo es muerte y esterminio;
cuatro ginetes se oponen
á cada ginete nuestro,
sin que la lid abandone.

Y ya no queda esperanza
de que á la victoria logren
seducir tan alto esfuerzo,
y tantas hazañas nobles;

Cuando el capitan Quesada
en el combate lanzóse,
seguido de cien certeros
arcabuzes españoles.

Y con tanto tino asesta
sus rayos atronadores,
que á los contrarios asombra
y en retirada los pone.



En tanto por otra parte
otros frescos escuadrones
de bien montados franceses,
Francia apellidando á voces,

Arrollando cuanto encuentran,
con la lanza en ristre corren,
y á los tercios de la Italia
vencen, deshacen y rompen.

Los esguízaros que siguen
de la Francia los pendones,
á reforzar el combate
presurosos se disponen.

Y hasta el mismo rey Francisco
con nuevo escuadron á trote,
va á asegurar la victoria
que ya suya reconoce.

El gran marqués de Pescára
que lo advierte, decidióse,
confiado en su fortuna,
á aventurar todo entonces.

Y con risueño semblante
á los tercios españoles
torna, y animoso dice:

—“Ah de mis fuertes leones,

» Vuestro debe ser el dia;
allí donde mas feroces
los enemigos se agolpan,
allí hay laureles mayores.

» Venid conmigo á cogerlos,
vuestras frentes solas logren
coronarse con sus ramas
entre tan varias naciones.»

Vivas que asordan el aire,
y seis mil bravos acordes
lanzan, sonoro grito
de ánsia, de gloria y renombre,

Fue la respuesta. Y al punto
con celeridad movióse
de picas y de arcabuzes
un espesísimo bosque.

Al momento la fortuna,
tan indecisa hasta entonces,
en las imperiales huestes
los mudables ojos pone.

Y del pendon de Castilla
los gloriosos resplandores
encantaron sus miradas
y en su favor declaróse.



Los arcabuzes de España
no hay fila que no destrocen,
no hay caballo que no ahuyenten,
no hay guerrero que no postren.

Y las picas españolas
no hay escuadra que no arrollen,
embate que no resistan
ni denuedo que no asombren.

Huyen de su ardiente brío,
de sus balas y sus botes,
los franceses hombres de armas,
y los lijeros peones.

Y los esguízaros huyen
en confusion y desórden,
y huyen los nobles ginetes
y huye el rey mismo á galope,

Y de un ejército inmenso
que ya vencedor juzgóse,
triunfa el marqués de Pescára
con sus seis mil españoles.



Este valiente caudillo,
cuyo esfuerzo no conoce
rival en el ancho mundo,
mas alta empresa dispone:

Y ordenando que el alcance
prosigan los vencedores,
y que los tudescos vengan
á sostenerlos veloces;

Junta á varios caballeros
y de armas á algunos hombres,
que escaramuzando andaban
sin gefes y sin pendones ;

Y poniéndose á su frente,
y requiriendo el estoque,
en un escuadron lejano
que el rey Francisco recoje,

Para tornar donde pueda
dejar bien puesto su nombre,
al grito de *cierra España*
con nueva furia lanzóse.

En tanto Antonio de Leiva
que la ventaja conoce
de las fuerzas imperiales,
cual raudo torrente rompe

Por las puertas de Pavía,
y cayendo osado sobre
la retaguardia francesa,
en grande aprieto la pone.

Ya es de Cárlos la victoria.
Ya los tercios españoles,
como el huracan que arrasa
los enmarañados bosques,

Abriéndose en un momento
ancha calle á sus furores,
no ven ya en su paso estorvo,
no encuentran quien los afronte.

Pero en medio de su triunfo
con pasmo y con dolor oyen,
de que su Pescára es muerto
corren las siniestras voces.

Es cierto que no parece
desde que con pocos hombres
de armas le vieron lanzarse
con tanto denuedo, donde

Aun trabada la pelea,
reina confuso desórden.
Vengarle, pues, juran todos,
y allá revuelven feroces.

Cuando entre el polvo y el humo
ven aparecer á trote,
al victorioso caudillo
de sus esperanzas norte.



Mas, oh Dios, ¡en cual estado!
herido su rostro noble,
pasado el brazo siniestro
de una lanza al duro bote;

El coselete partido
y atravesado del golpe
de una bala que parece
que fin á sus glorias pone.

Y el tordillo moribundo,
herido en cuello y quijotes,
un raudal de negra sangre
derramando á borbotones.

Las españolas escuadras
quedan al mirarlo inmóviles,
y el placer de la victoria
en llanto y dolor tornóse.

Al cabo llega Pescára
sin que la muerte le asombre,
y dice con voz tranquila
partiendo los corazones:

“¿Por qué os deteneis, amigos?
Valerosos españoles,
pues ya es vuestra la victoria
nada mi falta os importe.”

Desplómase el tordo en tierra;
dos capitanes recogen
al general en los brazos,
y Vega, su gentil-hombre,

Del sangriento coselete
le desentaja los broches,
y vé..... ¡oh placer! que la bala
causa de tantos temores,

Aplastada contra el pecho,
leve contusion esconde:
del coselete, sin duda,
en los adornos de bronce

Perdió su temible fuerza;
ó por dicha disparóse
desde tan lejos, que trajo
escasa violencia el golpe.

Reanímense los soldados,
por milagro reconocen
dicha tan grande, y en *vivas*
prorumpen y alegres voces.

Y repuesto el mismo herido,
que traspasado juzgóse,
de la contusion del pecho
por los agudos dolores:

"Bendito sea Dios," esclama:
ármase de nuevo, y sobre
otro corcél restablece
en las escuadras el orden.

Y en las márgenes floridas
del manso Tesin, por donde
se retiran derrotados
de Francia los escuadrones,

Sembrando esterminio y muerte
aparecieron veloces,
el gran marqués de Pescára
y los tercios españoles.

ROMANCE II.

EL ESTANDARTE ANTE TODO.

DEL Tesin en las orillas
quiere hacer su último esfuerzo,
vencido y avergonzado
el rey Francisco primero.

Sus numerosas escuadras
dispersas vé y sin aliento,
y fuerzas aun poderosas
en confuso desconcierto.

Con el estoque en la mano
de cálida sangre lleno,
pues soldado fué valiente
si no fué caudillo esperto;

Deslucidas ya sus galas,
deslustrados sus arreos,
y abollados de los golpes
el capacete y el peto;

En su corcél, que de espuma,
de sangre y sudor cubierto,
cruza fatigado el campo
obediente á espuela y freno;

Solo y sin séquito corre
llamando á sus caballeros,
denosta sus fugitivos,
recoge algunos dispersos,

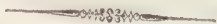
Y revuelve valeroso
á escaramuzar ligero,
pensando que aun algo puede
con su valor y su ejemplo.

Todo en vano; la fortuna
la espalda y rostro le ha vuelto,
y hasta las heces el cáliz
beberá del vencimiento.

De Alarcon los hombres de armas
vestidos de tosco hierro,
los del Virey denodados
y los de Borbon soberbio,

Y entre el tropel de ginetes
mezclados arcabuzeros
españoles, cuyas balas
tienen prodigioso acierto,

Del rey de Francia infelice
invalidan los esfuerzos,
y hacen sordos á sus voces
á los franceses guerreros.



El despechado monarca
del desapiadado cielo
tenaz resistencia opone
al inmutable decreto.

Y retirarse ordenados
á sus esguízaros viendo,
del Tesin á un ancho vado,
donde su fin vá á ser cierto,

Vuela á ponerse á su frente
para advertirles el riesgo
que ván á hallar en las aguas
por no arrostrar el del fuego,

Y los conjura y exhorta
á que con él revolviendo,
noble resistencia opongan
al vencedor altanero;

Y que cual valientes busquen
con él de salud un puerto,
no del Tesin en las ondas,
mas de la lid en el hierro;

Que allí segura es la muerte,
y aquí bien puede no serlo,
que aquí aun les espera gloria,
y allí solo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue
formarlos y contenerlos,
y ya de esperanza nueva
vé casi el rostro risueño,

Cuando aterrador fantasma
se vé venir á lo lejos,
los pendones invencibles,
de los españoles tercios.

Y olvidando que á su frente
tienen hombre tan escelso,
y del engañoso rio
olvidando el grave riesgo,

Los esguízaros soldados,
de pánico asombro llenos,
huyen, al rey abandonan,
y al vado parten derechos.

El francés monarca entonces
las lágrimas del despecho
quemando su rostro augusto,
quiere morir como bueno,

Y vuela hácia el puente, donde
aun resisten con empeño
algunos fieles magnates,
algunos nobles guerreros.

Mas ay! la suerte tremenda
llegar le impide á aquel puesto,
donde libertad y gloria
iba á conseguir al menos;

Pues que silbadora bala
de ignoto arcabúz partiendo,
de su corcél fatigado
rompe y atraviesa el pecho.

Vácila el bruto, retiembla,
de sangre espumosa el suelo
en rauda torrente inunda,
quédase clavado y yerto.

De nieve son sus orejas,
de sus ojos muere el fuego,
y en grave estruendoso golpe
desplómase con su dueño.

¡Oh dolor, yace en el fango
el trono de Francia escelso,
el poderoso monarca
que juzgaba el orbe estrecho!

De inconstancias de fortuna,
grande y doloroso ejemplo,
y de la humana soberbia
aterrador escarmiento.

Nada hay firme en este mundo:
valor, gloria, nombre, imperio,
cuando una espada se empuña,
todo queda en duda puesto.



El hidalgo vizcaino
Juan de Urbietta, que cubierto
de toско arnés, en un potro
escaramuzaba suelto,

Pasa y vé bajo el caballo
tan lucido caballero,
que por levantarse pugna
con inútiles esfuerzos.

No sospechando quien era
le pone el lanzon al pecho,
y, "Ríndete al punto, grita,
ó quedarás aquí muerto."

Respóndele el derribado:
"Soy el rey de Francia, quedo
á tu emperador rendido,
y heme ya tu prisionero."

Retira Urbietta la lanza
con el debido respeto,
y con tan rara fortuna
pasmado queda y suspenso.

Animado el rey prosigue:
"Que al punto bajas te ruego,
que este maldito caballo
me revienta con su peso."

Iba el noble vizcaino
á darle socorro presto,
y ya para echarse á tierra
soltó el estrivo derecho,

Cuando del puente á la boca
vé de franceses en medio
su estandarte, y que el alférez
solo lo está defendiendo.

Y el honor de su estandarte,
y la fé del juramento,
mas que ánsia de vanagloria
en su alma ilustre pudieron,

“Ya señor (al rey le dice)
socorro daros no puedo,
que es mi estandarte ante todo,
y está mi estandarte en riesgo.

» Confesad que os he rendido,
y pues que prenda no llevo,
porque podáis conocerme,
si á vuestra presencia vuelvo,

» Miradme, que soy mellado;”
y alzando del tosco yelmo
la visera, en un instante
le mostró dos dientes menos.

Y revolviendo el caballo
al puente voló lijero,
con el lanzon en el ristre
de honra y de lealtad modelo.

ROMANCE III.

UN REY PRISIONERO.

MIENTRAS el bizarro Urbietta
vá á libertar su estandarte,
dejando la alta fortuna
que le plugo al cielo darle;

Al rey Francisco impedido
de moverse y levantarse,
porque le sujeta en tierra
de su caballo el cadáver,

Diego Avila, el granadino,
tambien hombre de armas, váse,
y que se rinda le grita
decidido y arrogante.

Respóndele el rey: "Rendido
á otro español estoy antes,
y que soy el rey de Francia
para tu gobierno sabe."

Sorprendido el granadino
de aventura tan notable,
"A ese español (le pregunta)
habeis dado prenda ó gaje?"—

“Le dí solo mi palabra,
que mi palabra es bastante,
(contesta el rey) mas si quieres
toma mi espada y mi guante,

» Y sácame del caballo
y ayúdame á levantarme,
que la visera me ahoga
y esta pierna se me parte.”

Avila toma las prendas
destilando fresca sangre,
echa pié á tierra, y ayuda
al rey con trabajo grande,

Y levántalo, y el yelmo
le desencaja al instante,
para que le dé en el rostro,
que lo ha menester, el aire.



Hita, soldado gallego,
tosco, y de toscos modales,
con su sangrienta alabarda
y desarrapado trage,

Llega, y con poco respeto,
ya resuelto á despojarle,
de la insignia se apodera
del mas elevado Arcángel.

De San Miguel el collar
échase al cuello el salvaje,
con su tosquedad y harapos
haciendo extraño contraste.

El rey le dijo: "Valiente,
por él te doy de rescate
seis mil ducados de oro,
y mas, si en mas lo estimares."—

Y contestóle el gallego:
"Guardaréle, que colgarle
de mi emperador al cuello
podré yo temprano ó tarde."

En esto llegaban otros
soldados sin capitanes,
con la victoria embriagados,
cebados con el pillaje,

Y en su sagrada persona
ponen sus manos rapaces;
la veste del rey desgarran,
sus preseas se reparten,

Y le arrebatan del yelmo
la bandereta y plumages,
que la codicia villana
no guarda respeto á nadie.

Avila, Hita y Urbieta,
(que ya en salvo su estandarte
dejó) con vanos esfuerzos
por defenderle combaten.

Cuando llegaron á punto
varios nobles personajes,
que á tan feroz soldadesca
obligan á reportarse,

Enseñándoles valientes
á que respeten y acaten
á la magestad augusta,
que aunque vencida es muy grande.



De estar el rey prisionero
cunde la nueva al instante
por el uno y otro campo
con efectos desiguales.

Los franceses caballeros
de mas valor y linaje,
tornan á correr la suerte
que á su rey Dios quiso darle.

Y los gefes y caudillos
de las tropas imperiales,
vuelan á que cese al punto
la mortandad y la sangre.

El de Pescára glorioso
corre lijero á la parte
en que al rey Francisco juzga
espuesto á villano ultraje.

Llega, del caballo salta,
y con respeto admirable,
hincadas ambas rodillas
la mano quiere besarle.

No lo consiente el monarca,
que tiene un consuelo grande
en verse ya protegido
por hombre que tanto vale.

Y obligándole risueño
de la tierra á levantarse,
"Noble marqués de Pescára,
pues que la fortuna os cabe,

»(Le dice) de tal victoria,
os pido no se derrame
de mis vencidos vasallos
la desventurada sangre.

» Y espero que en vos encuentren
protector, amparo y padre,
los franceses que se miren
como yo en tan duro trance."

De lágrimas arrasados
los ojos al escucharle
Pescára: "Señor, le dice,
vuestra súplica es en balde;

» Pues la nacion española,
que logra triunfo tan grande,
en la victoria es tan noble
como brava en el combate.”

Tambien el del Vasto llega
y el rey le recibe afable,
y con dignidad le elojia
por su apostura y su talle.

Y el consuelo se divisa
en su abatido semblante,
de verse entre caballeros
que tratar con reyes saben.

Mas, imprevisto incidente
vino de nuevo á alterarle,
y á hacer mas terrible y duro
su destino deplorable.

De Borbon el duque altivo,
¡desacato repugnante!
á su rey vencido quiere
sin reparo presentarse.

¿Y cómo? Manchado todo
con propia francesa sangre,
de un valor mal empleado.
haciendo insolente alarde.

No le conoce Francisco,
pero de pronto, al mirarle,
dió, por un secreto impulso,
de gran enojo señales.

Y quién era preguntando,
como el marqués contestase:
"Señor, de Borbon el duque,"
puso un ceño formidable.

Y volviendo las espaldas
con dignidad, ocultarse
quiso entre aquellos guerreros
porque el duque no llegase.

Notólo Pescára al punto,
y como discreto parte
á evitar inconvenientes
y á allanar dificultades.

Ruega de Borbon al duque
que el sangriento estoque envaine,
que quite la sobreveste
y que se limpie la sangre.

Y con él á pié se acerca,
donde el rey inexorable
no digna volver el rostro
que en ira y en furor arde.

La mano el duque le toma
de rodillas; arrogante
la retira el rey. El duque
tiene la audacia de hablarle,

Y el monarca levantando
los ojos como volcanes
al cielo, en voz alta dice:
"¡Santo Dios, paciencia dadme!"

Oyendo lo cual Pescára,
hace que de allí se aparte
el de Borbon, y de él libre
tornó el rey á sosegar-se.

ROMANCE IV.

UN ANDALUZ.

REUNIDOS los generales
de las naciones distintas
que el ejército del César
ya vencedor componian,

Acatan al rey cautivo,
y le consuelan y animan,
conducirlo disponiendo
á los muros de Pavía.

Dánle un corcél generoso,
con honrosa comitiva
de franceses personages
que rendidos le seguían.

Y antes confesando todos
con admirable justicia,
que victoria tan insigne,
triunfo tan grande y tal dicha,

Se debe tan solamente
á la española milicia,
disponen que España sola
tenga la prerogativa

De guardar un prisionero
de tan importante estima,
y que Alarcón el famoso
de alcaide y guarda le sirva.



En medio, pues, de los tercios
españoles, y á su vista,
desplegadas las banderas
de gloria y laureles ricas;

De Alarcón á la derecha
el rey de Francia camina,
esforzándose orgulloso
en dar á su faz sonrisa.

Los escuadrones tudescos,
que una ladera contigua
de aquel camino ocupaban,
al pasar la infantería

Española, entusiasmados
le hacen salva, y alta grito
levantan hasta las nubes
repitiendo: *España viva.*

Al rey suspende tal muestra
dada por las tropas mismas
del ejército triunfante,
y es novedad que le admira.

Reconociendo cuan alta
la española gloria brilla,
pues competencias no admite
y dá admiracion, no envidia.

Afable el rey conversando
con las personas distintas
que le cercan, caminaba
gallardo sobre la silla.

Y al encontrar de franceses
prisioneros las cuadrillas,
los consuela con su ejemplo
y con su voz los anima.

Y á los cabos españoles,
que en respeto y cortesía
ni un solo punto desdican
de lo que á nobles obliga,

Los recomienda con tanto
estremo, afán y caricias,
que se arrasaban los ojos
de cuantos allí venian.

En los altos de la marcha
embarazosa y prolija,
varios soldados de cuenta
á ver al rey acudian.

Y el rey demostraba atento
con delicadeza fina,
gusto en que le presentasen
los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos acaso
Roldan, hijo de Sevilla,
llamado *el arcabuzero*,
mote puesto con justicia.

Pues lo era tan estremado,
que nunca erró puntería,
clavando siempre las balas
donde clavaba la vista.

Este tal, galan y apuesto,
de cara muy espresiva,
de talle en extremo airoso
de aguda fisonomía;

Con aire maton y jaque,
calzas de majo y ropilla,
con un inmenso chapéo
de alas luengas y tendidas;

Con su cuera y sus mangotes,
y sus frascos en la cinta,
de recamos adornada
y de escarcela provista,

Se acerca al rey, y apoyado
del arcabúz en la horquilla,
y zarandeando el cuerpo
cual hombre que nada admira,

“Señor (con ceceo dice,
y lengua aunque gorda viva)
cuando mi sargento anoche
me dijo que combatia

»Vuestra alteza en este empeño,
preparé varias cosillas;
los trastos que en tales lances
cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,
que al cabo son la comida
de esta serpiente; (mostróle
el arcabúz con sonrisa,

»Prosiguiendo:) fundí, digo,
doce balas, las precisas.
Seis de plomo, destinadas
á canalla gavachina;

» Y las seis, muy á mi gusto
cumplieron; ¡Dios las bendiga!
Fundí otras cinco de plata
para gente de alta guisa;

» Y en cinco ilustres monsiures
se hallarán, no están perdidas,
que vive Dios tal acierto
no lo he tenido en mi vida.

» Y una fundí, finalmente,
de oro muy puro y sin liga,
aquí está, señor, miradla.”

Espuso á la régia vista

Una gruesa bala de oro
que en la escarcela traia,
continuando, sin turbarse,
con gracejo y con malicia:

“Gran señor, fundí esta bala
para daros muerte digna,
si en el combate de veros
se me lograba la dicha.”

» Y ya que vuestra fortuna
no os puso en mi puntería,
vuestra debe ser la prenda
que siempre vuestra á ser iba.

» Tomadla, señor, tomadla,
pesa dos onzas cumplidas,
y puede que para ayuda
de vuestro rescate sirva.”

Al rey Francisco tal gracia
hizo aquella retahila
del andaluz, y el despejo
con que acertára á decirla,

Que afable tomó la bala
diciendo: "Amigo, la estima
mi aprecio en mucho, y confío
que os lo mostraré algún día."

Roldan le hizo reverencia
y vuelve á entrar en su fila,
tan contento de sí mismo
que ni á Cárlos quinto envidia.

ROMANCE V.

CONCLUSION.

DUEÑO absoluto de Italia
fue el insigne emperador,
con esta escelsa victoria
del alto esfuerzo español.

Y cautivo el rey de Francia
vino á Madrid y habitó
la torre de los Lujanes,
con Hernando de Alarcón.

En la plaza de la Villa
aun dora esta torre el sol,
coronada de recuerdos
que el tiempo no borra, no.

De ella al cabo el rey Francisco
rescatándose, tornó
á ocupar el rico trono
de la francesa nacion.

Pero su rendida espada,
prenda de insigne valor,
testigo eterno de un triunfo
que el orbe todo admiró;

En nuestra régia armeria
trescientos años brilló,
de los franceses desdoro,
de nuestras glorias blason.

Hasta que amistad aleve
que ocultaba engaño atroz,
con halagos y promesas
que ensalzó la adulacion,

Tal prenda de un triunfo nuestro
para Francia recobró,
como si así de la historia
se borrara su baldon.

Harto indignado, aunque joven,
esta espada escolté yo,
cuando á Murat la entregaron
en infame procesion.

Pero si llevó la espada
la gloria eterna quedó,
mas durable que en acero
de la alta fama en la voz.

Y en vez de tal prenda, España
supo añadir, vive Dios,
al gran nombre de Pavía
el de Bailen que es mayor.



En Castellano leal.

ROMANCE I.

“OLA hidalgos y escuderos
de mi alcurnia y mi blason,
mirad como bien nacidos
de mi sangre y casa en pró.

»Esas puertas se defiendan
que no ha de entrar, vive Dios,
por ellas, quien no estuviere
mas limpio que lo está el Sol.

»No profane mi palacio
un fementido traidor,
que contra su rey combate
y que á su patria vendió.

»Pues si él es de reyes primo,
primo de reyes soy yo;
y conde de Benavente
si el es duque de Borbon.

» Llevándole de ventaja,
que nunca jamás manchó
la traicion mi noble sangre,
y haber nacido español. »

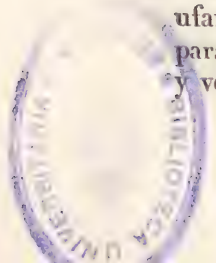
Así atronaba la calle
una ya cascada voz,
que de un palacio salia
cuya puerta se cerró,

Y á la que estaba á caballo
sobre un negro pisador,
siendo en su escudo las lises
mas bien que timbre, baldon;

Y de pages y escuderos
llevando un tropel en pós
cubiertos de ricas galas,
el gran duque de Borbon.

El que lidiando en Pavía
mas que valiente, feroz,
gozóse en ver prisionero
á su natural señor.

Y que á Toledo ha venido
ufano de su traicion,
para recibir mercedes,
y ver al Emperador.



ROMANCE II.

EN una anchurosa cuadra
del alcázar de Toledo,
cuyas paredes adornan
ricos tapices flamencos,

Al lado de una gran mesa
que cubre de terciopelo
napolitano tapete
con borlones de oro y flecos;

Ante un sillón de respaldo
que entre bordado arabesco
los timbres de España ostenta
y el águila del imperio.

De pie estaba Cárlos quinto
que en España era primero,
con gallardo y noble talle,
con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
viste tabardo tudesco,
de rubias motas orlado,
y desabrochado y suelto,

Dejando ver un justillo
de raso jalde, cubierto
con primorosos bordados
y costosos sobrepuestos;

Y la escelsa y noble insignia
del Toison de oro, pendiendo
de una preciosa cadena
en la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo
con un blanco airon, sujeto
por un joyel de diamantes
y un antiguo camafeo,

Descubre por ambos lados,
tanta magestad cubriendo,
rubio, cual barba y vigote
bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera
la potente diestra ha puesto,
que aprieta dos guantes de ambar
y un primoroso mosquero.

Y con la siniestra halaga,
de un mastin muy corpulento,
blanco, y las orejas rubias,
el ancho y carnosos cuello.

Con el Condestable insigne,
apaciguador del reino ,
de los pasados disturbios
acaso está discurriendo ;

O del trato que dispone
con el rey de Francia preso ,
ó de asuntos de Alemania,
agitada por Lutéro.

Cuando un tropel de caballos
oye venir á lo lejos,
y ante el alcázar pararse ,
quedando todo en silencio.

En la antecámara suena
rumor impensado luego ,
ábrese al fin la mampára
y entra el de Borbon soberbio.

Con el semblante de azufre ,
y con los ojos de fuego ,
bramando de ira y de rabia
que enfrena mal el respeto.

Y con balbuciente lengua
y con mal borrado ceño ,
acusa al de Benavente
un desagravio pidiendo.



Del español Condestable
latió con orgullo el pecho,
ufano de la entereza
de su esclarecido deudo.

Y aunque advertido procura
disimular cual discreto,
á su noble rostro asoman
la aprobacion y el contento.

El Emperador un punto
quedó indeciso y suspenso,
sin saber que responderle
al francés, de enojo ciego.

Y aunque en su interior se goza
con el proceder violento
del conde de Benavente;
de altas esperanzas lleno

Por tener tales vasallos,
de noble lealtad modelos,
y con los que el ancho mundo
será á sus glorias estrecho;

Mucho al de Borbon le debe
y es fuerza satisfacerlo,
le ofrece para calmarlo
un desagravio completo.

Y llamando á un gentil-hombre,
con el semblante severo
manda que el de Benavente
venga á su presencia presto.

ROMANCE III.

SOSTENIDO por sus pajes
desciende de su litera
el conde de Benavente
del alcázar á la puerta.

Era un viejo respetable,
cuerpo enjuto, cara seca,
con dos ojos como chispas,
cargados de largas cejas,

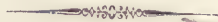
Y con semblante muy noble,
mas de gravedad tan séria,
que veneracion de lejos
y miedo causa de cerca.

Eran su trage unas calzas
de púrpura de Valencia,
y de recamado ante
un colete á la leonesa.

De fino lienzo gallego
los puños y la gorguera,
unos y otra guarnecidos
con randas barcelonesas.

Un birreton de velludo
con su cintillo de perlas,
y el gaban de paño verde
con alamares de seda.

Tan solo de Calatrava
la insignia española lleva,
que el toison ha despreciado
por ser orden extranjera.



Con paso tardo, aunque firme,
sube por las escaleras,
y al verle, las alabardas
un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor, y de aviso
de que en el alcázar entra
un grande, á quien se le debe
todo honor y reverencia.

Al llegar á la antesala,
los pajes que están en ella
con respeto le saludan
abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el conde
sin que otro aviso preceda,
salones atravesando
hasta la cámara régia.

Pensativo está el monarca,
discurriendo como pueda
componer aquel disturbio
sin hacer á nadie ofensa.

Mucho al de Borbon le debe,
aun mucho mas de él espera,
y al de Benavente mucho
considerar le interesa.

Dilacion no admite el caso,
no hay quien dar consejo pueda,
y Villalar y Pavía
á un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado,
y el codo sobre la mesa,
al personaje recibe
que comedido se acerca.

Grave el Conde le saluda
con una rodilla en tierra,
mas como Grande del reino
sin descubrir la cabeza.

El Emperador benigno
que alze del suelo le ordena,
y la plática difícil
con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable
al cabo le manifiesta,
que es el que á Borbon aloje
voluntad suya resuelta.—

Con respeto muy profundo,
pero con la voz entera,
respóndele Benavente
destocando la cabeza:

“Soy, señor, vuestro vasallo,
vos sois mi rey en la tierra,
á vos ordenar os cumple
de mi vida y de mi hacienda.

»Vuestro soy, vuestra mi casa,
de mi disponed y de ella,
pero no toqueis mi honra
y respetad mi conciencia.

»Mi casa Borbon ocupe
puesto que es voluntad vuestra,
contamine sus paredes,
sus blasones envilezca;

»Que á mi me sobra en Toledo
donde vivir, sin que tenga
que rozarme con traidores
cuyo solo aliento infesta,

»Y en cuanto él deje mi casa,
antes de tornar yo á ella,
purificaré con fuego
sus paredes y sus puertas.»

Dijo el Conde, la real mano
besó, cubrió su cabeza,
y retiróse bajando
á do estaba su litera.

Y á casa de un su pariente
mandó que le condujeran,
abandonando la suya
con cuanto dentro se encierra.

Quedó absorto Cárlos quinto
de ver tan noble firmeza,
estimando la de España
mas que la imperial diadema.

ROMANCE IV.

MUY pocos dias el Duque
hizo mansion en Toledo,
del noble Conde ocupando
los honrados aposentos.

Y la noche en que el palacio
dejó vacío, partiendo
con su séquito y sus pajes
orgullosos y satisfechos,

Turbó la apacible luna
un vapor blanco y espeso,
que de las altas techumbres
se iba elevando y creciendo:

A poco rato tornóse
en humo confuso y denso,
que en nubarrones oscuros
ofuscaba el claro cielo;

Después en ardientes chispas,
y en un resplandor horrendo
que iluminaba los valles,
dando en el Tajo reflejos,

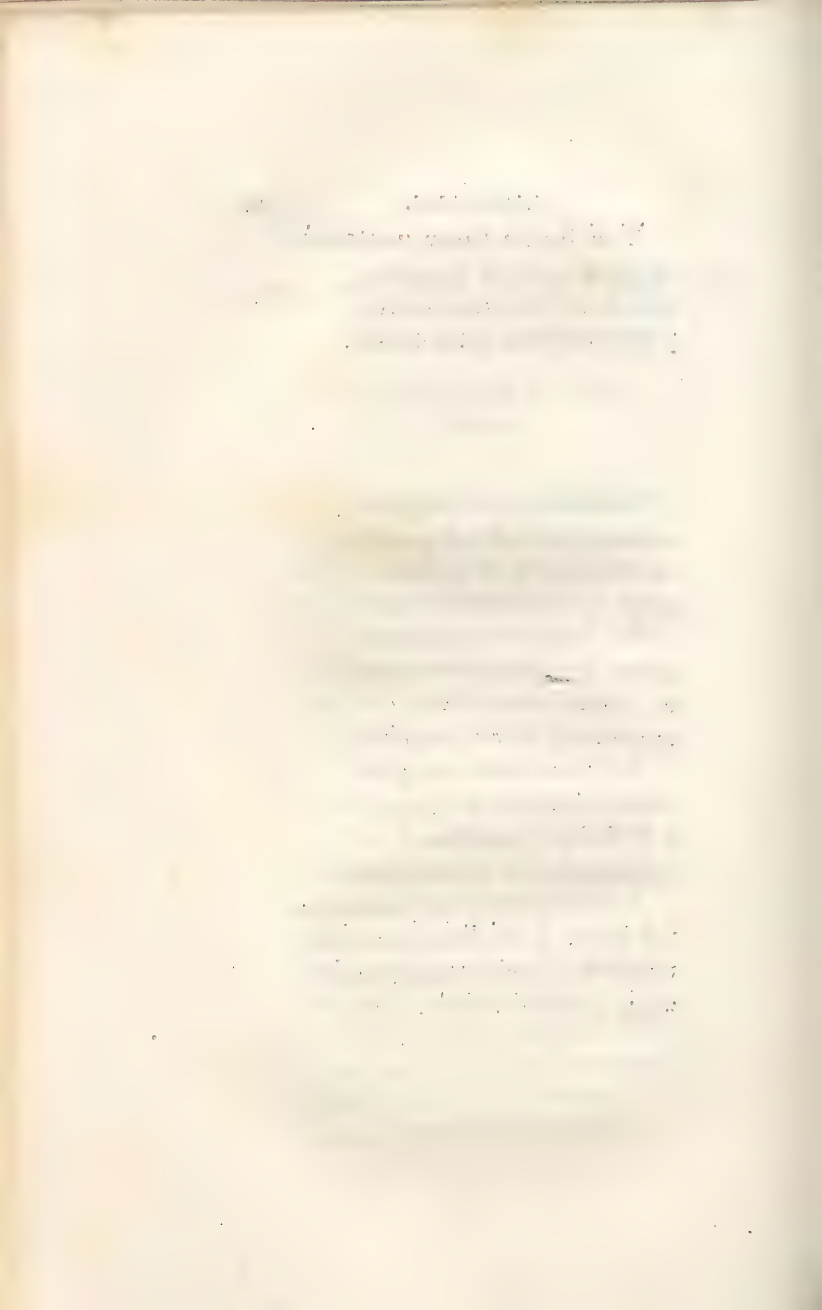
Y al fin su furor mostrando
en embravecido incendio,
que devoraba altas torres
y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,
conmovióse todo el pueblo,
de Benavente el palacio
presa de las llamas viendo.

El Emperador confuso
corre á procurar remedio,
en atajar tanto daño
mostrando tenaz empeño.

En vano todo; tragóse
tantas riquezas el fuego,
á la lealtad castellana
levantando un monumento.

Aun hoy unos viejos muros
del humo y las llamas negros,
recuerdan accion tan grande
en la famosa Toledo.



EL SOLEMNE DESENGAÑO.

AL EXCMO. SR. DUQUE DE OSUNA,

ETC. ETC. ETC.

ROMANCE I.

EL GALAN.—LA ENFERMEDAD.

De Fortuna en la alta cumbre,
grande, joven, rico, bueno,
de virtud, saber, belleza,
dechado, pasmo y modelo;

El mas galan en la corte,
en las justas el mas diestro,
el mas afable en su casa,
el mas docto en el consejo;

Brilla el marqués de Lombay
cual rutilante lucero,
al lado de Cárlos quinto
domador del universo.

Mas entre tantos aplausos
y en tan elevado asiento,
donde el orbe le sonrie,
y donde le halaga el cielo,
Algo falta á su ventura,
ó alguna mano de hierro
del corazon se la arranca,
y se la saca del pecho.

Melancólico el semblante,
y los lábios entreabiertos,
y las siniestras miradas
y el mudo desasosiego,

Ya en los saraos de la corte,
ya en los festines risueños,
ya en la caza bulliciosa,
ya en solitarios paseos,

Ya en el salon, ya en la plaza,
ya en la justa, ya en el templo,
en la mesa, en el despacho,
en la vigilia, en el sueño,

Un alma rota descubren
por un fijo pensamiento,
y un corazon que devora
el cáncer de un gran secreto.

En vano sondar procuran
los malignos palaciegos,
con astucia cortesana
aquel abismo encubierto.

Tan solamente columbran
que los ocultos tormentos
del marqués, se dulcifican
para ser mayores luego,

O cuando en palacio asiste
al servicio honroso, atento,
de la Emperatriz augusta,
de las hermosas modelo;

O cuando busca devoto
con el fervor mas ingénuo,
arrodillado en la iglesia,
en Dios amparo y consuelo;

O cuando por los jardines
que al pié de la gran Toledo
riega el Tajo, se pasea
solo, y del bullicio lejos,

Con Garcilaso su amigo;
ora escuchando sus versos,
ora en largas conferencias
de gran sigilo y misterio.

Allá en palacio embebido
quedaba en mudo embeleso,
pálido ó rojo el semblante,
convulso, agitado el pecho,

Y bebiendo con los ojos
lentos de vida y de fuego,
de la Emperatriz hermosa
los mas leves movimientos.

En acatarla, en servirla,
y en acertar sus deseos,
aunque tímido y turbado,
diestro y hábil por extremo.

Abatido y consternado
se le miraba en el templo,
como quien está en batalla
con gigantes del infierno,

Y pide al Omnipotente
para tal combate esfuerzo;
y despues de orar un rato,
y aun de verter llanto acervo,

Dijérase que encontraba,
de misericordia lleno,
al Señor á quien auxilio
demandaba en tanto aprieto.

Y con su amigo en las selvas
era tan locuaz y tierno,
tan espresivo unas veces,
otras tan callado y serio,

Como el que ó cuenta delirios
y habla de locos proyectos,
ó escucha reconvenciones
y oye inflexibles consejos.

En estado miserable
su espíritu estaba puesto,
y era infeliz, entre dichas,
luchando consigo mismo,

Entre pasiones, virtudes,
obligaciones, deseos,
infernales sujestiones
y celestiales preceptos:

Siendo campo de batalla
su mente y su roto pecho,
do luchaban frente á frente
ángeles malos y buenos.

La mas lozana azucena,
gala del jardin, el cuello
dobla marchita, si esconde
roedor gusano en su seno.

Y la mas gallarda encina
que alza su pompa á los cielos,
si el corazon se le seca
rómpese al soplo del viento,

Asi con un alma enferma
no puede haber sano cuerpo,
ni salud que no se postre
con un corazon deshecho.

Al cabo maligna fiebre
convierte la sangre en fuego,
por las robustas arterias,
por el juvenil cerebro

Del de Lombay, que postrado
yace doliente en su lecho
de oro y seda, que es ya, ¡oh mundo!
duro potro de tormentos.

Como gefe de palacio
tiene su vivienda dentro,
con ostentacion servido
de pages y de escuderos.

Mas la pena mas amarga
y el mas hondo desconsuelo,
y la ansiedad mas horrenda
y el cuidado mas acervo

Reinan en las ricas salas,
entre amigos y entre deudos,
cunden en palacio todo,
y consternan á Toledo.

Pues reyes, príncipes, grandes,
hidalgos y caballeros,
y hasta el vulgo humilde, miran
con asombro y desconsuelo.

En el peligro de muerte
á tan gallardo mancebo,
á tan alto personaje,
de virtud á tal portento.

Y no hay semblante sin llanto,
ni sin angustias hay pecho,
ni lábio que no pregunte
con inquietud y con miedo.



Garcilaso de la Vega,
(sin que ni el hambre ni el sueño
en su ansiosa vigilancia
tengan el menor imperio,)

Ni un hora, ni un solo instante
deja el lado del enfermo,
y de él los ojos no aparta
sentado junto á su lecho.

Ojos de llanto arrasados,
pero de continuo atentos
á que nadie, nadie escuche
sus fantásticos conceptos,

Las voces rotas, que acaso
del delirio en el acceso
suelen dar funesta lumbre
revelando hondos misterios.

Y cuando allá á media noche
rendidos ya por el sueño
yacian los servidores
reinando ferál silencio,

Y en letargo sumerjido
tambien miraba al enfermo,
en el estado terrible
en que es casi muerte el sueño;

A la luz trémula, opáca,
de lejano candelero,
que abultaba oscuras sombras
en las cortinas del lecho,

Dando vislumbres escasas
y fantásticos reflejos,
en rapacejos de oro,
molduras y terciopelos;

Garcilaso, vigilante,
un ténue rumor oyendo,
se alzaba con mudos pasos,
y á un lado del aposento

Levantaba, no sin susto,
un rico tapiz flamenco,
y en la pared descubria
angosto postigo abierto.—

Vago bulto silencioso
por él asomaba luego,
con manto y capúz sin formas,
aparicion, sombra, ensueño,

Sobrenatural producto
de algun conjuro. Con lentos
pasos, sin rumor, al lado
llegaba del rico lecho.

Y en el doliente clavaba
ojos cual brasas de fuego:
y una mano, que en la sombra
daba vislumbres de hielo,

Por la calurosa frente
del aletargado enfermo
pasaba, gemidos hondos
ahogando con duro esfuerzo.

Y al instante, y por el mismo
postigo oculto y estrecho
desaparecia, dejando
como embalsamado el viento.

Ser dijérase un encanto,
y que habia cobrado cuerpo
alguno de los delirios
de la mente del enfermo.—

La senda el tapiz borraba
el muro otra vez cubriendo,
y tornaba Garcilaso
á ocupar mudo su puesto.



El doctor Juan Villalobos,
de aquella corte Galeno,
al personage consagra
toda su ciencia y su esmero.

Y en el pronóstico duda,
y cauto no quiere hacerlo,
hasta que síntomas note
mas favorables que adversos.—

De la juventud al cabo
triunfó la fuerza, y el cielo
miró con benignos ojos
la angustia de todo un pueblo.

Y apuró el doctor su ciencia,
y tornó á lucir risueño
el rayo de la esperanza
en los aterrados pechos.

Docto ó sagaz Villalobos
prescribe como remedio,
que busque fuera de España
nuevos aires, climas nuevos.

ROMANCE II.

LA AUSENCIA.

EL gran marqués de Lombay,
del inminente peligro
salvo, en que se vió de muerte
por enfermedad ó hechizo,

Salió de España, siguiendo
los saludables avisos
del docto Juan Villalobos,
ó médico ú adivino.

Y aunque el dejar á Toledo,
para su pecho lo mismo
fue que dejarse allí el alma,
resignóse al sacrificio.

Mas aquella oculta flecha,
aquel veneno escondido,
aquel encubierto cáncer,
aquel pertinaz martirio

Que desgarraba su pecho,
que turbaba sus sentidos,
que devoraba su vida,
que era su infierno continuo,

A los campos de la Italia
llevó, ¡mísero! consigo;
pues penas como las tuyas,
que astros y contrarios signos

Combinan, fraguan y aplican
para un fin desconocido,
en un alma de gran temple,
en un pecho de alto brío,

No mudan cuando se muda
de atmósfera y domicilio,
porque no cambian del cielo
los misteriosos designios.

Halló el marqués en Italia,
(porque al cabo el cielo quiso
que algun consuelo encontrase,
que tuviese algun alivio,)

A su tierno confidente,
á Garcilaso su amigo,
que guerrero tan insigne
como trovador divino,

Siguió de Italia la empresa
por el César Carlos quinto,
con el canto de las Musas
uniendo de Marte el grito.

El marqués, cual siempre mustio,
y cual siempre discursivo,
de aquella guerra los lances
siguió con denuedo y brío.

Y ante la imperial presencia,
con Garcilaso su amigo,
lidió como caballero
en los combates y sitios.

Le encantaron las campiñas
y los Alpes y Apeninos,
y visitó cual curioso,
y admiró como entendido

Los insignes monumentos,
ya modernos y ya antiguos,
que hacen el suelo de Italia
en altos recuerdos rico.

Como devoto cristiano
oró postrado y sumiso,
en las ermitas humildes
que daban nombre á los riscos;

Y en los magníficos templos
que ensalzan al cristianismo,
y son de aquellas ciudades
ornato, fama y prodigio.

¡Cuántas veces los jardines
que riega el Tesin y el Mincio,
los mismos nombres oyeron
que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones
de Garcilaso, que hoy mismo
nos admiran y enternecen,
vencedoras de tres siglos,

Tiernas lágrimas sacaron
de los ojos encendidos
y del corazón doliente
del marqués contemplativo:

En las selvas do arrancaron
no menos hondos suspiros,
de otros destrozados pechos
los acentos de Virgilio!

¡Cuántas veces, ay, seguían
del marqués los ojos fijos,
de la plateada luna
el lento y mudo camino;

Y al verla hacía el occidente
rodar con pausado jiro,
algun encargo le daba
para el Tajo cristalino;

Con sus miradas queriendo
como estampar en el disco
caractéres, que otros ojos
por un prodigioso instinto

Leyéran, cuando argentada
derramára el claro brillo,
sobre el régio balconage
de algun alcázar dormido!

De la expedicion de Francia
toruaba, pues, el servicio
del Emperador siguiendo,
con Garcilaso el divino,

Cuando no lejos de Niza,
antigua torre ó castillo,
á los pendones del César
osó estorbar el camino.

Tal empresa de dementes,
por temeraria, el prestijio
perdió de valiente, siendo
solo acreedora al castigo,

Y á dárselo Garcilaso,
desnudo el acero limpio,
y embrazada la rodela,
voló en enojo encendido.

Desesperados resisten
los tenaces enemigos,
y darles súbito asalto
determinase al proviso.

Se aplica la escala al muro,
y sube por ella altivo
el valeroso poeta
que el miedo jamás ha visto;

Cuando de los matacanes
desplómase con ruido
grave piedra, que arrollando
la escala, frágil camino

Por do á la gloria subian
tanto ingenio y tanto brio,
hirió la noble cabeza
do el lauro á la yedra unido

Hubiera evitado el rayo,
y no pudo, ¡infausto sino!
de un tosco peñascó entonces
evitar el rudo tiro.

Cayó el noble Garcilaso
en el foso; horrendo grito
de desconsuelo y venganza
atronó el fatal recinto;

Y el de Lombay presuroso
al socorro de su amigo
voló, y en sus tiernos brazos
retiróle con peligro.

Una hora despues escombros
era el funesto castillo,
y de la alevosa sangre
era su ancho foso un rio,

Pues completa la venganza
de Garcilaso hacer quiso,
en dolor y saña ardiendo
el Emperador invicto.

Maß, ¡ay! fue venganza estéril
cual siempre todas han sido,
pues en Niza á pocos dias
era el poeta divino

Cadáver yerto, dejando
la fama de sus escritos,
y la gloria de su muerte
por rica herencia á los siglos.

Golpe atroz, golpe tremendo
fue para el marqués su amigo,
pérdida tan impensada,
tormento tan imprevisto,

Y del dolor mas profundo
mil pensamientos distintos,
y mil funestos presagios
le hundieron en tal abismo;

Que si el brazo del eterno,
que aun para mayor conflicto
le reservaba, no hubiera
dádole piadoso auxilio;

Acaso una misma losa,
acaso un túmulo mismo
encubrieran y tragáran
los restos de ambos amigos.



A poco con luto amargo
en el alma y el vestido
tornó, ¡infelice! á Toledo
con el César Carlos quinto,

El marqués; sin confidente
en quien encontrar alivio,
ahogando en tormento mudo
de su alma rota los gritos.

ROMANCE III.**UN SOL APAGADO.**

ERA la estacion florida
de la hermosa primavera,
tan hermosa en las regiones
que el Tajo aurífero riega ;

Y un sol joven, rutilante,
rodando por la alta esfera
de puro zafir, torrentes
de luz vivifica y nueva

Derramaba por Castilla ,
y sobre las gigantescas
torres de la gran Toledo,
de España corte y diadema.

De Toledo, que con justas,
banquetes, danzas y fiestas,
de su monarca triunfante
solemnizaba la vuelta.

Córrense cañas y toros,
donde luce su destreza,
gran jinete en ambas sillas,
el sacro y augusto César.

En los soberbios palacios
músicas acordes suenan,
á cuyo compás gallardas
lucen las damas sus prendas.

Joyas, insignias, brocados
los ricos salones llenan;
y plazas, calles, paseos,
corcéles, galas, libreas.

Opulentos cortesanos
en los festejos se esmeran,
y disponen un torneo
donde ostentar sus grandezas.

En él armado aparece,
deslumbrando la palestra,
el de Lombay, revolviendo
una berberisca yegua:

Y con la piza en el ristre,
haciendo tan altas pruebas,
que de palmadas y vivas
el vulgo la plaza atruena.

Sobre las lucientes armas
una banda lisa y negra,
y negros los martinetes
del erguido casco lleva.

Unos dicen son el luto
con que á su amigo recuerda,
otros de su pensamiento
meláncolico el emblema.

Y que un funesto preságio
de una desgracia tremenda,
que le amenaza inminente,
solo juzgarse debiera.

El ancho campo preside
la Emperatriz, como reina
de la hispana monarquía.
y de la humana belleza,

Y de cuantos corazones
laten en la plaza estensa,
y en toda la fiel España
lealtad y honradez alientan.

Un gran festin en palacio,
cuando el sol á las estrellas
cedió de los altos cielos
las despejadas esferas,

Celebróse; y luego danza,
en que al son de las orquestas,
las magestades augustas
tomar parte no desdeñan.

Y para la luz siguiente
funciones se anuncian nuevas,
sin que ni el sueño interválo
permita entre fiesta y fiesta.



¡Oh Dios, y cuán fácilmente
en la miserable tierra,
tras de las mas dulces horas
horas de amargura vuelan!

¡Cuán fácilmente las dichas
en infortunios se truecan,
cámbiase la gala en luto,
se torna el gozo en tristeza!

Sale el Sol, inmenso pueblo
las calles y plazas llena,
ansiando nuevos placeres,
y que aun no madruga piensa;

Alistan los cortesanos
sus comparsas y libreas,
joyas, armas, vestes, plumas,
corcéles, lanzas, empresas;

Cuando demudado el rostro,
de la alcoba de la reina
sale trémula, llorosa,
una camarista ó dueña.

Y á los gefes de palacio,
grandes y damas de cuenta,
que á su magestad aguardan
para ir á misa con ella,

Dice, inflexiones buscando,
que desfiguren la nueva:
“*La Emperatriz hoy no sale,
la Emperatriz..... está enferma.*”

Pasma la noticia á todos,
embarga á todos la lengua,
y en un silencio profundo
la estancia aterrada queda.

El de Lombay, el primero,
de los pies á la cabeza
temblando, y pálido el rostro,
pregunta con gran sorpresa:

“*¿Y su magestad qué siente?*” —
y le responde la dueña:

“*Aguda fiebre la abrasa,
grave postracion la aqueja.*

»*Que el doctor Juan Villalobos
sin perder instantes venga,
pues hay peligro inminente
si no me engañan las señas.*”

Dió el marqués atrás dos pasos,
y en un sillón de baqueta
se desplomó, como herido
por envenenada flecha.



La noticia que en voz baja
anunció la camarera,
creció al punto, y como trueno
que al orbe asombra y aterra,

Ya por Toledo retumba,
helando á todas las venas,
partiendo los corazones,
trastornando las cabezas.

Desaparecen las galas
recógense las libreas,
murmullo de horror circula,
clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas
que los festejos celebran,
se oyen solo las campanas
que al cielo piedad impetran.

A las puertas de palacio
en su parda mula llega,
el doctor Juan Villalobos,
el portento de la ciencia.

Presuroso, fatigado,
sube sin hablar, penetra,
del Emperador seguido,
en la alcoba de la reina.

Con los penetrantes ojos
que clava en la augusta enferma,
su quebrada vista advierte,
su pálida faz observa.

La pulsa atento, examina
la respiracion molesta,
dice un oscuro aforismo
arrugando frente y cejas,

Y con la faz angustiada,
y con azogada diestra,
despues que un rato medita,
docto escribe una receta.

La Emperatriz de Alemania,
de España la augusta reina,
hermosa entre las hermosas,
discreta entre las discretas,

La gentil, fresca, radiante
y embalsamada azuzena
que dió á Toledo Lisboa,
de paz y dominio prenda,

En vez del trono del mundo,
do el mundo la reverencia,
yace en el doliente lecho;
de nuestra humana flaqueza.

Agotando las angustias,
apurando las miserias,
deslustrada la hermosura,
trastornada la cabeza,

Flor lozana que al impulso
del cierzo se troncha y seca,
astro á quien apaga y hunde
del Criador la Omnipotencia.

Un sol y otro sol de oriente
los umbrales atraviesan,
y sumergida á Toledo
en consternacion encuentran.

Ya ven por calles y plazas
cruzar procesiones lentas,
fervorosas rogativas
y públicas penitencias.

Y oyen llanto en el alcázar,
y oyen llanto en las iglesias,
y llanto hay en los palacios,
y llanto en las chozas suena;

Que era universal la angustia
por tan adorada reina,
y con lágrimas su nombre
se oye repetir do quiera.

El de Lombay, convertido
en muda y helada piedra,
ni un solo momento falta
de la antecámara régia.

Ni hambre ni sueño conoce
que apartarle un punto puedan
del cerco de una ventana,
fijos los ojos en tierra.

Cuando el docto Villalobos
con otros físicos entra
en la silenciosa alcoba,
le acompaña hasta la puerta.

Y con inquietud estraña
su salida ansioso espera,
y algo preguntarle quiere
de que teme la respuesta.

Y al verle salir se turba,
con las palabras no acierta,
y en él clava ardientes ojos,
cual si penetrar pudiera

Su pensamiento escondido,
los arcanos de la ciencia;
y calla, y lágrimas pocas
su místico semblante queman.

¡Desdichado! ¡harto le dice
su corazón....! Solo queda
en él alguna esperanza
en las bondades eternas.

Cabildo, comunidades,
parroquias, todos se esmeran
en solemnes rogativas,
votos, plegarias y ofrendas.

Grandes, nobles y plebeyos
los templos llorosos llenan,
y á voces al cielo piden
la salud para su reina.

Todo en vano; fué de bronce
á los clamores y quejas,
pues sus ocultos designios
jamás el mortal penetra.

El doctor en tanto apuro
los Sacramentos ordena,
pues ya remedios no sabe
para tan grave dolencia.

Y con pompa augusta y santa,
pero que los pechos quiebra
del aterrado gentío,
que la gran Toledo puebla,

Consternado el arzobispo,
con devota pompa lleva
al régio doliente alcázar
el pan de la vida eterna.

Tal consuelo sintió el alma,
de piedad insigne llena,
que aun pudo dar fuerza al cuerpo
de la agonizante enferma.

Dió márgen falaz alivio
á esperanzas pasajeras;
mas el doctor aterrado
término fatal recela.

A los dos dias tal fiebre,
tales síntomas se muestran,
que de repente el palacio
de gran confusion se llena.

Acude Juan Villalobos,
en llanto prorumpe el César,
y desatentadas corren
las camaristas y dueñas.

Lombay en su puesto, inmoble,
sin mover los labios reza,
cuando de la régia estancia
abren las doradas puertas.

Era el doctor Villalobos,
á quien con temor se acerca,
preguntándole angustiado
si alguna esperanza queda.

Y el doctor mudo no hallando
cómo darle la respuesta,
alza los ojos al cielo
y entrambas palmas eleva.

Lo vé Lombay, se estremece,
y cobrando estraña fuerza,
movimiento convulsivo
y una actividad horrenda,

De la cámara corriendo
parte, la guardia atraviesa,
sale á la plaza, el gentío
clamoroso que la llena,

Del palacio en los balcones
la vista y las almas puestas,
penetrando, sin que nadie
en tan gran señor advierta;

Y por calles solitarias
sin objeto vaga y vuela,
el ferreruelo arrastrando,
destocada la cabeza.

Alza los ojos al cielo,
y el cielo de primavera
azul, despejado, puro,
que espléndidos hermocean

Celages de oro y de grana,
do el sol poniente refleja,
una bóveda de plomo
que sobre su frente pesa,

Que lo ahoga y lo confunde,
sin aire y sin luz en tierra
se le figura, y le faltan
para hechar el paso fuerzas.—

Sigue, párase, vacila,
suda, se abrasa, se hiela,
gíranle en torno las casas,
que se le hunde el suelo piensa,

Y le zumban los oídos.....
una bomba es su cabeza
pronta á estallar ;.... cuando mira
de la catedral la puerta.

Ansioso buscando asilo
por sus umbrales penetra,
al tiempo que en occidente
daba el sol su luz postrera.



El de Lombay en el templo
oscuro y frío, tropieza
con varios informes bultos,
fieles devotos que rezan,

Y cuyos vagos contornos
ver la oscuridad no deja;
y al presbitério le guía
fulgor de mústias candelas,

Asi como por el bosque,
perdido en la noche ciega,
tropezando, el peregrino
vá hacia la lejana hoguera.

Del altar santo delante
se arroja en las losas tersas
del pavimento, formando
tras sí larga sombra en ellas.

Los brazos en cruz, clavados
los ojos, (en que reflejan
del retablo los esmaltes,
las lámparas y las velas,)

Del Redentor en la imágen,
no con los lábios y lengua,
que estaban entumecidos,
sino con la voz interna

Del corazon y del alma,
que es la que hasta el cielo llega,
esta peticion espone,
y en estos términos ruega:

“Misericordia, Dios mio,
piedad para con mi reina,
no dejeis huérfana á España,
y al mundo hundido en tinieblas.

»Si una víctima es precisa
de vuestra alta Omnipotencia
á miras inescrutables,
que yo la víctima sea.

»Caiga yo, caigan mis hijos,
mi estirpe toda perezca,
y sálvese.....” Tomb!!!! Retumba
en el mismo instante, y llena,

Estremeciendo las cimbrias,
los ámbitos de la iglesia'
la gran campana, de muerte
dando al mundo infausta nueva.

¡Son espantoso!..... Lo escucha
como el NO con que respuesta
dá á su plegaria el Eterno,
el marqués, y cae á tierra.

ROMANCE IV.

VIAGE FÚNEBRE.

CON blancas sobrepellices
y con hachas encendidas,
cantando fúnebres rezos
en voz confusa y sumisa,

Sobre mulas enlutadas,
formando dos largas filas,
cien devotos capellanes
á lento paso caminan.

Siguen treinta caballeros
que negros caballos guian,
del pie á la cabeza armados
y las viseras caidas.

Negros son los pendoncillos
de las inclinadas picas,
y negros los paramentos,
vestes, bandas y divisas.

Luego entre veinte alabardas,
en cuyas anchas cuchillas
las rojas luces reflejan
de noche, y el sol de día;

Cercada de doce pajes
viene una litera rica,
que de negro terciopelo
un régio manto cobija.

Los castillos y leones
recamados lo salpican,
entre águilas imperiales
y entre portuguesas quinas,

Arrástrando por el suelo
los flecos de sus orillas,
y gruesos borlones de oro
en sus cuatro puntas brillan.

Dos magníficas coronas,
imperial y régia unidas,
un rico cetro y un mundo
lleva la litera encima.

Detrás, tan pegado á ella,
que al notarlo se diría,
que alguna mano de adentro
del freno acerado tira.

Marcha un corcél generoso,
sobre el que mudo camina
el que la fúnebre marcha
dirije, gobierna y guia.

El gran marqués de Lombay,
con faz como de ceniza,
con los ojos apagados,
con boca que no respira :

En cuyo enlutado pecho
solo se descubre y brilla,
pendiente de una cadena,
del toison de oro la insignia.

Y tambien de oro una llave,
que aunque primorosa y chica,
pesa para él mas que un monte,
y es aspid que le horroriza.

Gentiles hombres, hidalgos,
caballeros de alta guisa,
y gente de Iglesia lleva
por séquito y comitiva.

Y en pos lacayos, repuestos,
y acémilas bien provistas,
cubiertas con reposteros
de blasones y de cifras.

Lleva dentro la litera
una caja de ataujala,
de negro plomo aforrada
y de brocado vestida.

Con gonces y cerraduras,
con biseles y aldavillas
de oro á cincel trabajado,
en labores muy prolijas.

Y en esta caja el cadáver,
lleno de bálsamos iba,
de la que ayer era reina,
y hoy solo polvo y ceniza.

De las riberas del Tajo
del Génil vá á las orillas,
á buscar reposo eterno
en la Iglesia granadina.



Con pavoroso silencio
esta triste comitiva,
haciendo descansos breves,
marcha de noche y de día,

Por lo angosto del camino,
por los recuestos arriba,
y en los tornos y revueltas
del largo espacio que pisa,

Caminando con tal orden,
tan silenciosa y unida,
que un solo cuerpo formaba.
Y de lejos parecía

Inmensurable serpiente,
que deslizándose iba
entre campos y entre montes,
dando sus escamas chispas.

De los cortijos y aldeas
presurosos acudian
á los bordes del camino,
ó á las cercanas colinas,

Ya curiosos, ya asustados,
villanos con sus familias,
y por un encantamento
aquella vision tenían.

Al avistar este entierro
las murallas granadinas,
de los católicos reyes
fresca y gloriosa conquista;

Cuando en las antiguas torres
de la Alhambra relucian,
al sol ardiente de junio,
alicatadas cornisas;

Ayuntamiento y cabildo,
con enlutadas insignias,
la audiencia, comunidades,
la nobleza y clerecía

Salen la fúnebre pompa
á recibir, y caminan
con ella entre inmenso pueblo
que cubre las avenidas.

Apretada muchedumbre
do las dos razas distintas
se conocen en los trajes,
la cristiana y la morisca.

Ya las calles de Granada
el funeral régio pisa,
á la catedral marchando
entre dos espesas filas

De lanzas y de arcabuzes,
que de lindero servian —
al hervoroso gentío
que en la carrera se apiña.

Las campanas clamorosas,
sus graves sonos envían
al firmamento, retumban
las salvas de artillería,

Resuenan roncos tambores
y destempladas bocinas,
y de dolor y respeto
fúnebre murmullo gira.

El de Lombay nada escucha
sigue la litera rica,
y tan pegando con ella
que son una cosa misma.

Y sin que nada le llame
la atencion, toda absorvida
en ella, de ella ni un punto
los áridos ojos quita.

ROMANCE V.

LO QUE ES EL MUNDO.

TERMINADOS los sufragios
y los oficios solemnes,
último ausilio que presta
la santa Iglesia á los fieles;

En el templo de Granada,
que los católicos reyes
consagraron victoriosos
al señor Omnipotente;

En medio de la gran nave
por do vuela el humo leve,
que seis flameros de plata
dan de olorosos pebetes;

A la luz de cien blandones,
cuyas rojas llamas mueve
el vapor del gran gentío
que en el templo oscuro hierve,

Y que reflejan y brillan
en los ojos y en los dientes
de un enjambre de cabezas
de todos sexos y temples;

Entre doce caballeros
de pavonados arneses
tan inmóviles, que estatuas
de oscuro acero parecen;

En medio de cuatro pajes
que amarillas hachas tienen,
cubiertos de ricas galas
y plumas en los birretes;

Sobre escelsa gradería
que alfombra pérsica envuelve,
y bajo un dosél ó palio
que seis pértigas suspenden;

Se alza un túmulo pequeño
con recamado tapete,
donde los régios blasones
esmaltados resplandecen;

Y encima la caja rica
cerrada está, que contiene
á la emperatriz y reina,
despojo ya de la muerte.

De pié descuella á su lado,
inclinada la alta frente,
que á la luz de los blandones
la de un cadáver parece,

Y cruzados sobre el pecho
los brazos en nudo fuerte,
el gran marqués de Lombay
de aquellas exequias gefe.

Aunque tambien está inmóvil,
harto que tiembla se advierte
en que el toison y la llave,
que en su noble cuello penden,

Dando súbitos reflejos,
como dos hojas se mueven,
que en un álamo en otoño
aura imperceptible mece.



En la soberbia capilla
donde las cenizas duermen
en magníficos sepulcros
de los católicos reyes;

Ya está la bóveda abierta,
cuya ancha boca parece
de la eternidad la boca,
que voraz su presa atiende.

Llega por fin el momento
en que el cadáver se entregue
al granadino prelado
con testimonio solemne;

Siendo el marqués de Lombay,
¡tan inflexible es la suerte!
quien reconocer el cuerpo
y hacer de él la entrega debe.

¡Acto espantoso, terrible,
para el que Lombay no tiene
fuerza en sí mismo bastante
por mas alma que le aliente!—

Al ver que ya el Arzobispo
los trémulos pasos tiende
por las gradas, que se pone
del régio féretro en frente,

Que el notario le acompaña,
que en derredor aparecen
los testigos, y que el pueblo
espera el acto impaciente;

Con espresion tan amarga,
mas con una fé tan fuerte
alza el rostro, y ambas manos
hácia los cielos estiende,

Que sin duda de su ruego
se apiadó el Omnipotente,
y resignacion y brio
le dió para el trance fuerte.

Pues de pronto en sí tornando,
con resolucion desprende
la afilegranada llave
sobre su pecho pendiente;

En la estrecha cerradura
sin mostrar temblor, la mete,
y veloz le dá la vuelta
que hace resonar los muelles.

Al punto un paje la tapa
alza del féretro, y vése
con sus régias vestiduras
un cuerpo. Mas el ambiente

Con tal fetidéz se infesta,
que el brillo las luces pierden;
atrás se retiran todos,
y el concurso se conmueve.

Del cuerpo oculta el semblante
un blanco holan, que guarnecen
los encajes mas costosos
que el prolijo belga teje.

Y observando la etiqueta,
el marqués tan solo debe
levantarlo, porque pueda
el rostro reconocerse.

Vacila, tiembla, la mano
vá á estender una y dos veces,
y la retira velóce
cual si el cendal fuego fuese.

Convulso, desatentado,
á tocarlo se resuelve,
lo ase, lo levanta..., ¡Cielos!
¿qué es lo que dejó patente?
¡Horror! ¡horror!!! Aquel rostro
de rosa y cándida nieve,
aquella divina boca
de perlas y de claveles,

Aquellos ojos de fuego,
aquella serena frente,
que hace pocos dias eran
como un prodigio celeste,

Tornados en masa informe,
hedionda y confusa vénse,
donde enjambre de gusanos
voráz cevándose hierva.

Tal espectáculo horrendo,
y la fetidéz y peste
que en torno se difundia,
al gran concurso estremecen

Con terror pánico. Un grito,
un alarido de muerte
unánime se levanta,
huye asustada la plebe,

Huyen pajes, caballeros,
arzobispo, nobles, prestes,
y aterrados y oprimidos
se apiñan en los cancéles.



Solo el marqués de Lombay
clavado está, sin moverse,
fijo en su puesto. Su rostro
ni palabras ni pinceles

Pueden retratarlo. Azufre
ser sus facciones parecen,
en que espresion nunca vista
de afecto ignoto se advierte.

Con los ojos que le saltan
del casco, mas que no tienen
ni luz, ni lágrimas, fijos,
todo aquel espanto bebe.

Estendidos los dos brazos
contra el túbulo, sostienen
su cuerpo, como puntales,
y ya no tiembla, que pende

Inmóvil el toison de oro
cual si de un poste pendiese.
¡No es hombre quien logra tanto,
mármol es quien tanto puede!



La obligacion y el respeto
que al régio cuerpo se debe,
pronto al prelado, cabildo
y caballeros compelen

A volver, porque el cadáver
sin sepultura no quede;
y aunque no muy cerca, tornan
y al marqués llaman. Mas este

Ni vé mas que un desengaño,
ni oye mas que una solemne
voz del cielo: ó ya es un tronco
que ni vé, ni oye, ni siente.

Un su gentil-hombre llega,
notando que alli la muerte
está bebiendo insaciable,
y le tira de la veste.

Todo en vano. Decidido
con él se abraza; parece
que está abrazado de un roble
que raiz profunda tiene.

En esto un paje la tapa
del féretro de repente
cierra, con cuerdo discurso,
porque aquella infeccion cese.

Y al ocultarse á la vista
todo el horror que contiene,
y al estruendo de los gonces
cerraduras y batientes,

Tiembla el marqués, dá un gemido,
su rígida fuerza pierde,
y á brazos del gentil-hombre
flojo y desplomado viene.

Acuden sus servidores,
y entre todos, cual si fuese
cadáver, fuera del templo
le conducen como pueden.

En cuanto le dió en el rostro
á cielo abierto el ambiente,
los ojos abre, suspira,
de nuevo á la vida vuelve;

Se pone en pie, gira en torno
la vista, como si hubiese
de una pesadilla horrible
despertado. En la celeste

Bóveda la clava, y dice
con acento tan ferviente,
y una espresion tan sublime
que hasta las piedras conmueve:

*No mas abrasar el alma
con sol que apagarse puede,
no mas servir á señores
que en gusanos se convierten.*

Y desmayóse de nuevo
hundido en maligna fiebre,
que puso su noble vida
muy á pique de perderse.

Este marqués de Lombay
estaba á los pocos meses,
en una mezquina celda
confundido y penitente;

Y predicando á los hombres
con ejemplo tan solemne,
el desprecio que á las pompas
del ciego mundo se debe.

Hoy SAN FRANCISCO DE BORJA
le llama la Iglesia, y tiene
culto propio, con que buscan
su patrocinio los fieles.

UNA NOCHE DE MADRID

EN 1578.

ROMANCE I.

TRES GALANES.

EN el pretil de palacio,
cerca de una casa antigua,
donde hoy estudia sus obras
un esclarecido artista (*),

Van á cumplirse tres siglos
que su palacio tenia
de Évoli el príncipe ilustre
Rodrigo Gomez de Silva.

(*) D. Vicente Lopez, primer pintor de cámara.

Sus magníficos salones
eran de la corte envidia,
tanta riqueza y tal gusto
en ellos resplandecían.

Las mas espléndidas telas,
hasta aquel tiempo no vistas,
que nuestras naves gloriosas
transportaban de la China,

Adornaban sus paredes
del friso hasta las cornisas,
y eran en sus balconages
pabellones y cortinas.

Los portentos del Ticiano,
y los que el arte prolija
de la béljica paciencia
émula de aquel tejía,

Escaleras, antesalas
y corredores vestían,
pareciendo sus figuras
figuras de bulto y vivas.

Sobre ricos escritorios,
cuyas puertas embutidas
de concha y nacar formaban
un laberinto á la vista;

Y sobre mesas de mármol
de las sierras granadinas,
de mosaícos de alto precio,
de maderas esquisitas,

Juguetes de filigrana
primorosos relucian,
y búcaros olorosos
de las españolas Indias.

En aquel siglo en Europa
iguales no conocían
sus carrozas y caballos
ya de tiro, ya de silla.

Y en joyas, galas y plumas,
jarrones de oro y bagillas,
los de un príncipe de Oriente
sus repuestos parecían.

Pero el tesoro mas grande
que en aquel palacio habia,
pasma, prodigio y asombro
de la corte de Castilla,

Era el de la gran belleza,
el de la gracia espresiva,
el del claro entendimiento,
el de la alta gallardía

De la esposa de Rui-Gomez,
de la princesa divina,
diosa de aquel rico templo,
sol de aquella esfera y vida.

Tres distintos personajes
á diversas horas iban
á rendirle obsequio ó culto,
á conquistar su sonrisa:

Ardiendo sus corazones,
aunque de edades distintas,
en el delirante fuego
que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,
de edad cascada y marchita,
macilento, enjuto, grave,
rostro como de ictiricia;

Ojos siniestros, que á veces
de una hiena parecían,
otras vagos, indecisos,
y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales
de meditacion continua,
huellas de ardientes pasiones
mostraba en frente y megillas.

Y escaso y rojo cabello,
y barba pobre y mezquina
le daban á su semblante
espresion rara y ambigua.

Era negro su vestido
de pulcritud hasta nimia,
y en su pecho deslumbraban
varias órdenes é insignias.

Era el otro récio, bajo,
de edad mediana, teñian
sus facciones de la audacia
las desagradables tintas.

Moreno, vivaces ojos,
negros vigote y perilla,
aladares y copete,
boca grande, falsa risa:

Formando todo un conjunto
de inteligencia y malicia,
con una espresion de aquellas
que inquietan y mortifican.

Lujoso era su atavío,
mas negligente, y tenian
no sé qué sus ademanes
de una finura postiza.

El último era el mas jóven,
de noble fisonomía,
pálido, azules los ojos
con languidez espresiva;

Castaño claro el cabello,
alto, delgado, muy finas
modales, y petrimetre
sin dijes ni fruslerías.

Ser un caballero ilustre,
de educacion escogida,
cortés, moderado, afable,
mostraba á primera vista.



El primero iba de noche
desde que desaparecian
los crepúsculos de ocaso
en las montañas vecinas,

Hasta que las altas torres
de la coronada villa
recordaban los sufragios
de las ánimas benditas.

Por la mañana el segunde
frecuentaba su visita
cuando no estaba en su casa
Rodrigo Gomez de Silva.

El tercero entraba en ella
sin hora ni época fija,
pero siempre que encontraba
alguna ocasion propicia.

Y la gallarda princesa,
la discreta, noble y linda,
¿por quién de ellos?..... Por ninguno;
cual la estrella matutina

Era su alma pura, como
el sol su conciencia limpia.
.....Mas lo que pasa en el pecho
solo Dios lo sabe y mira.

Cuando la princesa estaba
en la presencia afflictiva
del primero, miedo helado
por sus venas discurría.

En la del segundo, grave
se mostraba y aun altiva,
pero inquieta y recelosa
midiendo sus frases mismas.

Y con el tercero estaba,
aunque silenciosa, fina,
y sin temor ni recelo,
pero triste y discursiva.

El rey Felipe segundo,
á quien España se humilla,
es el galan misterioso
de las nocturnas visitas.

El segundo Antonio Perez,
secretario que tenia
del rey estrecha privanza
cual brazo de sus intrigas.

Juan de Escobedo el tercero,
amigo en quien deposita
el insigne D. Juan de Austria
sus secretos y su estima.

ROMANCE II.

LA MEDITACION.

DE Madrid el régio alcázar
triste y mezquino era entonces,
donde hoy el palacio nuevo
ostenta su inmensa mole.

De ladrillo y berroqueña,
y en cada esquina una torre,
era albergue poco digno
de los reyes españoles.

Ni el arco ni la armería
cerraban la plaza, donde
hoy se forma la parada
para los régios honores.

Pues hasta el márgen del río,
de menos caudal que nombre,
ásperas cuestas mediaban
entre viejos murallones.



Una tarde sosegada
de abril, cuando al horizonte
entre dorados celages
y entre lijeros vapores

El claro sol descendia
dando lugar á la noche,
de quien los luceros daban
ya en oriente resplandores;

Del tal ya olvidado alcázar,
en uno de los balcones,
se descubria de lejos
vestido de negro un hombre,

Que en la baranda apoyado,
al occidente encaróse,
gran rato permaneciendo
en una actitud inmoble.

Era Felipe segundo,
que de altas meditaciones
políticas fatigado
á respirar asomóse.

Y con los ojos siguiendo
al sol ya poniente entonces,
varios pensamientos llenan
su mente en que cabe el orbe.

Lo primero que le ocurre
es que el astro que se pone,
aun ilumina radiante
á la lusitana corte.

A la cabeza del reino
que la desventura enorme
de una expedicion guerrera,
tan cristiana como noble,

Bajo su dominio ha puesto;
y sagaz discurre sobre
los medios de asegurarse
diadema de tal renombre.—

Tomando mas largo vuelo
su imaginacion veloce,
salva los inmensos mares,
y sigue al sol, que traspone

Para llevar luz y vida
á las ignotas regiones,
en que gloriosos ondean
estandartes españoles.

Y al pensar que en cuantos climas
visita el astro y recorre,
vasallos suyos alumbra,
en su grandeza gozóse.



Pero tornando en sí mismo
el vuelo altivo recoge,
y su vanidad se estrella
en siniestras reflexiones.

Al ver los celages densos,
que de la esfera borrones,
del sol el descenso aguardan
para ofuscarle; latíole

El pecho agitado, y dijo:
“Del mismo modo los hombres
á que un rey decline esperan,
para tragarlo feroces.”

—Se le figuró el gran astro
cadáver, que de vapores
con la mortaja, se hundia
en la tumba de los montes;

Y recordando que todo
la muerte lo traga y rompe,
retembló, de sudor frio
su rostro secó bañóse,

Y tornó la vista á Oriente,
ya dominio de la noche,
el espectáculo huyendo
que el ocaso presentóle.

—Notó alli varios luceros
relucir, y sonrióse
amargamente, exclamando
con hondas é internas voces:

“Si la magestad declina
y su resplandor se esconde,
¡qué ufanos su pobre brillo
muestran vulgares señores!”

Tambien aparta los ojos
del Oriente, hallando donde
quiera que los revolvía,
desengaños ó temores.

Y de Évoli en el palacio,
que estaba cerca, los pone,
y sin intento los clava
en sus abiertos balcones.

Por ellos juzga que advierte
dos bultos en los salones,
uno blanco y de señora,
el otro oscuro y de hombre.

Y un agudo grito lanza,
su rostro se descompone,
y las tinieblas maldice
de la ya cerrada noche.

Los ojos baja, y á Perez
viendo que se acerca, entróse
cerrando el balcon maldito
con récio y violento golpe.

ROMANCE III.

EL SECRETO.

EN un oscuro aposento
que solamente alumbraban
las luces de dos bujías
en candeleros de plata,

Donde tiene su despacho
el augusto rey de España,
y donde á pocas personas
se les permite la entrada,

:

A su secretario Perez
Felipe segundo aguarda,
pues que llegó á conocerle
al atravesar la plaza.

A los muy pocos momentos
cruje y se abre la mampára,
y Perez entra en silencio,
y mudo á su rey acata.

Este afable le recibe,
que se le aproxime manda,
y en conversacion secreta
dijéronse estas palabras:



Rey.—Mi hermano D. Juan (al cabo
es bastardo y esto basta)
con su ambicioso manejo
vá á precipitar á Holanda.

Secretar.—Su poder allí es temible.

R.—Yo, Perez, no temo nada;
todos sus pasos vigilo,
y sé cuanto piensa y habla.

S.—Vuestra comprension inmensa....

R.—Y mi poder. Confianza
tiene en D. Juan de Escobedo.

S.—Es de sus planes el alma.

R.—Recibe sus instrucciones.

S.—Tambien recibe sus cartas.

R.—Y en una cartera verde,
que jamás del seno aparta,

Las lleva..... Las necesito.

S.—Pues no es cosa fácil..... *R.*—Nada
á mi poder es difícil.—

¿Y juzgas, Perez, que trata

Con la princesa estas cosas?.....

Las discretas ó son falsas.....

ó se alucinan..... *S.*—No creo

que una señora tan alta.....

R.—Y tan bella y entendida.....

Pero Escobedo en su casa

entra de oculto..... Esta noche.....”

Siguió el Rey en voz tan baja

Hablando á su secretario,

y con espresion tan vaga,

que adivinar no es posible

cuáles fueron sus palabras.



Palabras que escuchó Perez
con una zozobra estraña,
con el pecho palpitante,
y con la faz demudada.

Y al callar el rey, le dijo:
"Vuestra Magestad lo manda,
y es para mí ley suprema
su voluntad soberana.

» Mas señor..... Si por escrito,
una orden vuestra firmada,
ó la firma solamente.....
con solo la firma basta."

—Dió un paso atrás, furibundo,
al escucharlo, el monarca,
y lo fulmina y aterra
con dos ojos como brasas.

Perez, que se abriera el suelo
quisiera, bajo sus plantas,
y que en aquel punto mismo
lo confundiera y tragára.—

Cuando de pronto Felipe
con una sonrisa amarga,
y el desprecio con que mira
un feroz tigre á una rata:

"Dices bien, (prorumpo) amigo:
toma, que la empresa es árdua....."
Y escribiendo cuatro líneas
en un papel, se lo alarga.

Temblando lo toma Perez
y vá á partir; mas le traba
el brazo con mano dura,
mas dura que unas tenazas,

El rey; en su helado rostro
ojos del infierno clava,
diciendo: "Secreto, y priesa,
y yo soy quien te lo encarga."

Marchó Perez, y Felipe
tomando el estoque y capa,
salió solo, y dirigióse
de la princesa á la casa.

ROMANCE IV.

LA CARTERA VERDE.

EN su magnífico estrado
¡cuán gallarda, cuán hermosa
brilla la persona ilustre
de Doña Ana de Mendoza!

De seis candelas de esperma
que un candelabro coronan,
do recorta y abrillanta
la luz cinceladas hojas;

Al resplandor aparecen
su tez de nieve y de rosa,
de oro puro sus cabellos,
claros luceros sus joyas.

Sentada en un taburete
el brazo ebúrneo coloca
en un velador cuadrado,
que cubre persiana estofa,

Y en que matizadas flores
dan al ambiente su aroma,
en vasos de porcelana
de extraño barniz y forma.

Enfrente de la princesa,
en un sillón de caoba,
de los primeros acaso
que se usaron en Europa,


Está Felipe segundo,
procurando á toda costa
de amable y franca dulzura
dar el aire á su persona.

Y despues de varias frases
de mera etiqueta todas,
y de discretas razones,
de cortesana lisonja:

“Al anochecer (prorumpe)
¿habeis tenido, señora,
alguna visita?” Y clava
los ojos, cual de raposa

En el pálido semblante
de Doña Ana de Mendoza,
que responde balbuciente:
"No señor..... he estado sola:


» Mi mayordomo un momento....."
No dijo mas, y á la boca
del rey, que nada contesta,
sonrisa infernal asoma.



Tras de un rato de silencio,
que á Doña Ana se le antoja
un siglo, se alza Felipe,
un laud templado toma,

Y galan se lo presenta
diciendo: "Tened, señora,
dad vida al callado ambiente,
encadenad mi alma toda."

La princesa obedeciendo,
las cuerdas pulsa sonoras,
y melancólicos tonos
sin concierto alguno brotan.



El rey lento se pasea
por la estancia, dando poca
atencion á lo que escucha,
que otras ideas le acosan.

Y aunque gran sosiego finje
es su inquietud bien notoria,
y que habla consigo mismo
en su semblante se nota.

La princesa lo conoce
y trasuda y se acongoja,
pidiéndole á Dios de veras
que la visita sea corta.

Al balcon el rey se acerca
y lo abre inquieto, se asoma,
y se retira, y escucha,
y sin cerrarlo lo entorna.

Entra la brisa en la sala,
ajita las luces todas,
y á su undulacion parece
que todo se mueve y borra,

Y que el aposento tiembla,
y que en fantásticas formas
los muebles y colgaduras
ya se alargan, ya se acortan.

“Señor (dice la princesa)
¿el viento no os incomoda?
Está hartó fresca la noche,
cuidad mas vuestra persona.”

Iba á responder Felipe,
cuando á las ánimas tocan
las campanas, y en la tierra
con gran devocion se postra.

Lo mismo hace la princesa,
en silencio entrambos oran,
se santiguan y levantan,
y el rey mudo á escuchar torna.



Se oye un rumor á lo lejos,
y como un grito: se azora
la dama y dice: "¿Qué suena?"
y el alma deshecha y rota

Vá hácia el balcon. Mas Felipe
lo cierra de pronto, y ronca
la voz: "Nada ha sido (dice)
el rumor de alguna ronda."

De mármol queda Doña Ana,
el rey clavado en la alfombra,
y todo en hondo silencio,
y en quietud la estancia toda.



Llega un paje, anuncia á Perez,
y entra Perez. Su persona
es mas siniestra que nunca,
mas descompuesta su ropa.

Es su semblante de azufre,
entreabierta trae la boca,
y tiemblan sus miembros todos,
grande agitacion le agovia.

Desconcertado, en secreto
dice al rey palabras pocas,
y de terciopelo verde
le dá una cartera. Toma

La cartera el rey, la mira
y en contemplarla se goza,
mostrando su faz el gusto
que en su corazon rebosa.

Tambien la ilustre princesa
la mira y la mira ansiosa,
la reconoce, y advierte
de sangre en ella una gota;

De sangre fresca, y de sangre
vé en la mano temblorosa
de Perez alguna mancha,
y en sus puños y valona.

Y dá un profundo gemido,
su cabeza se trastorna,
y exánime y desmayada
en un sillón se desploma.

ROMANCE V.

**EL CADÁVER.—EL FUGITIVO.—
EL MUERTO.**

A la mañana siguiente,
cuando fue devoto pueblo
á oír la misa del alba
de Santa María al templo,

En aquella corta calle,
mas bien callejon estrecho,
que por detrás de la iglesia
sale frente á los Consejos,

Se halló tendido un cadáver,
de un lago de sangre en medio,
con dos heridas de daga
en el costado y el pecho.

Pronto fue reconocido
por el de Juan de Escovedo,
del insigne D. Juan de Austria
secretario y camarero.

Y como aun rico ostentaba
la cadena de oro al cuello,
y magníficos diamantes
en los puños y en los dedos,

Que obra no fue de ladrones
se aseguró desde luego,
el horrible asesinato
que á Madrid cubrió de duelo.

Fugitivo á pocos meses
Antonio Perez, el reino
de Aragon turbó con bandos
y desastrócos sucesos,

Y condenado y proscrito,
pobre, aborrecido, ^áenfermo,
murió en la mayor miseria
en países estrangeros.

Y despues de algunos años,
al rey Felipe ya viejo,
arrebatóle la muerte
á dar cuenta al Ser supremo.

Donde se habrán encontrado
los tres, tan solo saberlo
puede Dios, mas yo imagino
que habrá sido en el infierno.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

ROMANCE I.

LOS TOROS.

Está en la plaza mayor
todo Madrid celebrando
con un festejo los días
de su rey Felipe cuarto.

Este ocupa, con la reina
y los jefes de palacio,
el régio balcon, vestido
de tapices y brocados.

En los otros, que hermosean
repostereros y damascos,
los grandes con sus señoras,
y los nobles cortesanos.

Ostentan soberbias galas ,
terciopelos y penachos,
Las damas y caballeros
llenan los segundos altos,

Y de fiesta gran gentío
los barandales y andamios,
jardin do á impulso del viento
ondean colores varios.

Ante la panadería,
del balcon del rey debajo,
y de espalda á la barrera,
en la arena del estadio,

La guardia tudescas en ala,
parece un muro, de paño
rojo y jalde, con cornisa
hecha de rostros humanos,

Sobre la cual vuelan plumas
en lugar de jaramagos,
y brillan las alabardas
heridas del sol de mayo.

Los alguaciles de corte
con sus varas en la mano,
á la jineta, en rocines
están en fila á los lados.

El rey, la reina, los grandes,
las damas, los cortesanos,
los tudescos y alguaciles,
el inmenso pueblo, y cuantos

En la plaza están, los ojos
tornan de Toledo al arco,
por cuya barrera asoma
un caballero á caballo.

Vese en medio de la arena,
furia y humo respirando,
los ojos como dos brasas,
los cuernos ensangrentados,

Con la pezuña esparciendo
ardiente polvo, el mas bravo
retinto, á quien dió Jarama
yerba encantada en sus campos.

Aun no estrenó la almoadilla
de su cuello erguido y alto
hierro alguno, ni ha embestido
una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas
y moribundos caballos,
se ostenta como el guerrero
que se corona de lauro,

Entre rendidos pendones,
sobre muros derribados;
del Genio del esterminio
parece emblema y retrato.



En un tordillo fogoso,
de africana yegua parto,
que de alba espuma salpica
el pretal, el pecho y brazos;

Que desdeñoso la tierra
hiere á compás con los cascos;
que una purpúrea gualdrapa
con primorosos recamos,

De felpa y ante la silla,
en el testero un penacho,
la cabezada y rendaje
de oro y seda roja, y lazos

En el codon y en las crines
soberbio ostenta y ufano;
á combatir con el toro
sale aquel señor gallardo.

Viste una capa y ropilla
de terciopelo, mas blanco
que la nieve, de oro y perlas
trecillas y pasamanos;

Las cuchilladas, aforros,
vueltas y faja, de raso
carmesí; calzas de punto,
borceguíes dilatados,

Valona y puños de encaje;
esparcen reflejos claros
en su pecho los rubíes
de la cruz de Santiago.

Un sombrero con cintillo
de diamantes, sujetando
seis blancas gentiles plumas,
corona su noble garbo.

Con la izquierda rije el freno,
en la diestra lleva en alto
un pequeño rejoncillo
con la cuchilla de á palmo.

Acompañanle dos pajes
á pié, de uno y otro lado;
y llevan las rojas capas
prontas al lance en la mano:

Síguenle sus escuderos
y un gran tropel de lacayos,
los que por respeto al toro
se van haciendo reacios.

Puesto en medio de la plaza
personaje tan bizarro,
saluda al rey y á la reina
con gentil desembarazo.

:

Aquel, serio corresponde,
esta muestra sobresalto,
mientras el concurso inmenso
prorumpe en vivas y aplausos.

Era el gran don Juan de Társis,
caballero cortesano,
conde de Villamediana,
de Madrid y España encanto

Por su esclarecido ingenio,
por su generoso trato,
por su gallarda presencia,
por su discrecion y fausto.

Gran favor se le supone,
aunque secreto, en palacio,
pues susurran malas lenguas....
pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,
y es poner puertas al campo,
querer de los maliciosos
sellar los ojos y lábios.

Valiente Villamediana,
cortas las riendas, y bajo
del rejoncillo el acero,
vase al toro paso á paso.

Este cabecea, bufa,
la tierra escarba marrajo,
y espera instante oportuno
en que partir como el rayo.

El paje de la derecha
con grande soltura y garbo
á la fiera irrita y llama,
la capa ante ella ondeando.

Embiste pues, el ginete
tuerce el bridon, de soslayo
pasa el toro, el otro paje
con la capa hace un engaño,

Y lo revuelve, y de nuevo
lo para. Determinado
le ostiga de frente el conde;
torna á embestir rebramando

El jarameño; parece
que el caballo y caballero
van á volar á las nubes,
cuando de la fiera intactos

En primorosas corvetas
se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila
bramido ronco lanzando,

Y desplómase en la tierra,
haciendo de sangre un lago
con el torrente que brota
por la cerviz, do clavado

Medio rejon aparece,
que el otro medio en la mano
del noble y valiente conde
va al concurso saludando.

Por balcones y barandas,
vallas, barreras y andamios,
formando una riza nube,
ondean pañuelos blancos;

Y, *viva!* el pueblo repite,
y los caballeros, *bravo!*
y *qué galan!* las mugeres,
haciendo lenguas las manos.

La reina, que sin aliento
los ojos desencajados
en jinete y toro tuvo,
vuelve, ansiosa respirando;

"Qué bien pica el conde!" dice,
y, "Muy bien," los cortesanos
repiten. El rey responde:
"Bien pica, pero muy alto;"

Y en el rostro de la reina
clavó los ojos un rato.
Esta demudóse, y todos
los señores de palacio,

En quienes opinion propia
fuera un peregrino hallazgo,
repitieron, no sabiendo
lo que decian acaso,

Y de entrambas magestades
queriendo seguir el rastro:
“Pica muy bien; mas debiera
haber picado mas bajo.”

Dos toros mas se corrieron ,
en que caballeros varios
con gala y con valentía
gran destreza demostraron ;

Mas es pretender lucirlo
despues del conde gallardo,
esceso del amor propio,
cuyos esfuerzos son vanos.

Ser en punto medio dia
las campanas avisaron
de santa Cruz en la torre.
En su carroza á palacio

Retiráronse los reyes,
tras ellos los cortesanos,
y aquel inmenso gentío,
la plaza desocupando,

Se apiñó en arcos y puertas,
haciendo un todo compacto ,
que por las primeras calles
rompió; que luego en pedazos

Por otras mas dividióse,
despues en grupos, que al cabo
reducidos á familias,
muy pronto se dispersaron.

Tal vez así se desagua
un artificial pantano,
cuando se abren las compuertas
del malecon, y apretados

Torrentes por ellas salen,
que luego en arroyos varios
se dividen, y se pierden
finalmente por los campos.

ROMANCE II.

LAS MÁSCARAS Y CAÑAS.

SIGUIÓ el festejo á la tarde,
y llenóse la gran plaza
con el pueblo y con la corte,
cual lo estuvo la mañana.

Magníficas son las fiestas
que la régia villa paga,
para celebrar el nombre
del poderoso monarca.

De clarines y timbales
al son que asorda las auras,
y al de orquestas numerosas
que entonan guerrera marcha,

En orden y á lento paso
numerosas mascaradas
entran por partes distintas
y al rey y á la reina acatan.

De los reinos diferentes
que el reino forman de España,
ostenta cada cuadrilla
distintivos y antiguallas,

Arbolando un estandarte
con el blason de sus armas;
y de su música propia,
al compás de las sonatas,

Mézclanse lijeras luego,
formando mímica danza,
en concertado desórden
de figuras ensayadas.

Los cascos y coseletes
de la indómita Cantábria,
de los fieles castellanos
las dobles cueras y calzas:

Las fulgentes armaduras,
de los infanzones gala,
del lijero valenciano
los zaragüelles y mantas:

De chistosos andaluces
los sombrerones y capas,
y las chupas con hombreras
y con caireles de plata:

Los turbantes granadinos,
jubas, albornoces, fajas:
los terciopelos y sedas
de vestes napolitanas:

De la Bélgica los sayos
con sus encajes y randas;
los milaneses justillos
con las chambergas casacas;

Y las esplendentes plumas
teñidas de tintas varias,
con los arcos y las flechas
que el cacique indiano gasta;

Forman un todo indeciso
que cubre la estensa plaza
de movibles resplandores,
de confusion bigarrada.

Parece que está cubierta
con una alfombra persiana,
cuyos matices se mueven
al conjuro de una maga.

Aquí añafiles moriscos,
alli tamboril y gaita,
mas allá trompas guerreras,
acá sonorasas flautas:

Las antárticas bocinas
en un lado, las guitarras
y crótalos en el otro;
los caracoles de caza

Forman estruendo confuso
en que ya el acorde falta,
y que llenando el espacio
aun mas aturde que halaga.

Por fin, terminado el baile
sepáranse las comparsas,
y hácia lados diferentes,
en orden puestas, descansan;

Y cada una se dirige,
segun la suerte la llama,
á saludar á los reyes
con solemnidad y pausa,

Y doblando la rodilla,
ofrecen á su monarca
un rico don de productos
de aquel reino que retratan.

Despejando luego todas,
el circo desembarazan
á los nobles caballeros
que salen á correr cañas.

Por la izquierda y la derecha
á un tiempo entraron galanas
dos diferentes cuadrillas
que á unirse en el centro marchan.

Compónese cada una,
compitiendo en garbo y gala,
de doce nobles jinetes
que de dos en dos avanzan.

El conde de Orgaz, mancebo
de gentileza y de gracia,
es caudillo de la una;
de la otra es Villamediana.

Aquel, en caballo negro
enjaezado de plata,
de terciopelo amarillo
con celestes cuchilladas,

Vestido sale: figura
con argentinas escamas
peto y espaldar, y azules
lleva plumas y gualdrapa.

Este, en un caballo blanco,
cuya crin el oro enlaza,
ostenta un rico vestido
de terciopelo escarlata:

El arnés de hojuelas de oro
y de rica seda blanca,
con brillantes bordaduras
los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas
hácia el régio balcon ambas,
al paso, la pista siguen
de los gefes que las mandan;

Y el concurso en gran silencio
curioso la vista clava
de los dos gallardos condes
en las brillantes adargas,

Pues logrando de discretos
y de enamorados fama,
interesa á todo el mundo
ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,
de la que el vuelo levanta
el fénix con este mote:

Me dá vida quien me abrasa.

Un letrado solamente
es la de Villamediana
que dice: *Son mis amores.....*
y luego reales de plata

Puestos cual si fueran letras,
con que aquel renglon acaba.
La empresa de Orgaz la entienden
todos, y aciertan la llama

Que le dá vida y le quema.
La del de Villamediana
despierta mas confusiones,
aunque es en verdad bien clara.

Propension funesta tiene
el joven galan que alcanza
favores de una señora,
á la par hermosa y alta,

De publicarlos al punto
y de sacarlos á plaza:
vanidad de enamorados
que en peligros no repara.

Muchos el sentido entienden
que las monedas declaran;
mas por miedo disimulan
y de esplicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan
los cascós por descifrarla:
Son mis amores dinero,
repiten; pero no cuadra

Con el carácter del conde
esta esplicacion villana.

Mis amores efectivos
son, dicen otros: bobada!

Velasquillo el contrahecho,
enano y bufon que alcanza,
no sin despertar envidia,
gran favor con el monarca,

A disgusto de los grandes
en el balcon régio estaba,
malicias diciendo y chistes,
con insolencia y con gracia;

Y ó por faltarle su astucia
entonces, ó porque trata
de vengarse del desprecio
con que la reina le acaba;

O porque vé de mal ojo
al noble Villamediana,
ó por gusto de hacer daño,
que es de tales bichos ansia;

Dijo: «Ta, ta; ya comprendo
lo que dice aquella adarga:
Son mis amores reales,»
y soltó la carcajada.

Trémulo el rey y amarillo,
y conteniendo la saña,
«Pues yo se los haré cuartos,»
respondió al punto en voz baja.

Lo oyó la reina, y quedóse
inmóvil como una estatua,
pálida como la muerte,
hecha pedazos el alma.



Las cuadrillas empuñando,
en vez de robustas lanzas,
de cintas y oro vestidas
leves quebradizas cañas.

Se embistieron..... Imposible
es ya que encuentren palabras
con que describir la fiesta:
mi atencion la reina embarga.

Pobre señora! tampoco
merece versos y fama
tal diversion, ya reflejo
débil, copia degradada

De las justas que ha dos siglos
los caballeros usaban
con gloria; que nunca gloria
en donde hay peligro falta,

Y en que las picas de guerra
dobles petos abollaban,
no los juncos inocentes
sedas, brocados y holandas.

ROMANCE III.

EL SARAO.

MIENTRAS que la monarquía
se desmorona, y el borde
toca de una sima horrenda,
duermen en pueriles goces,

Entre placeres se aturden,
deleites solo conocen,
sin cuidarse del peligro,
el rey de España y sus nobles.

Asi una casa se quema,
asi desdichas atroces
sobre una infeliz familia
el ciego Destino pone;

Y en tanto el imbécil rie,
duerme el embriagado jóven,
y el niño con sus juguetes
es el mas feliz del orbe.

Si alegre fue todo el dia
con públicas diversiones,
con saraos y luminarias
no lo fue menos la noche.

El pueblo las anchas calles
en gozosas turbas corre,
para ver iluminadas
las casas de los señores.

En las plazas principales
suenan músicas acordes,
y farsas se representan
del rey celebrando el nombre.



Del palacio del Retiro
llenos están los salones,
de todo el fausto y la gala
que son honra de la corte.

En los soberbios jardines
brillan vasos de colores,
que en el estanque reflejan
formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio
las densas tinieblas rompe,
y rastros de luz envia
á las celestes regiones:

De los rayos que le lanzan
los nublados tronadores;
dijérase que la tierra
se estaba vengando entonces.

Varias encendidas ruedas,
jirando luego veloces
en atmósfera de chispas,
parecen mágicos soles;

Mas pronto en huecos tronidos
de humo blanco alzando un monte,
se disipa, y desaparece
aquel gigantón enorme

De luz, que ofuscó los astros,
y que deslumbró á la corte,
como trasunto ú emblema
del orgullo de los hombres.

En el salon de los reinos,
donde el trono de dos orbes
de oro y terciopelo estriba
en colosales leones,

El rey está con las damas,
la reina con los señores,
y chocolate y conservas,
y helados pasan en orden,

En marcelinas de oro
y en bandejas, cuyos bordes
lucientes piedras adornan
en caprichosas labores.

En seguida se bailaron,
al compás de alegres sonos,
las folías y chaconas,
y aun zarabandas ignobles.

De cada señora al lado
sitio un caballero escoge,
y en un cojin para hablarle
la rodilla izquierda pone.

Allí en animados grupos
lo mas rico y lo mas noble
de Madrid y España asiste,
y extranjeros de alto porte.

Estaban pues..... ¿de qué sirve
que el tiempo perdamos, nombres
ya olvidados repitiendo,
y que alcanzaron entonces

Boga por riqueza y sangre,
mas que hoy ya nadie conoce?

De conocidos hablemos,
de amigos nuestros, de hombres

Que aun los vemos y tratamos,
aunque ha dos siglos que esconde
sus cenizas el sepulcro,
sima que todo lo sorbe.



En un lado de la sala
estaba el famoso Lope,
el fénix de los ingenios,
con el cabello y vigote

Blancos como pura nieve;
y al través se reconoce
de sus clericales ropas
que fue guerrero de joven.

La insignia adorna su pecho
de la hospitalaria orden,
y el fuego brilla en sus ojos
que hace á los mortales dioses.

Con él habla un caballero,
cabeza gorda, deformes
los pies, de negro azabache
melena y barba, mas noble

Aspecto: diciendo chistes
está, y resuenan conformes
carcajadas y aun aplausos,
en cuantos hablar le oyen.

Es don Francisco Quevedo,
á quien un clérigo torpe
ya por la edad, ceceando
y con malicias responde.

Ser el tal pronto se advierte
don Luis Góngora y Argote,
del nuevo estilo de moda
inventor, columna y norte.

El padre Paravicino,
que de sabio alto renombre
goza, y á Madrid encanta
por sus peinados sermones,

Tambien es del corro; y luego
en él ufano ingirióse,
aun tan niño, que en sus labios
ni bozo se vé que asome,

D. Estévan de Villegas,
español Anacreonte,
en versos cortos divino,
insufrible en los mayores.

En una pausa en el baile,
de Villamediana el conde,
que ha danzado con la reina,
alargó la mano á Lope,

Y como ingenio de marca
entre los otros mostróse.

Acaba de publicarse
su poema de *Faetonte*,

En aquel tiempo un prodijio,
que hoy tiene apenas lectores;
obra de perverso gusto
y de hinchados clausulones.

Góngora, que envanecido,
un adepto de alto nombre
ve en tan claro personage,
sus encomios prodigóle:

Y todos le celebraban,
aunque yo decir no ose
si sus versos aplaudian
ó su favor en la corte.

D. Francisco Manuel Melo,
en quien se juntan los dotes
de historiador y poeta
con los bélicos blasones,

Allí está, aunque taciturno:
sin duda abriga temores
de que el duque de Braganza
su osado intento no logre.

El gran D. Diego Velazquez,
de pinceles españoles
gloria, tambien conversaba
con tan famosos autores;

Pero lo que dicen ellos,
parece que apenas oye,
porque de Rubens los cuadros
con gran encanto recorre;

Y en aquel retrato ecuestre
del Emperador, en donde
apuró Ticiano el arte,
los ojos árabes pone.



Tambien el rey un momento
afable al corro acercóse,
hablando de una comedia
que salió al público entonces,

Y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.
A la cual, aunque por cierto
era un disparate enorme,

Todos dieron mil elogios
y de portento renombre,
pues que es obra del rey mismo
no hay en Madrid quien ignore.

Ya muy tarde entró en la sala,
saludos y adulaciones
recibiendo del concurso,
con aire altanero y noble

El conde-duque: se llegan
los grandes y embajadores
para hablarle, el rey Felipe
con gran cariño le acoge;

Y con él, y con el Nuncio
y un milanés enredóse
en importante coloquio,
que su atencion régia absorve.

La reina, que en gallardía
á todas se sobrepone,
y cuyos hermosos ojos,
brillantes como dos soles,

En Villamediana tuvo
clavados toda la noche;
viendo al rey y al favorito
con aquellos dos señores

Estrangeros en consulta,
que ha de ser larga supone
la conversacion, notando
que hay vivas contestaciones.

Mas atenta al conde mira,
le hace una seña, y veloce,
aunque con gran disimulo,
de la sala retiróse,

De una danza numerosa
que empezó la gente joven
á enredar, aprovechando
la confusion y el desórden.

Conoció al punto la seña
el favorecido conde,
que amantes favorecidos
la mas pequeña conocen;

Pero no son ellos solos:
tambien ay! de ellas se imponen
los celosos..... el monarca
la seña fatal recoge.

A salir Villamediana
siguiendo su amado norte,
iba por distinto lado
del salon, cuando turbóle

El ver al rey furibundo,
que con miradas atroces,
ojos cual los de un fantasma,
en él sin quitarlos pone.

Sobrecogido, de mármol,
ni á dar un paso atrevióse,
y trabó, disimulando,
un altercado con Lope.

ROMANCE IV.**FINAL.**

EN aquella galería,
adornada de arabescos
y follages primorosos,
con oro y esmaltes hechos,

Y cuya baranda rica
daba hácia el jardin pequeño,
en que el caballo de bronce
estuvo por largo tiempo;

Sin mas luz que la que esparce
la luna en mitad del cielo,
esperando á alguien la reina,
está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza
y de la orquesta el estruendo,
que los salones ocupa,
oye resonar de lejos;

Y aunque sabe que notada
ha de ser su ausencia presto,
por dar al conde un aviso
atropella todo riesgo.

Siglos los instantes juzga
con mortal desasosiego,
y en el barandal dorado
palpitante apoya el pecho.

Mira al ecuestre coloso,
inmóvil, oscuro, inhiesto,
entre laureles y murtas,
y tiembla, infelice, al verlo.

Alza á la pálida luna
los ojos de llanto llenos,
y se estraviá su mente
por precipicios horrendos.



Sin rumor y de puntillas,
como fantasma ó espectro,
en el corredor entróse,
la parte oscura siguiendo,

Un hombre embozado: llega
por detrás en gran silencio
á la reina, que, de espaldas
estando, no pudo verlo,

Y le tapa el noble rostro
con dos manos como hielo,
pero delicadas manos
que agita un temblor lijero.

¿Quién pudiera aproximarse
á dama de tal respeto,
sino el amante dichoso
con tan inocente juego?

Así lo pensó ella misma,
pues aunque al primer momento
de sorpresa lanzó un grito,
pronto sobre sí volviendo:

“Déjame, conde, prorumpe
con dulces lánguidos ecos;
no es esta ocasión de burlas,
pues es de infortunios tiempo.

» Déjame, y escucha, conde.”—
Libre la dejan en esto
las manos que la cegaban,
y se encuentra sola, cielos!

Con su marido, que arroja
por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta;
mas tienen el privilegio

Las hembras del disimulo,
y en los críticos encuentros
mucho mayor agudeza
que el hombre de mas ingenio.

Al oír que el rey pregunta
con voz como voz de infierno,
“Yo conde?..... yo?”—En sí tornando
la reina, responde presto:

“Sí, señor, de Barcelona.....
y se complace mi pecho
con tal título, afirmado
con vuestro poder y esfuerzo,
» Despues que habeis reprimido
la rebelion de aquel pueblo.”—
Quedó pasmado el monarca:

“Discreta sois por extremo,
» Repuso, y tras pausa leve,
Mas qué infortunios tenemos?”—

Ya alentada la señora,
pues siempre el paso primero

Es el trabajoso, dijo:
“No faltan, señor, por cierto:
dígalo Flandes perdida,
y de Nápoles los reinos,

» Donde un ambicioso intenta
arreatarnos el cetro;
ó Milan, donde la peste
está tanto estrago haciendo;

» Y Portugal vacilante,
do traidores encubiertos.....”
Aquí atajóla Filipo

con voz de lejano trueno:

“Basta pues, basta, señora;
sois francesa, bien lo veo;
teneis interés muy grande
en mi honor y en el del reino.”

“Vereis que uno y otro al punto
para aquietaros sostengo,
y que lavaré con sangre
la mancha que advierta en ellos.”

Calló, y una atroz mirada
con el rostro descompuesto,
que pareció mas terrible
de la luna á los reflejos,

Clavó en la reina, mirada
que destrozó aguda el seno
de la infeliz, pues temblando
cayó sin sentido al suelo.



Como sin rumor ninguno
vuela ó se deshace un sueño,
desapareció el monarca:
fue á su cámara en silencio,

Tocó un silbato de oro,
que tuvo mágico efecto,
pues salió de los tapices,
al silbido obedeciendo,

Por una encubierta entrada
un humilde balletero,
cual espíritu maligno
que al conjuro está sujeto.

Era el favorito oculto
del rey: ambos un momento
hablaron con tal sigilo,
que el labio apenas movieron;

Solo al irse el confidente,
se oyó decir al rey esto:
"Asegura bien el golpe,
y si has de vivir, secreto."



Al sarao y á los salones
tornó Filipo muy presto:
aunque pálido el semblante,
tranquilo y tal vez risueño,

Volvió á hablar al conde-duque,
el cual como astuto y diestro,
que su señor encubria
conoció cuidados nuevos.

Al cabo de corto rato
anuncióse que en su lecho
la reina indispuesta estaba,
y se dió fin al festejo.

Sucedió al bullicio alegre,
al son de los instrumentos
y á la confusion festiva,
el mas profundo silencio.

Los cortesanos al punto
las actitudes y gestos
dejaron de la alegría,
y tomaron los del duelo;

Y á vaciarse los salones
comenzaron del inmenso
concurso, que los llenaba,
de galas, vapor y estruendo.

Villamediana confuso,
de inquietud funesta lleno,
al retirarse saluda
al monarca con respeto,

Y este con una sonrisa
le deja aterrado y yerto;
mientras afable despide
á los otros palaciegos.



De la desdichada reina
la favorita corriendo
sale por las antesalas,
busca al conde sin aliento,

Penetra la muchedumbre,
le hace señas desde lejos:
al fin le alcanza, va á hablarle,
un papel lleva encubierto;

Cuando se pára y se huela,
al rey de repente viendo:
tal queda liebre cobarde
de la serpiente al aspecto.

El gran tropel que desciende
las escaleras, violento
arrastra á Villamediana,
que va delirante y ciego.

Su carroza no parece.....
en la de Orgaz toma puesto,
y ambos condes por las calles
(que aun no estaban, cual las vemos,

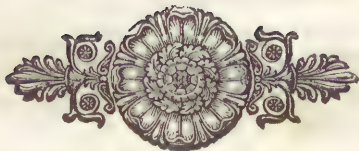
Alumbradas con faroles)
veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
una voz *Conde!* El cochero

Pára al punto los caballos;
pregunta Orgaz desde dentro:
"A cual de los dos?" De fuera
"Villamediana," dijeron.

Villamediana al estribo,
juzgando que es mensajero
de la reina quien le llama,
sacó la cabeza y pecho;

Y al punto se lo traspasa
una daga de gran precio
con tal furor, que á la espalda
asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche
un mar de sangre vertiendo,
y de su amigo en los brazos
al instante quedó muerto.



El Buelto

DE UN VETERANO.



INTRODUCCION.

¡Oh! cuan grato es el oír
allá en el hogar paterno,
las largas noches de invierno,
entre el cenar y el dormir,

Al veterano charlar,
y sus pasadas campañas,
envueltas con mil patrañas,
en rudo estilo contar!

En nuestra niñez primera
embebidos le escuchamos,
sin que una frase perdlamos,
ni una palabra siquiera.

:

Y la peregrina historia
se queda como grabada,
y jamás la borra nada
de nuestra tierna memoria.

Un veterano alcancé
que en Italia combatió,
y que en Velétri se halló,
donde mal herido fué.

Y muy niño, allá en mi tierra,
recuerdo haberle escuchado,
de sus palabras colgado,
sucesos de aquella guerra.

Fuera el tiempo bueno ó malo
todas las noches venia,
y desde lejos se oia
sonar su pierna de palo.

Era como una estantigua,
con desarrapado trage,
y restos del equipage
de un militar á la antigua.

Del cortijo en el hogar
muy orondo se sentaba,
y la gente se agolpaba
en torno de él á escuchar.

Tras un sorbo de aguardiente
encendia su cigarro,
y de su voz de catarro
se desataba el torrente.

Ya un asalto referia,
estropeando los nombres
de reinos, castillos, hombres,
mas nada le detenia.

Ora un combate, ora un duelo,
ya el valor de un camarada,
de una patrona burlada
el amargo desconsuelo,

De un coronél el rigor,
la astucia de un asistente,
el triste fin de un valiente,
las diabluras de un tambor.

Y una guitarra tocando
cantaba tambien romances,
con tal voz, y tales lances,
que nos dejaba temblando.

De robos y apariciones
varios casos repetia,
y costumbres, que decia
ser de lejanas naciones.

Y siempre cosas estrañas,
jurando á fé de soldado
todo haberlo presenciado
en sus gloriosas campañas.

Una noche nos contó
cierta peregrina historia,
que está fija en mi memoria,
y que á referir voy yo.

ROMANCE I.

EL AYUDANTE.

EL marqués de Castelar
entró triunfador en Parma,
con las valerosas tropas
de Nápoles y de España.

Estas van á la cabeza,
aquellas á retaguardia,
y de lauro inmarcesible
y gloria cubiertas ambas.

Desde Velétri venciendo,
y enmendando aquella falta,
las águilas imperiales
van ahuyentando de Italia.

La ciudad, que á los Borbones
el mas puro amor consagra,
y que el dominio detesta
de los príncipes del Austria.

Cual libertadoras mira
á aquellas huestes bizarras,
y con *vivas* de entusiasmo
las recibe y las aclama.

El alto cielo ensordecen
las sonoras campanas,
y á los valles y á los montes
las músicas y las salvas.

Brillan en los balconages
de las calles y las plazas
ricos damascos y estofas,
pabellones y guirnaldas.

Y aun mas el vistoso arreo
de las lindas pamesanas
ornadas de ricas joyas,
vestidas de nobles galas.

Y hierve inmenso concurso
de la plebe alborozada,
estrechando la carrera
por donde las tropas pasan.

El primero que desfila
al son de bélica marcha,
es el regimiento insigne
de las españolas guardias:

De firme lealtad ejemplo
á sus jurados monarcas,
modelo de disciplina
y de arrojo en las batallas.

De Castilla los pendones,
de tanta victoria y tanta
gloria ya nuncios, ya emblemas,
siguen con noble arrogancia.

Y oficiales y soldados
la atencion pública llaman,
por su belicoso porte,
por su merecida fama.



En un cordobés morcillo
que con espumas de plata
el pretal, brazos y pechos
respirando fuego, esmalta,

Recorre las compañías,
y de un lado al otro pasa
gallardo, vivaz, activo,
D. Juan Enriquez de Lara.

Del regimiento ayudante,
y de tan noble y gallarda
presencia, que por los ojos
entra á conquistar las almas.

Esclarecido linaje,
de los mejores de España
era el de este caballero,
y su riqueza estremada.

En la mies de bayonetas
se descubre su cucarda,
como suele en la de espigas
una amapola lozana.

De las mugeres los ojos
do quier síguenlo, y se clavan
en su rostro y en su talle,
en su garbo y en su gracia.

Su edad á los cinco lustros
de seguro, aun no llegaba,
pues sus facciones guarnecen
aun mas bien bozo que barba.



En rondas y en desafíos,
en pendencias y en batallas,
ó con razon ó sin ella,
siempre era un rayo su espada.

Y aunque bueno, calavera,
y de lijereza tanta,
que cuanto se le ocurría
sin reparo ejecutaba.

En juego y en francachelas,
y en aventuras galanas,
liberalmente espendía
sus pingües rentas de España.

Era un caballo sin freno,
un demonio en carne humana
en tratándose de amores,
en petándole una dama.

Siendo ya tantos los lances
que en su tierna edad contaba,
que era su famoso nombre
conocido en toda Italia.

Y en las calles y balcones
le reconocen por fama,
y en todas partes se escucha:
Ese es D. Juan,—Ese es Lara.

ROMANCE II.

EL ALOJAMIENTO.

EN sus cuarteles dejando
recojidas á las tropas,
los oficiales y gefes
sus alojamientos toman.

Y por las plazas y calles
pasan, cruzan y se informan
de los números y casas,
y de si hay lindas patronas.

Coge D. Juan su boleta,
donde está la casa anota,
y en su fogoso morcillo
para buscarla galopa.

Al paso dice requiebros
á las niñas que se asoman
á los balcones, donaires
á camaradas que topa;

Atropella á los paisanos,
y las mesillas trastorna,
al atravesar la plaza,
de las pobres vendedoras.



A su alojamiento llega,
que es una casa de forma
donde un caballero anciano
muy noble y muy rico mora.

Mas en ella no hay mugeres,
lo que á D. Juan incomoda,
recetando al boleterero,
por esta falta, una soba.

—Cortés el patron recibe
al huesped, que en su persona,
urbanidad y despejo
fina educacion denota.

Y en una vivienda rica,
do nada falta, le aloja,
rogándole honre su mesa,
y que cual dueño disponga.

Lara admite agradecido
la invitacion obsequiosa,
y con frases cortesanias
corresponde á tales honras.



Solo ya con su asistente
se laba, atilda y adorna,
y por registrar la calle
á los balcones se asoma.

No era la calle muy ancha,
y estaba desierta y sola,
por ser mas de mediodia,
que era de comer la hora.

Son las fronteras paredes
las de un convento de monjas,
cuya principal fachada
de arquitectura grandiosa,

A la plaza daba donde
hicieron alto las tropas
con sus bandas y banderas,
y marciales ceremonias;

De los altos miradores
viéndolo las religiosas,
que no están como en España
en reclusion tan angosta.—

Las espaldas del convento,
frente á la casa en que mora
D. Juan, daban pues, y en ellas
ventanas y claraboyas,

Con espesas zelosías,
que á las miradas curiosas
de imprudentes libertinos
el osado paso estorban,



Hácia una de estas ventanas
maquinalmente se tornan
de Lara los negros ojos,
que fuego mágico brotan,

Y al través de los estorbos
juzga ver alguna cosa,
como un bulto negro y blanco,
que su atencion fija y roba.

—No se engañó. En el momento
vé que unos dedos asoman
por entre las zelosías,
y oye una tós sospechosa,

Y una voz sumisa luego
que claro le llama y nombra;
y él corresponde con señas,
pues el gozo le rebosa,

Pensando que una aventura
rara se le proporciona;
y de cierta ilustre joven,

á quien ha burlado en Roma,

Recuerda haber entendido
tener una hermana monja,
que en un convento de Parma
amargas lágrimas llora:

Pues allí la sepultaron,
no vocacion fervorosa,
sino viles procederes
de un galan que la abandona.

Luego oye que le preguntan:
"Decid, ¿la calle está sola?"
La registra con los ojos,
y contesta: "Sí, señora."

Y al punto una zelosía
se entreabre, y una persona
que ver no pudo, tiróle
un papel que el aire corta.

Cerrándose aquel resquicio
con rapidéz, sin que sombra
ni nada á notarse vuelva
detrás de la claraboya.



Coge el papel, que traía
dentro una medalla tosca
solo como lastre ó peso,
que era avisada la monja,

Y con un lapiz escritos
en limpia y gallarda forma,
Lara estos renglones halla,
que con los ojos devora.

"Estaria tan ufana
»con vuestro lijero amor,
»como sumida en dolor
»con vuestro olvido, mi hermana.

» Pues no es abultada, no,
» de vuestro porte galan
» la fama, señor don Juan,
» que hasta mi celda llegó.

» Quiero que me conozcais,
» y verme no os pesará;
» solo en vuestra mano está,
» si de servirme os dignais.

» Esta tarde al coronel
» dá, de vuestro regimiento,
» un agasajo el convento,
» venid, si os place, con él.

» Y en viendo una monja allí
» con una rosa en la mano,
» yo soy, yo, que..... Pero en vano
» es deciros mas aquí.

» Por fuerza encerrada estoy,
» no tengo ni un protector,
» y solo en vuestro valor
» humilde á buscarlo voy.

» Otro papel tendreis luego
» dentro de un escapulario
» que os pondrá el mismo vicario,
» tened disimulo, os ruego.

» Y sabed..... Mas basta ya.
» sois hidalgo, sois discreto,
» sois español..... el secreto
» impenetrable será.”

ROMANCE III.

EL REFRESCO.

EN un bajo locutorio
que adornan hermosos cuadros,
y muebles de terciopelo
en forma de régio estrado,

Está el coronel de Guardias
con su cruz de Santiago,
y con su azul uniforme
de galones y entorchados.

El capellan le acompaña
de su regimiento, cuatro
capitanes ya machuchos,
y el ayudante bizarro.

Del convento la prelada,
parentesco, aunque lejano,
con el coronel tenia,
y ha dispuesto agasajarlo.

Y su adhesion y obediencia
al vencedor con tal acto
manifestar, porque puede
convenirle en todo caso.

Dos modestos sacerdotes,
y del convento el vicario,
los honores de la casa
haciendo están muy ufanos.

Y con melífluos semblantes
al coronel adulando,
y segun las graduaciones
á todos los convidados.




De bronce dorada reja
cierra el anchuroso espacio:
lindero entre Dios y el mundo,
término entre el siglo y claustro.

Y detrás está estendido
un cortinon de damasco,
mientras acuden las monjas,
de quienes suenan los pasos.

—Descórrese la cortina,
despues de muy breve rato,
y la comunidad toda
descúbrese al otro lado.

Fórmanla unas veinte monjas,
que con los velos echados,
y con las túnicas blancas,
y con los oscuros mantos,

Dan á la reja el aspecto
de algun espejo encantado,
donde un coro de fantasmas
se vé al conjuro de un mago.



La prelada alzóse el velo
con señoril pórté y garbo,
descubriendo un noble rostro,
pero ya sexagenario.

Al coronel un cumplido
hace oportuno, aunque largo;
y manda á las religiosas
alzar los velos opacos.

De varios gestos y edades
al descubierto quedaron
los semblantes compungidos,
todos modestos y gratos.—

Uno habia como un cielo,
de tanta beldad y tanto
atractivo, grave y noble,
que no es fácil ponderarlo.

Tez de nacar, y dos ojos
como poderosos rayos,
y los dientes como perlas
y como coral los labios.

Y una palidéz, y un todo
tan perfecto y sobrehumano,
que sin humillarle el alma
era imposible mirarlo.

Esta linda religiosa,
este prodigio, este encanto,
una rosa nacarada
llevaba en la diestra mano.

Con lo que Lara los ojos
clavó y cebó en ella incauto,
conociendo ser aquella
la que pretende su amparo.

Quedó como queda el ave
bajo el prestigio tirano
de los ojos de la sierpe,
de quien va luego á ser pasto.



La prelada muy oronda
y con gran despejo hablando,
refirió á los circunstantes
las misas y los rosarios

Que por los reyes Borbones
el monasterio ha aplicado,
y las predicciones cuenta
de varias santas y santos,

Que aseguran el dominio
de Italia en Felipe y Carlos,
por ser de la madre iglesia
hijos predilectos ambos.

Y luego las monjas todas,
ora en tiple, ora en contralto
mil sandeces refirieron,
mil tontunas preguntaron,

Que con rubor escuchaban
los clérigos y el vicario,
retozándoles la risa
á los otros en los labios.



La que no habló una palabra
indiferencia afectando,
fue la hermosa, que el extremo
ocupaba de un escaño.

Si era pasmoso su rostro,
su talle era tan gallardo,
que ni las ropas mongiles
lograban desfigurarle,

Bien que aun en ellas habia
ya negligencia, ya ornato,
una y otro disonantes
con la austeridad del claustro.

Y tambien su alta belleza
demostraba á veces algo
como descompuesto, inquieto,
incomprensible y estraño.

Ya retorciendo de pronto
como convulsos los brazos,
ya revolviendo sus ojos
como vizcos y encontrados,

Ya frunciendo el entrecejo,
ya mordiéndose los labios;
pero todo pasagero,
rapidísimo, instantáneo.

Haciendo el desagradable
efecto, que en un buen cuadro,
la cabeza de una santa
de Murillo ó de Ticiano,

Que al resplandor de una vela
se está de noche mirando;
si á un soplo de viento oscila
la luz, y todos los rasgos,

Sombras, perfiles y toques,
se pierden, haciendo acaso
instantáneamente un mónstruo
del mas prodigioso encanto.



Un esquisito refresco
de almíbares delicados,
de sorbetes y vizcochos
sirvióse con aparato,

En su bajilla de plata,
y en sutilísimos vasos
de fábrica de Venecia
con cifras de oro y con ramos.

Del locutorio ambas partes
fáciles comunicaron
dos tornos, que revolvian
veloces á todos lados.

Dentro servian las legas,
demandaderos y hermanos
á fuera, obedientes todos
á la prelada y vicario.

Mediada estaba la tarde,
bajaba el sol al ocaso,
y ser la hora de la lista
los tambores avisaron.

El coronel levantóse
como militar exacto,
obedeciendo al momento
de las cajas el mandato.

Y con palabras corteses
demostrándose obligado
al convento y á las monjas
por su afecto y agasajo,

Se despide; y les ofrece
la proteccion del muy alto
infante, que de las tropas
coligadas tiene el mando.

La prelada entonces dice
muy obsequiosa: "Anhelamos
yo y mis hijas, que un recuerdo,
militares tan cristianos

» Lleven, ó señor, consigo,
y que pueda ser acaso,
como impenetrable escudo,
bueno en batallas y asaltos."

Y volviéndose á la linda
con noble desembarazo,
"Traed (prosigue) á estos señores
del monasterio el regalo."



Despareció, y al momento
tornó la hermosa, en las manos
trayendo un rico azafate
con cartas y escapularios.

Pasó el azafate el torno,
y el reverendo vicario,
siguiendo como discreto
la graduacion y los años,

Fue de cada concurrente
en el cuello colocando
aquella señal bendita,
y poniéndole en la mano

De hermandad sellada carta,
por la cual de los sufragios
é indulgencias del convento
gozarian como hermanos.

Pero ¡oh Dios! hay una carta
que no tiene escapulario,
y sin él, como el mas joven
y el menos condecorado,

Queda D. Juan, lo que pone
en gran apuro al vicario;
y lo nota la prelada,
que dice en tono muy ágrío:

“Dios os valga, hermana mia,
y que mal habeis contado.....
os pierde tanta viveza.....
id por otro escapulario.”

Corre la hermosa, figura
que donde están vá á buscarlo,
y torna al punto con uno
que llevaba preparado.

Lo presenta á la prelada,
esta se lo dá al vicario,
que en el cuello del mancebo
no retarda el colocarlo.

Y el coronel se retira
á la prelada encargando
que el regimiento encomiende
á Dios y á todos los santos.

ROMANCE IV.

UN COMPROMISO.

“Si á una principal muger
» oprimida, desdichada,
» contra su gusto encerrada,
» quereis, señor, proteger,
» Esta noche, pues no hay luna,
» á la pared de la huerta,
» que dá á una calle desierta,
» venid, solo, al dar la una.
» Y á la parte en que un ciprés
» descuella, hallareis subida,
» que por allí carcomida
» la tapia está, y baja es.

» Y por dentro una escalera
» ya colocada estará,
» que fácil paso os dará
» á do mi afan os espera.

» Mi humilde historia sabreis,
» y entonces, cual caballero.....
» Nada exijo, nada quiero,
» sino que me oigais y obreis.

» Me parece inoportuno
» á un español militar,
» á un hidalgo, asegurar
» que no corre riesgo alguno.

» Y encargarle por su honor
» que eterno el secreto guarde.
» No puedo mas, que es muy tarde,
» hasta la noche, señor."

Esto la carta decia
que D. Juan con ansia grande
sacó del escapulario
donde nunca debió hallarse.

Y que leyó varias veces
como si acaso dudase,
ser cierto de que pudiera
un empeño tan notable.

Encerrado en su aposento
está como delirante,
midiéndolo á largos pasos
y lo que ha de hacer no sabe,

Que es el violar la clausura
sacrilegio formidable
piensa, y se detiene un punto,
mas luego pasa adelante.

Y la beldad de la monja,
y su discrecion y talle,
y la opresion en que gime,
y su arrojo de citarle

Recuerda, y ya se resuelve;
cuando le ocurre lo grave,
lo criminal, lo espantoso
del paso á que vá á arrojarse,

Que no hay momento seguro
de existencia en los mortales,
y que la justicia eterna
todo lo castiga y sabe.

Va á desistir. Mas le asusta
que la nota de cobarde,
si no acomete la empresa,
con la dama ha de quedarle.

Y en su edad, salud y brio
juzga estar lejos el trance,
en que basta arrepentirse
al hombre para salvarse.

A su siniestra un demonio
tiene, y á su diestra un angel
que él no vé, pero que escucha
aunque le hablan sin hablarle.

¡Ay de Lara! El pecho cierra
al bálsamo saludable,
y al mortífero veneno
¡triste humanidad! lo abre.

«¡Dré, vive Dios, lo juro,»
alto esclama; que aunque nadie
con él esté, bien conoce
que le contradice alguien.



La ciudad un gran saráo
á los gefes y oficiales
daba aquella noche misma
con música, cena y baile.

Y Lara asiste un momento,
de su lijero carácter
dando, como siempre, pruebas,
esmerado en porte y traje.

Pero hubieran advertido
unos ojos penetrantes,
que en su locuaz alegría
y movimientos marciales,

De afectado y violento
daba muestras su semblante,
porque voces interiores
no cesaban de asustarle.



Era media noche en punto
cuando dejó Lara el baile,
y dos veces volver quiso
al verse solo en la calle.

Mas resuelto, vá á su casa
do toma su capa, y sale
seguido de su asistente,
á quien mandó acompañarle.

Por la ciudad, que dormia,
sin que otro rumor sonase
que el eco de los violines
ó de algun buho los ayes,

Vaga el joven como loco,
porque el demonio y el ángel
dentro de su mismo pecho
aun empeñados combaten.

Del eterno los juicios
santos son é inescrutables.
Sonó en el reloj la una
y decidióse el combate.



Lara del convento llega
á los humildes tapiales,
que allí atiende á su asistente
manda, y decidido parte.

El ciprés erguido mira,
que taladrando los aires,
aparece entre las sombras
vago, aterrador gigante.

La pared registra, advierte
derruidos los sillares
de la planta, los ladrillos
descarnados, desiguales.

Tienta, y vé que ofrecen paso,
y que aun ya lo han dado antes;
audaz trepa, y en la barda
llega pronto á cabalgarse.—

Le pasma el hondo silencio
y la oscuridad fragante
de aquel huerto, que domina
sin ver nada. Escucha el suave

Murmullo de agua corriente,
y de las hojas que el aire
mece con su dulce soplo....
¡ay! aun puede retirarse.

Mas no se retira. Encuentra
cerca con los dos varaes
de una escalera de mano.
En ella logra afirmarse;

Desciende sin saber donde,
y al tocar la tierra, sale
de detrás de un tronco, un bulto
que por el brazo le ase

Con una mano convulsa;
y una voz, que apenas sabe
si es voz, le dice: *Seguídme*,
y anda el bulto sin soltarle.

Por la confusion medrosa
de tinieblas impalpables
á tal hora, con tal guía,
y sin saber á qué parte

Vá Lara, como caminan
tras su destino inmutable
sin verlo, del ciego mundo
por las sombras, los mortales.

ROMANCE V.**LA MONJA.**

DE una reducida celda
en el estrecho recinto,
que un claro belon alumbra
encima de un pagecillo,

Se encuentra confuso Lara,
cual por encanto metido
con la misteriosa guia
que le ha llevado á aquel sitio.

Mira en derredor, y encuentra
á un lado un lecho mezquino,
al otro un reclinatorio
y sobre él un crucifijo.

Dos muy capaces armarios
de nogal negro, un antiguo
escritorio, y taburetes
por la pared repartidos.

Y en medio un bufete halla
cubierto de mantel limpio,
con tortas, bizcochos, dulces,
conservas y pastelillos,

Dos copas y dos redomas,
que una de agua, otra de vino
parecen, y dos cubiertos
todo muy pulcro y prolijo.

La vista en seguida clava
en quien alli le ha traído,
que ya al descubierto ostenta
de su porte el atractivo.

Y si pensó aquella tarde
que era un sol el rostro lindo
de la monja, ahora lo juzga
un encantador prodigio.



Depuestos el velo y manto
descubre todo el hechizo
de su esbelto y noble talle,
de su donaire y su brio.

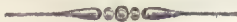
Y como no la contienen
los importunos testigos,
que acaso en el locutorio
de sus gracias fueron grillos,

Ostenta todo el tesoro
que el cielo donarle quiso
de belleza y gallardía,
y el de sus modales finos.

Con sonrisa seductora
y con ojos espresivos
se acerca á D. Juan, que mudo
se vé cual jamás se ha visto.

Le ase amorosa una mano,
y "Descansad, señor mio,
tomad algun refrigerio,
y estad seguro y tranquilo,"

Le dice. Blanda le acerca
á aquel bufete provisto,
y le ruega que se siente
con gran ternura y cariño.



Lara torna en sí, se esfuerza,
recobra el genio nativo,
y lo pasado y futuro
dando lijero al olvido,

De su temor se avergüenza,
sonrójase de sí mismo,
y de solo lo presente
entrégase á los delirios.

Y "No estrañéis, ó señora,
ó sol, ó encanto divino,
(dice) se muestre cobarde
con su señor el cautivo.

»Ni que dude de tal dicha
quien de ella se juzga indigno,
y piensa que es el juguete
de un ensueño fugitivo.

»Un volcan arde en mi pecho,
su fuego solo respiro,
y jamás sentí en el alma
mas delicioso martirio.

»Vos sola, vos....." Levantóse
tan resuelto de improviso,
que atrás la monja dos pasos
dió con ademan esquivo,

Y lanzando una mirada
de indignacion y desvío,
en tono grave y resuelto
"Teneos, ¿qué haceis? (le dijo.)"

El militar arrogante,
aterrado y confundido,
á ocupar volvió su silla
mas humilde que un novicio.

Pasmado de que un semblante
pueda tener tal prestigio,
que baste á imponerle freno
á tal hora y en tal sitio.



La monja ya asegurada
de que tiene poderío
para anonadar los planes
de aquel audaz libertino,

Torna á desplegar astuta
sus encantos y atractivos.
Siéntase enfrente de Lara,
y en él ambos ojos fijos,

Le alarga un tierno bizcocho
y le escita el apetito,
diciéndole que ella misma,
con cuidado muy prolijo

Lo ha elaborado anhelosa,
del dulce mas esquisito,
para regalo del huésped
que en su socorro ha venido.

Lara otra vez recobrando
su suelto y marcial estilo,
lo come, y aun otro toma,
lo que dá gran regocijo

A la engañadora maga,
que echa en una copa vino
y le dice: "Este es regalo
que la Navidad me hizo

» Mi hermana, señor, mi hermana;
apurad gozoso el vidrio,
y gane el licor por suyo
lo que pierda por ser mio."—

“Brindemos por ella entrambos,”
(contesta don Juan) y fino
vá á servirle en la otra copa.
Mas ella estórvalo, y dijo:

“Brindaré con agua pura,
que aunque es muy suave este vino,
por no estar acostumbrada
pudiera serme nocivo.”

Don Juan el agua le sirve,
y bebe ella al tiempo mismo
que el otro el bálsamo apura,
que era añejo y esquisito.

“De Chipre es, y es excelente
(dice D. Juan) vive Cristo.”—

“El comendador de Malta,
que vos conóceis, mi tío,

» En su galera lo trajo
cuando volvió del Egipto,”
contestó la religiosa
con un gracioso remilgo.

“Es un néctar,” (dice Lara)
y otra copa llenar quiso,
mas la monja le detiene
con un afable sonriso,

Diciéndole: “La cabeza
fuerza es conservar y el tino,
que aun nos queda que hacer mucho
y es el tiempo fugitivo.”

Lara aquella mano toma,
que le ataja, y espresivo
en ella imprime los labios,
y se dá por convencido.



La monja se alza, y severa
"Señor D. Juan, es preciso
(dice) no perder momento
y que se cumpla el designio
» Con que os he dado esta cita,
á que habeis correspondido.
Vais á hacer un gran viage,
para hacerme un gran servicio.
» Y por ahorrarme palabras,
y que sepais por vos mismo
mis mas ocultos secretos,
y la proteccion que exijo,
» Abrid aquel grande armario,
no vacileis, os suplico,
y ayudadme cual valiente:
abridlo, D. Juan, abridlo."

Subyugado por el tono
del mandato imperativo,
y por demostrar que nada
atemoriza su brio,

Va D. Juan, abre el armario,
y á sus pies cae al abrirlo,
de un caballero el cadáver
con ricas ropas vestido.

Queda helado, queda mudo,
queda transformado en risco,
en tan espantoso objeto
los ojos clavados, fijos.

Cuando oyó la voz tremenda
de la monja, que el rugido
le parece de una tigre,
ó de voráz hiéna el grito,

Que de este modo le explica
hallazgo tan imprevisto,
alumbrando con un rayo
aquel ciego laberinto.



“Ese objeto que os asombra
una víctima es, D. Juan,
de su infame alevosía,
de su perfidia faláz.

» Un ejemplo de que nunca
hembras de mi calidad
los engaños y traiciones
sin venganza sufrirán.

» Con sus fingidas palabras,
ese, que no es nada ya,
logró rendir mi altiveza,
logró oprimir mi beldad,

» Logró encender en mi pecho
un infierno, no un volcan;
y un gran pecho no se inflama
impunemente jamás.

» Mi amor, que era inapreciable,
pagó con iniquidad,
y mis grandes sacrificios
con un engaño infernal;

» Ante Dios, en los altares,
con otra que no es mi igual
en sangre ni en hermosura,
pero que en ventura es mas,

» Ligó su suerte, poniendo
entre él y yo por su mal,
un insuperable monte,
un embravecido mar.

» Lloré, maldije, encontréme
de la muerte en el umbral,
que la violencia del golpe
me hundió en una enfermedad;

» Y por no ser el objeto
de la burla general,
de los sarcasmos del mundo,
de la charla popular,

» Me encerré en estas paredes,
donde he sabido pasar,
preparando mi venganza,
tres largos años en paz.

» Y la he logrado. El aleve
vino por casualidad
de esta asoladora guerra
abrigo en Parma á buscar.

» Lo supe, todos sus pasos
hice perseguir sagaz,
el señuelo de un billete
atrajo su liviandad;

» Y por esa tapia misma
que os abrió paso, D. Juan,
y por el mismo camino
que os ha conducido acá.

» Cenó, cual vos, á esa mesa,
y á mi ruego pertinaz
brindó con vino de Chipre
como acabais de brindar;

» Y en ese lecho una muerte
al instante tuvo, tan
espantosa, que aun me gozo
con su agonía final.

» Encerrado en ese sitio
hace dos dias está,
que falta de fuerza, en vano
lo he pretendido sacar.

» En este terrible apuro
llegasteis, os ví galan,
enamorado, valiente,
al bien dispuesto y al mal;

» Y sabiendo que á mi hermana
habeis osado burlar,
(asunto que para luego
suspendido quedará;)

» De todos mis planes juntos
ví cerca la realidad,
y hasta os trajo mi fortuna
tan cerca de aquí á morar.

» Y os he llamado á mi celda,
(cuando juzgabais quizás,
que á ser dichoso en mis brazos,)
un cadáver á enterrar.

» Sús, al punto en vuestros hombros
esa carga colocad;
y si osais mover la lengua
ó hacer de no el ademan,

» Vive Dios que esta pistola,
aspid fiero de metal,
con su ponzoña ó su fuego,
ceniza, nada os hará;

» Y en vez de uno habrá dos muertos,
que otro menguado á sacar,
enredado con mis artes,
cual ese y cual vos, vendrá.”



Aterrorizado Lara,
viendo á la furia ó vestiglo
que le apunta una pistola,
pronta á vomitar el tiro,

Y sintiendo por intantes
un fuego lento en sí mismo
que le abrasa las entrañas,
que le turba los sentidos,

Por salir al aire libre
de aquella celda ó abismo,
donde del infierno juzga
escuchar los roncos gritos,

Obedece; y en sus hombros
coloca el cadáver frio,
y sigue tras de la monja
acobardado y sumiso.

ROMANCE VI.**ALGO MAS.**

ALLÁ en un bñjo terreno
de la huerta, hñcia una punta
que tapias y matorrales,
y espesos troncos ocultan;

Envuelta en su velo y manto
estñ la tal monja, ó furia,
como aterrador fantasma,
de pié y con la boca muda.

En la mano una linterna
tiene, que en sombras confusas
deja escondido su cuerpo,
y con luz de infierno alumbra

A sus pies, delante de ella,
una zanja ó sepultura,
que D. Juan con una azada
estñ haciendo mas profunda.

Se vé en uno de sus bordes
el cadáver: y resulta
un cuadro raro, espantoso,
de un efecto que espeluzna.

Reina silencio profundo,
y solamente se escucha
el grave vuelo, y los ayes
de una agorera lechuza;

Y los golpes de la azada
que entre la tiniebla oscura,
á la luz de la linterna
con vivas chispas relumbra.

Que sus fuerzas desfalleren,
que su helada frente suda
siente D. Juan, y el trabajo
harto espantoso apresura.

Cuando la monja bastante
el hoyo á su intento juzga,
la linterna levantando
sus luces derrama astuta

De D. Juan en el semblante,
para examinar si alguna
señal dá ya del efecto,
que por momentos calcula.

Y algo vió, pues presurosa
dijo: "Ya es harto profunda
la huesa: echad el cadáver,
y que esa tierra lo cubra."

Y la linterna dejando
sobre la hierba, le ayuda
con los pies y con las manos
á llenar la sepultura.

Y así que quedó el terreno
igual, sobre él acumula
hojas, ramages y piedras
que el fresco trabajo encubran.



Encarando nuevamente
la luz á la faz adusta
de D. Juan, lo que esperaba
advirtió en ella sin duda.

Pues con satánica risa,
“¿Estais cansado?” (pregunta.)
Lara contestarla quiere,
mas la lengua se le anuda.

La monja reconociendo
que el habla le dificulta
ya el estertor, que lo ahoga,
urgir los momentos juzga.

Ya vé sus planes cumplidos,
y que ya nada aventura
con quien está que no puede
revelar cosa ninguna.

Y la linterna soltando,
saca, amartilla y apunta
á D. Juan una pistola,
y estas palabras pronuncia:

“Cumplisteis con vuestro empeño,
yo con mi venganza justa,
pues al alevoso encierra
el secreto de esta tumba.

» Y tambien está vengada
mi hermana infeliz, que nunca
sin venganza se han quedado
las hembras de nuestra alcurnia.

» Ahora marchad; salid luego
por do entrasteis en mi busca.
Salid, á tener descanso
de tan laboriosa angustia.”

En tanto que aquesto dice
á que se mueva le ayuda,
que ya es llegado el momento
y la detencion le asusta.

Lara, de quien los sentidos
se confunden y se turban,
de quien se traba la lengua,
de quien los oidos zumban,

Anhela tan solamente
alejarse de tal furia,
y salir de aquel infierno
en donde un monte le abruma.

De una horrenda pesadilla
ser presa se le figura,
y por despertarse de ella
el desventurado lucha.

Tropezando en cada mata,
y por mas que lo procura,
sin que en gritar le obedezca
la lengua helada y convulsa;

Mas que ayudado, arrastrado
por la monja furibunda,
hácia el lugar consabido,
entre las sombras oscuras,

Llega al ciprés. La escalera
está en la tapia. Con suma
fatiga sube; su guia
con brazos y hombros le ayuda.

Y al verle sobre la barda
asi en ronca voz le insulta,
retirando la escalera
con la que á D. Juan empuja:

"Sabed, menguado, que el vino
de Chipre, que tanto os gusta,
con el agua de Tofana
se confecciona y se endulza."

Lara á la parte de afuera
por la tapia se derrumba,
cae á la calle, arrastrando
andar por ella procura.

Tardamente lo consigue,
entre visiones confusas,
deborado de dolores
que el cuerpo le descoyuntan;

Abrasadas las entrañas,
porque ya solo circula
fuego en sus venas.—Al cabo
llega con fatiga mucha

Do el soñoliento asistente
le espera, sin que presuma
de dónde viene su amo,
ni que es lo que le atribula.

Que de alguna francachela
ébrio sale, se figura,
como suele, y lo levanta,
sin susto, por darle ayuda.

Alzó un cadáver..... La monja
en calcular era ducha
la maldita agua Tofana,
invencion que Dios confunda.

BAILÉN.

AL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO JAVIER CASTAÑOS,

DUQUE DE BAILÉN.

ROMANCE I.

SEVILLA.

A la capital risueña
de la andaluza comarca,
que Hércules fundó de Bétis
sobre las fecundas aguas,

La que cercó Julio César
de muros y torres altas,
la que ganó San Fernando
con Garci-Perez de Vargas;

A la opulenta Sevilla,
la del encantado alcázar,
la del magnífico templo,
la de la torre gallarda.

Emporio de la riqueza,
de claros ingenios patria,
y que en los brazos dormía
de la paz y la abundancia;

Llega de cálido polvo
dejando en pós nube blanca,
que los caños de Carmona
á la vista borra y tapa,

Un anhelante correo
en una sudosa jaca,
cuyo hjar la espuela rompe,
y á quien da un látigo alas.

El rostro como de azufre,
los ojos como de brasa,
demuestran que es mensajero
de peligros y desgracias.

En corto momento esparce
nuevas de tal importancia,
vértigo tan repentino,
y tan mágicas palabras,

Que la ciudad toda altera,
que la ciudad toda alarma;
y la dormida laguna
en mar borrascoso cambia.

Súbito clamor confunde
las antes tranquilas auras,
y agitado el pueblo inmenso
hierva en las calles y plazas.

Plebeyos, nobles y grandes,
canónigos, hombres de armas,
frailes, doctores, artistas,
traficantes y garnachas,

Solo un cuerpo humano forman
donde solo vive un alma,
que un solo afán precipita,
y que un solo grito lanza.

No hay ya opuestos intereses,
no hay ya clases encontradas,
no hay ya distintos deseos,
no hay ya opiniones contrarias,

Ni mas pasión que la ira,
ni mas amor que la patria,
ni mas anhelo que guerra,
ni mas grito que *venganza!*



Palacios, talleres, templos,
conventos, humildes casas,
academias, tribunales,
lonjas, oficinas, aulas,

Tórnanse en cuartel inmenso
donde solo crujen armas,
solo retumban tambores,
solo se alistan escuadras.

Plumas, estevas, ciriales,
pesos, báculos y varas,
y hasta abanicos y agujas
se convierten en espadas.

En guerra y muerte terminan
de los templos las plegarias.
Terminan en guerra y muerte
los procesos y contratas.

En guerra y muerte concluyen
de amor las dulces palabras,
y desde el sabio discurso
hasta las vulgares charlas.

Vamos á matar franceses!
prorumpe con fiera audacia
turba de inocentes niños,
que hace fusiles de caña.

Vamos á matar franceses!
dice el anciano, que arrastra,
del báculo con la ayuda,
de un siglo entero la carga.

Vamos á matar franceses!
grita el jóven, que la espalda
del potro indómito oprime
blandiendo una antigua lanza.



De la gran ciudad cabeza,
la gigantesca giralda,
con lengua de eterno bronce,
cuya voz seis leguas anda,

Al huracán ensordece,
sobrepuja á las borrascas,
conmueve la baja tierra,
y el firmamento traspasa,

Guerra pregonando al mundo,
á *guerra* convoca y llama
á toda la Andalucía,
á toda la estensa España.

Y ciñe la erguida frente,
al llegar la noche opaca,
de una corona de hogueras,
que viento y lluvias no apagan:

Bandera del fuego santo
que se ha encendido á sus plantas,
Cráter del volcan tremendo,
que en la gran Sevilla estalla.

ROMANCE II.

LA AGRESION.

DE oro, de hierro, de barro
inmensurable coloso,
la frente en las altas nubes,
el pié en los abismos hondos;
De infierno, de cielo y tierra,
un incomprensible aborto,
un prodigioso compuesto
de angel, de hombre y de demonio,
Alzó de Francia perdida,
con su brazo portentoso,
para en él tomar asiento
el despedazado trono.

Idolo de doce siglos,
y de cien monarcas sólio,
que desaparecer vió el mundo
terrorizado y absorto

Cuando crímenes, virtudes,
pasiones, furias, enconos,
saber, ignorancia, errores,
héroes, gigantes y mónstruos,

De sangre en un mar lo ahogaron
y bajo un monte de escombros
lo sepultaron y hundieron
con universal trastorno.

Alzóle pues, (para tanto
Dios le dió fuerzas á él solo)
y aun juzgó para su mole
pedestal tan grande poco.

Y desde él mandaba el mundo
llevando de polo á polo
de tempestades armada
la fuerte mano á su antojo,

Con un millon de soldados
á quienes él daba el soplo
de vida, y con su gran nombre
un talisman prodigioso.

Con un ceño de su frente,
con un volver de su rostro,
desaparecian imperios
y se trastornaba el globo.



Este portento, este númen
de bien, de mal, de uno y otro,
tornó al tranquilo Occidente
los asoladores ojos.

Y vió á la fecunda España,
la cosechera del oro,
quemando en su altar inciensos,
por su gloria haciendo votos:

En actitud tan humilde,
de entusiasmo en tal arrobó,
que era poderosa ayuda,
sin poder ser nunca estorbo:

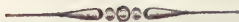
Y de amiga bajo el nombre
tan adoradora en todo,
que sangre, riqueza, fama
juzgaba holocausto corto.

Mas prevaleciendo acaso
en el pecho del coloso
la parte aquella de infierno,
y la maldad de demonio,

Gritó: "Yo no quiero amigos,
» porque esclavos quiero solo,
» ¿cómo aun está enhiesta España?...
» póngase ante mí de hinojos.

» Bese mi soberbia planta,
» hunda la frente en el polvo,
» y el palacio de sus reyes
» de escabel sirva á mi trono."

Dijo, y de armas y guerreros
por el Pirene fragoso
torrente tremendo baja
al hispano territorio.



Tal vez la celeste parte
le dió á conocer de pronto
que iba á despertar leones
con armígero alboroto.

Y la otra parte mezquina
de hombre, tierra, fango y lodo
le decidió á usar del fraude,
de la perfidia y del dolo.

Enmascaró sus legiones,
dió mentido aspecto al rostro,
vistió de oliva las armas,
llamó tierno amor al odio;

Y cuando en abrazo inícuo
ahogó traidor y alevoso
á los príncipes incautos,
que en él buscaron apoyo;

Y del régio Manzanares
en el coronado emporio
en esterminio el halago,
la oliva tornó en abrojos;

Hospitalidad, caricias,
bendiciones y tesoros
pagando con hierro, muerte,
incendios, estupros, robos;

Se derramaron sus huestes
á asegurar el despojo,
á encadenar toda España,
juzgando vencido todo.

Y ya de Sierra-Morená
humillan con fiero gozo
la alta cerviz, y registran
con desvanecidos ojos

De Guadalquivir fecundo
los encantados contornos,
á que preparan insanos
la esclavitud y el oprobio.

Y aparecen á lo lejos
tan aterradoras, como
la encapotada tormenta,
que en alas del viento ronco,

De ardientes rayos preñada
anuncia con truenos sordos
que á asolar viene los campos,
y las riquezas de agosto.

He aquí la angustiosa nueva
y el conjuro que de pronto
causó en la noble Sevilla
tan impensado trastorno.

ROMANCE III.

LA VICTORIA.

¡BAILEN!... ¡Oh mágico nombre!
¡Qué español al pronunciarlo
no siente arder en su pecho
el volcan del entusiasmo?

¡Bailen!... la mas pura gloria
que ve la historia en sus fastos,
y el siglo presente admira,
sentó su trono en tus campos.

¡Bailen!... en tus olivares
tranquilos y solitarios,
en tus calladas colinas,
en tu arroyo y en tus prados

Su tribunal inflexible
puso el Dios tres veces santo,
y de independencia eterna
dió á favor de España el fallo.

Incline la tierra
su mísera frente
al omnipotente
de Francia Señor.
¡Viva el emperador!

Es Dios de la guerra,
y de polo á polo
su brazo tan solo
será el vencedor.
¡Viva el emperador!

Segura tenemos
aquí la victoria,
sin riesgo, sin gloria,
pero rica asaz.

Marchemos, gocemos
las grandes riquezas,
é insignes bellezas
de España feraz.

¡A Francia gloriosa
quién hay que lo estorbe?
Rendido está el orbe
á su alto valor.

¡Viva el emperador!

Su ley poderosa
la España reciba.
Avancemos, viva
de Francia el Señor!
¡Viva el emperador!

Asi en infernales voces
los invencibles, que hollaron,
sembrando esterminio y muerte,
la Europa del Neva al Tajo,

Las silenciosas cañadas,
y los fecundos collados
de Bailen, al sol naciente
con gozo infernal turbaron,

De clarines y tambores
de armas, cañones y carros,
relinchos y roncós gritos
tormenta horrenda formando ;

Mas sin saber que una tumba
era el espacioso campo
por donde tan orgullosos
osaban tener el paso.



De repente de la parte
del sur el viento los trajo
rumor de armas y de hombres,
y los ecos de este canto.

“Ya despertó de su letargo
de las Españas el Leon,
antes morir que ser esclavos
del infernal Napoleon.

Viva el rey, viva la patria
y viva la religion.”

Y aparecen los guerreros
del Guadalquivir preclaro,
sin pomposos atavíos,
sin voladores penachos.

La justicia de su parte
y la razon de su bando,
con Dios en los corazones
y con el hierro en las manos,

Y aunque en la guerra visoños,
y aunque con orden escaso,
llevan resuelto á su frente
al valeroso CASTAÑOS.

Los fieros debeladores
de la Europa asombro y pasmo,
los fuertes, los invencibles
de mil triunfos coronados,

De limpio acero vestidos,
con oriental aparato,
de oro y dominio sedientos,
de orgullo bélico hinchados,

Y teniendo á su cabeza
la sien ceñida de lauros
á Dupont, caudillo esperto,
duro azote del germano,

Ven con desden y desprecio
como á inocente rebaño,
que al matadero camina
y piensa que va á los prados,

Una turba que ha dos meses
en el taller y el arado,
ni cargar una escopeta
era posible á sus manos.

Y en carcajadas de infierno
y en burladores sarcasmos
prorumpen, y furibundos
al fácil triunfo volaron.



No tan fácil!: bramadoras
las ondas del Oceano
del huracán empujadas
tienden el inmenso paso.

Ráen las arenas profundas
de los abismos, al alto
firmamento, entumecidas,
van á encontrar á los astros.

Tragan voraces y rompen
y aniquilan todo cuanto
pone á su furor estorbo,
pone á su curso embarazo.

Y en la humilde y blanda arena,
ó en el informe peñasco
donde el dedo eterno
escribe *hasta aquí*, pedazos

Se hace su furia espantosa,
se estrella su orgullo insano,
y en espuma rota vuela
su poder, del orbe espanto.

*"El español ardimiento,
su fé viva, su entusiasmo
sean la muerte del coloso;"*
Pronunció de Dios el labio.

Y lo fueron.—Los valientes
de luciente acero armados,
los granaderos invictos,
los beligeros caballos,

Los atronadores bronces
y los caudillos bizarros
que las elevadas crestas
de Mont-Sení y San Bernardo

Camino fácil hicieron,
que las ondas humillaron
del Vístula, y del Danubio,
del Mosa, del Rhin y el Arno,

No pueden la mansa cuesta
trepar del collado manso
de Bailen, ni al pobre arroyo
del Herrumbral hallar vado.

Y los que mares de fuego
intrépidos apagaron,
y muros de bayonetas
hundieron con un amago,

Del español patriotismo
á los encendidos rayos,
al hierro de los visoños,
al tiro de los paisanos

No osan resistir. Desmayan
y se fatigan en vano:
retroceden, se revuelcan
en tierra hombres y caballos:

Y las águilas altivas
humillan el vuelo rauda
ensangrentadas sus plumas,
hasta perderse en el fango.

Y rendidas las legiones,
que al universo humillaron,
encadenadas desfilan,
vuelta su gloria en escarnio,

Ante turba que ha dos meses
en el taller y el arado,
ni cargar una escopeta
era posible á sus manos.



¡Viva España!!! gritó el mundo,
que despertó de un letargo,
al grande estruendo apagóse
en el firmamento un astro.

Y al tiempo que ante las plantas
del noble caudillo hispano
Dupont su espada rendia,
y de sus sienes el lauro,

Desde el trono del eterno
dos arcángeles volaron.

Uno á dar la nueva al polo
su nieve en fuego tornando,

Otro á cabar un sepulcro
en Santa Helena, peñasco
que allá en la abrasada zona
descuella en el Oceano.



LA VUELTA DESEADA.

ROMANCE I.

ENTRE aquellos olivares
que Torreblanca domina,
y ciñen de un lado y otro
el camino de Sevilla,

Por un atajo atraviesa,
para llegar mas de prisa,
una carretela verde
con una gran vaca encima;

Toda cubierta de barro,
tableros, muelles y viga,
de barro seco y reciente,
y de tierras muy distintas.

Cuatro andaluces caballos,
que en torno lodo salpican;
en humo y sudor envueltos
de ella presurosos tiran;

Y del postillon las voces
con que los nombra y anima;
del látigo los chasquidos,
que los acosan y ostigan;

El son de los cascabeles,
y el de las ruedas que giran
rápidas, tras sí dejando
dos huellas no interrumpidas;

Forman estruendo confuso,
y que viene posta avisan
á los carros y arrieros,
que hácia un lado se desvían.

Dentro de la carretela
un hombre aun jóven camina,
que revuelve á todos lados
la desencajada vista.

Es Vargas: alegre torna
de su patria á las delicias,
despues de vagar seis años
emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla
en cuantos objetos mira,
y en árboles, tapias, lindes
dulces memorias antiguas:

Lo pasado y lo presente
anudando vá, y delira
entre esperanzas risueñas
y entre ya pasadas dichas.



Trastornos, persecuciones,
desventuras, injusticias,
en sus mas floridos años
le arrancaron de Sevilla,

Abandonando riquezas,
honores, nombre y familia,
y dejándose allí el alma
en el pecho de Jacinta.

Jacinta, encanto y adorno
de toda la Andalucía;
y por sus luengas pestañas,
por su apacible sonrisa,

Por los graciosos hoyuelos
que avaloran sus mejillas,
por su cuerpo primoroso
y por sus formas divinas,

Por su gracia y su talento
y su modestia espresiva;
el hechizo de los hombres,
de las mugeres la envidia.

Diez y seis años contaba,
cuando Vargas, alta dicha!
logró conmover su pecho
y agitar su alma sencilla,

Al par que el amable jóven
ardió en la pasión mas viva,
al mirar á una doncella
tan inocente y tan linda.

En sus puros corazones
creció desde la hora misma,
y el trato y correspondencia
acrecentó en pocos días,

Un primer amor de aquellos
que las estrellas combinan,
amor que de dos personas
el destino eterno fija.

En los lazos de himeneo
á unirse dichosos iban,
con el aplauso felice
de sus contentas familias;

Cuando se alzó tronadora
la borrasca embravecida,
que, infelices! confundiólos
del infortunio en la sima.

Seis años, oh cuán eternos!
Vargas por tierras distintas
huyó infelice, luchando
del Destino con las iras,

Sin encontrar de consuelo
ni de esperanza mezquina,
un solo sueño de noche,
un solo rayo de día.

Las extranjeras beldades
estátuas le parecían,
las ciudades opulentas
que el orbe humillado admira,

Desiertos.... Ay! pero puede
feliz llamarse en su cuitas,
venturoso en su destierro,
fortunado en sus desdichas.

Creció el amor con la ausencia
en el pecho de Jacinta,
que la distancia y el tiempo
al que es verdadero, afirman.

De cuando en cuando se cruzan
papeles que lo acreditan,
cartas trazadas con llanto,
cartas con el alma escritas.

ROMANCE II.

TODO en el mundo es mudable,
ni el bien ni el mal son eternos:
la apacible primavera
sigue al rigoroso invierno;

A la oscura noche el día,
y á la borrasca, que al cielo
empañoó con densas nubes
y asustó con rudos truenos,

La calma serena y pura.
Así suelen á los tiempos
de desventuras y llantos
seguir de paz y consuelo.

Del Rhin en la orilla helada,
abrumado de sí mismo,
Vargas proscripto gemía
su fortuna maldiciendo;

Cuando noticias recibe
de que la patria le ha abierto
las puertas.... Júzgalo absorto
ilusion de su deseo;

Mas Jacinta se lo escribe,
y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta.... de la madre
de Jacinta.... que al momento

Vuele á Sevilla, le ruega,
en donde dará Himeneo,
el dia de su llegada,
á tan constante amor premio.



No la paloma, que presa
llora en doloroso encierro,
si acaso un resquicio mira,
tiende apresurado el vuelo

Hácia el palomar y nido,
en donde vió el sol primero;
ni el torrente, á quien contuvo
el malecon interpuesto,

En cuanto lo encuentra roto,
se arroja á su antiguo lecho,
y por él se precipita
hácia la mar, que es su centro;

Tan veloces como Vargas
corre, sin tomar resuello,
á Sevilla: los instantes
son para él siglos eternos.

Montes, llanuras, ciudades,
rios, Estados diversos
atrás deja, y los caballos
de tardos acusa y lentos.

Ya salva las altas cumbres
del nevado Pirineo;
entra en España, ya escucha
la lengua de sus abuelos....

Qué importa? ni un solo instante
retarda su raudo vuelo.
Halla á cada paso amigos,
halla intereses y deudos:

No se para, corre, corre,
que tiene en Sevilla puesto
su afán, y hasta que descubra
la Giralda, no hay sosiego.



Apenas ha quince días
que en las márgenes del Reno
de su Jacinta la carta
leyó, juzgándolo sueño;

Y los caños de Carmona
vé á su siniestra creciendo,
y al frente la antigua puerta,
para él la puerta del cielo.

Cualquiera muger que mira
en mantilla y de paseo,
que es Jacinta que le espera,
juzga, y le palpita el pecho.

Al llegar se desengaña
y en otra que vé mas léjos....
Jacinta fuera de casa
está, sí, sale á su encuentro.

Era en punto medio dia:
entra por fin, y molestos
los guardas el carruaje
detienen corto momento.

Los maldice y les dá oro,
porque le detengan menos:
corre, al postillon le grita,
y torna á marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles
echa pestes y reniegos
á cada lenta carreta,
á cada corro interpuesto,

Qué á templar el paso obliga
de los caballos ligeros,
y anheloso á verse llega
de la ciudad en el centro.



Oye de fúnebres cantos
el triste son desde léjos,
se aproxima, y por la calle
que va á tomar, un entierro

Pasa. Con hachas de cera,
pobres, vestidos de negro,
van de dos en dos; los siguen
las cofradías; á lento

Paso un féretro se acerca,
de un blanco paño cubierto,
con una palma y corona
de blancas flores.... Agüero

Terrible! que es de doncella
principal y de respeto
el funeral le parece....

Hierve taciturno el pueblo

En derredor. Manda Vargas,
turbado con tal encuentro,
que tome por otra calle,
al postillon. Revolviendo

Este los caballos, torna
por un callejon estrecho,
y á la casa ansiada llega
despues de corto rodeo.

Mucha gente en los balcones
está, mostrando en sus gestos
sorpresa de que en tal dia
llegue á la casa un viajero.



Párase la carretela:
la puerta está abierta, yermos
el ancho portal y el patio;
reina en la casa el silencio.

De un salto Vargas se apea;
corre á la escalera presto;
de ella por un lado y otro
de cera advierte un reguero

Reciente. Veloz la sube,
abre la mampára.... Cielos!
colgada está la antesala
en reedor con paños negros.

Enlutada una gran mesa
mira colocada en medio,
y en sus cuatro ángulos arden,
sobre cuatro candeleros

De plata, cándidas velas
consumidas casi: el suelo
cubren deshojadas flores,
siemprevivas y romero.

Dios!.... pobre Vargas! absorto,
sin voz, sin alma, y en hielo
convertido, ni respira.
Ojos cual los de un espectro

Gira en derredor; se ahoga
sin respiracion su pecho.
Volviendo en sí un corto instante,
oye llorar allá dentro;

Cuando se abre lentamente
una puerta que al momento
se cierra, y un sacerdote
que por ella sale, lleno

De lágrimas el semblante,
(de dar en vano consuelo
viene á una madre infelice)
queda inmoble á Vargas viendo.

Vargas le mira, y no alienta;
mas tras de breve silencio
rompe al cabo, y le pregunta
con un angustiado esfuerzo,

“Dónde está?”..... Quedóse helada
su lengua. Fáltale aliento
al turbado sacerdote,
y con agitado aspecto

Alza el rostro, y levantando
la diestra, señala al cielo.
Vargas le comprende; arroja
un alarido de infierno;

Huye veloz, la escalera
baja delirante, ciego
nada ve, corre cual loco
por las calles, y muy presto

Desaparece.—En Sevilla
la noticia cunde luego
de su llegada: le buscan
sus amigos y sus deudos.

Todo, todo en vano: algunos
dan señas de que le vieron
junto á la Torre del oro,
cuando el sol ya estaba puesto.



En un remanso, que forma
el Guadalquivir no lejos
de Gelves, á las dos noches
unos pescadores vieron,

A la luz de escasa luna,
de un jóven ahogado el cuerpo
vestido aun. Procuraron
compasivos recogerlo;

Pero al llegar con la barca,
y al agitar con los remos
el agua, veloz corriente
llevó el cadáver. Suspensos

Siguiéronle un corto rato
con los ojos, y muy presto
fué leve punto en las aguas,
y de vista lo perdieron.



EL SOMBRERO.



ROMANCE I.

LA TARDE.

ENTRE Estepona y Marbella,
una torre fulminada,
hoy nido de aves marinas,
y en otro tiempo atalaya,

Corona con sus escombros
una roca solitaria,
que se entapiza de espumas,
cuando las olas la bañan.

A la derecha se estiende
una humilde y lisa playa,
cuyas menudas arenas
humedece la resaca;

:

Y oculta entre dos ribazos
forma una escondida cala,
abrigo de pescadoras
ó contrabandistas barcas.

A este temeroso sitio,
mientras lento declinaba
á ponerse un sol de otoño
entre celajes de nacar;

Estando el viento adormido,
la mar blanquecina en calma,
y sin turbar el silencio
de las voladoras auras,

Sino el grito de un milano
que los espacios cruzaba,
y los de dos gaviotas,
cuyo tálamo era el agua;

La divina Rosalía,
la hermosa de la comarca,
fugitiva y anhelante
llegó, sudosa y turbada.



Su gentil cabeza y hombros
cubre un pañolon de grana,
dejando ver negras trenzas,
que un peine de concha enlaza;

Y de seda un toquilla,
azul, rosa, verde y blanca,
que las formas virginales
del seno dibuja y guarda.

Su gallardo cuerpo adorna
de muselina enramada
un vestido; con la diestra
recoge la undosa falda,

Y el pié primoroso y breve,
que apenas su huella stampa
en la movediza arena,
mas limpio desembaraza.

Bajo el brazo izquierdo tiene
un envoltorio de nada,
cubierto con un pañuelo,
do el jalde y rojo resaltan.

¡Inocente Rosalía!
¿qué busca allí?... Temeraria!
¡Cuál su semblante divino,
lleno de vida y de gracia,

Desencajado se muestra!....
¡qué palidez!.... ¡qué miradas!....
está haciendo, bien se advierte,
un grande esfuerzo su alma.

Sí, los ojos brilladores,
los ojos que tienen fama
en toda la Andalucía,
por su fuego y sus pestañas,

En el peñon, que lejano
apenas se dibujaba
entre la neblina (seña
de mudarse el tiempo) clava.

Dos lágrimas relucientes
sus mejillas deslustradas
quemán, un hondo suspiro
del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento:
luego de pronto la cara
vuelve á Estepona, temblando:
juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto.... Ay triste!
mas qué importa? Otra, mas alta,
mas fuerte, mas poderosa,
desde Gibraltar la arrastra.



En el peñasco asentóse,
de la hundida torre basa,
miró en torno, y de su seno
sacó y repasó esta carta:

“Sí, mi bien; sin tí la vida
me es insoportable carga;
resuélvete, y no abandones
á quien ciego te idolatra.

» Contigo nada me asusta,
sin tí todo me acobarda.
Mi destino está en tus manos;
ten resolucion y basta.

» Resolucion Rosalía,
cúmpleme, pues, tus palabras:
no tendrás que arrepentirte,
te lo juro con el alma.

» En cuanto venga la noche,
volveré sin mas tardanza
al sitio aquel que tú sabes,
en una segura lancha.

» Espérame, vida mia:
si no te encuentro, si faltas,
ten como cierta mi muerte.
Corro al momento á la plaza

» De Estepona, allí pregonó
mi proscripto nombre, y paga
de mi amor será un cadalso
delante de tus ventanas.”—

Se estremeció Rosalía,
no leyó mas, y borrraban
sus lágrimas abundantes
las letras de aquella carta.

Llévala á los labios frios,
la estrecha al seno con ansia,
mira al cielo, *Estoy resuelta*,
dice, y se consterna y calla.

Torna al peñon (que parece
una colosal fantasma
con un turbante de nubes,
de nieblas con una faja)

La vista otra vez. La estiende
por la mar, que muerta y llana,
fundido oro se diría
del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto
que se mueve á gran distancia:
ya se muestra, ya se esconde.
Será?..... oh Dios!..... será?..... La escasa

Luz del crepúsculo, todo
lo confunde, borra y tapa.
Con los ojos Rosalía
los resplandores, que aun marcan

La línea del horizonte,
sigue. Una nube la espanta,
que por el sur aparece,
oscura y encapotada;

Y aun mas el ver acercarse
por allí dos velas blancas,
cuyas puntas ilumina
del sol ya puesto la llama.

ROMANCE II.

LA NOCHE.

ENTRÓ la noche; con ella
despertándose fué el viento,
y el mar empezó á moverse
con un mugidor estruendo.

Las nubes entapizando
el oscuro y alto cielo,
la débil luz ocultaban
de estrellas y de luceros.

No habia luna; densas sombras
en corto rato envolvieron
tierra y mar. De Rosalía
ya desfallece el esfuerzo.

Arrepentida, asombrada,
intenta.... No, no hay remedio.
Cierra los ojos, é inclina
la cabeza sobre el pecho.

La humedad la hiela toda,
corto abrigo es el pañuelo;
tiembla de terror su alma,
tiembla de frio su cuerpo.

Si cualquier rumor la asusta,
mas sus mismos pensamientos;
pues ni uno solo le ocurre
de esperanza ó de consuelo.

Las velas que ha divisado
cuando el sol ya estaba puesto,
la atormentan, la confunden.
Las ha conocido: cielos!

Son, sí, las del guardacosta,
jabeque armado y velero,
terror de los emigrados,
de contrabandistas miedo.

Infelice Rosalía!....
á las ánimas de lejos
tocar las campanas oye
de la torre de su pueblo.
¡Oh cuánto la sobresaltan
aquellos amigos ecos!
Parécele que son voces
que la nombran.—Gran silencio
Reinó despues largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
llegan á besar la peña,
de Rosalía los tiernos

Pies mojan..... y no lo advierte:
clavada está. Los destellos
de la espuma que se rompe,
secas algas revolviendo,

La deslumbran. De continuo
la reventazon inciertos,
fugitivos grupos blancos
le ofrecen del mar en medio,

Cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos
y la proa de un esquife
las causan..... Vanos deseos!

Asi pasó largas horas,
cuando un lampo vé de fuego
en alta mar, y en seguida
oye al cabo de un momento

Poumb!..... y retumbar en torno
como un pavoroso trueno,
que se repite y se pierde
de aquella costa en los huecos.

Vé pronto hácia el lado mismo
otros dos ó tres pequeños
fogonazos; mas no llega
el sordo estampido de ellos.

Otra roja llamarada....
Poumb! otra vez.... Dios! qué es esto?
Repitiéndose perdióse
este son como el primero.

No hubo mas: creció furioso
el temporal, y mas recio
sopló el sudoeste; las olas
de Rosalía el asiento

Embisten, de agua salobre
la bañan; estar mas tiempo
no puede allí: busca abrigo
de la torre entre los restos.

La lluvia cae á torrentes,
parece que tiembla el suelo;
dijérase ser llegada
ya la fin del universo.

ROMANCE III.

LA MAÑANA.

RAYA en el remoto oriente
una luz parda y siniestra;
á mostrarse en vagas formas
ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso
ofrece naturaleza,
las olas como montañas,
movibles y verdinegras

Se combaten, crecen, corren
para tragarse la tierra,
ya los abismos descubren,
ya en las nubes se rebientan.

Rómpense en las altas rocas
alzando salobre niebla,
y la playa arriba suben,
y luego á su centro ruedan

Con su asordante estruendo:
silba el huracán, espesa
lluvia el horizonte borra,
y lo confunde y lo mezcla.



La infelice Rosalía,
toda empapada, cubierta
con el pañolón mojado,
que ó bien la ciñe y aprieta,

O agitado por el viento,
le azota el rostro y flamea,
volando ya desparcidas
fuera de él las negras trenzas;

Falta de aliento, de vida,
el alma rota y deshecha,
asida de los sillares
se aguanta inmóvil y yerta.

Aparicion de otro mundo,
Sílfida, á quien maga artera
cortó las ligeras alas,
la juzgáran, si la vieran.

Tiende espantados los ojos
por el cáos: nada encuentra
que socorro ó que consuelo
en tal apuro la ofrezca.

Descubre que una gran ola,
que tronadora se acerca,
entre las blancas espumas
envuelve una cosa negra:

De ella no aparta los ojos,
vé que en la playa se estrella,
que al huir deja un sombrero
rodando sobre la arena,

Y una tabla.—Rosalía
salta de las ruinas fuera,
corre allá, mientras las olas
se retiran. No la aterra

Otra mayor, que se avanza
mas hinchada, mas soberbia.
Vé en el madero lavado
los restos de sangre fresca....

Coge el sombrero..... infelice!
Lo reconoce..... las fuerzas
le faltan, cae, y al momento
precipítase sobre ella

Una salobre montaña
que la playa arriba entra,
y rápida retrocede,
no dejando nada en ella.



Cual si dar, tan solo objeto
de la borrasca tremenda,
lecho nupcial en los mares
á dos infelices, fuera;

A templar su furia ronca
los huracanes empiezan,
bajan las olas, la lluvia
se disminuye, y aun cesa.

Rómpese el cielo de plomo,
y por pedazos se muestra
el azul, que ardientes rayos
de claro sol atraviesan:

Ya se aclara el horizonte;
por el lado de la tierra
fórmanlo azules colinas,
que aun en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura,
movible, la forma y cierra
del lado del mar, y asoma
la claridad detrás de ella.

Aunque silba duro el viento,
aunque es la resaca récia,
torna al mundo la esperanza
de prolongar su existencia.

En estó una triste madre
y un tierno hermanillo llegan,
buscando á su Rosalía,
á aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,
muertos de cansancio y pena,
tienden en reedor los ojos,
y nada, oh martirio! encuentran.

Al retroceder las aguas,
unas femeniles huellas
de pié breve reconocen
estampadas en la arena....

“Rosalía!... Rosalía!!!”

Gritan, y no oyen respuesta.
Van á la arruinada torre,
y hállanse sobre una piedra

Un envoltorio deshecho
entre fango, espuma y tierra,
y un pañuelo rojo y jalde,
que le sirve de cubierta.





INDICE

DE LAS COMPOSICIONES

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

PRÓLOGO.	PAG.	v
UNA ANTIGUALLA DE SEVILLA. . .		1
EL ALCÁZAR DE SEVILLA.		19
EL PARRICIDIO.		45
D. ALVARO DE LUNA.		67
RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE.		91
UN EMBAJADOR ESPAÑOL.		149
LA BUENA VENTURA.		157
LA MUERTE DE UN CABALLERO. . .		183
AMOR, HONOR Y VALOR.		189
LA VICTORIA DE PAVÍA.		213
UN CASTELLANO LEAL.		249
EL SOLEMNE DESENGAÑO.		263
UNA NOCHE DE MADRID EN 1578. .		311
EL CONDE DE VILLAMEDIANA. . . .		333
EL CUENTO DE UN VETERANO. . . .		371
BAILÉN.		419
LA VUELTA DESEADA.		437
EL SOMBRERO.		451

1881

January 1st

January 2nd

January 3rd

January 4th

January 5th

January 6th

January 7th

January 8th

January 9th

January 10th

January 11th

January 12th

January 13th

January 14th

January 15th

INDICE

DE LOS ROMANCES DE CADA COMPOSICION.



UNA ANTIGUALLA DE SEVILLA.	
Romance I.— <i>El Candil</i>	Pag. 1
Rom. II.— <i>El Juez</i>	5
Rom. III.— <i>La Cabeza</i>	10
EL ALCAZAR DE SEVILLA.	
Romance I.	19
Romance II.	24
Romance III.	30
Romance IV.	35
EL FRATRICIDIO.	
Rom. I.— <i>El Español y el Francés</i>	45
Rom. II.— <i>El Castillo</i>	48
Rom. III.— <i>El Dormido</i>	54
Rom. IV.— <i>Los dos Hermanos</i>	61
D. ALVARO DE LUNA.	
Rom. I.— <i>La Venta</i>	67
Rom. II.— <i>El Camino</i>	71
Rom. III.— <i>Las Calles.—La Capilla.—El Palacio</i>	77
Rom. IV.— <i>La Plaza</i>	84
RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE.	
Rom. I.— <i>El Niño hambriento</i>	91
Rom. II.— <i>El Almuerzo</i>	97
Rom. III.— <i>La Dama</i>	108
Rom. IV.— <i>Tiempo perdido</i>	124
Rom. V.— <i>La Reina</i>	134
Rom. VI.— <i>Conclusion</i>	141
UN EMBAJADOR ESPAÑOL.	
Romance I.	149
Romance II.	153
LA BUENA VENTURA.	
Rom. I.— <i>La Cita</i>	157
Rom. II.— <i>Las Cuchilladas</i>	162
Rom. III.— <i>El Embarco</i>	169
Rom. IV.— <i>Conclusion</i>	181
LA MUERTE DE UN CABALLERO.	
Romance.	183
AMOR, HONOR Y VALOR.	
Rom. I.— <i>El Ejército</i>	189
Rom. II.— <i>La Tienda</i>	199
Rom. III.— <i>El Caballero</i>	206

LA VICTORIA DE PAVIA.

Rom. I.— <i>Pescara y los españoles.</i>	213
Rom. II.— <i>El estandarte ante todo.</i>	226
Rom. III.— <i>Un Rey prisionero.</i>	233
Rom. IV.— <i>Un Andalúz.</i>	240
Rom. V.— <i>Conclusion.</i>	246

UN CASTELLANO LEAL.

Romance I.	249
Romance II.	251
Romance III.	255
Romance IV.	260

EL SOLEMNE DESENGAÑO.

Rom. I.— <i>El Galan.--La enfermedad.</i>	263
Rom. II.— <i>La ausencia.</i>	273
Rom. III.— <i>Un sol apagado.</i>	281
Rom. IV.— <i>Viage fúnebre.</i>	295
Rom. V.— <i>Lo que es el mundo.</i>	301

UNA NOCHE DE MADRID EN 1578.

Rom. I.— <i>Tres galanes.</i>	311
Rom. II.— <i>La meditacion.</i>	318
Rom. III.— <i>El secreto.</i>	323
Rom. IV.— <i>La cartera verde.</i>	327
Rom. V.— <i>El cadáver.--El fugitivo.--El muerto.</i>	333

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Rom. I.— <i>Los toros.</i>	335
Rom. II.— <i>Las máscaras y las cañas.</i>	344
Rom. III.— <i>El sarao.</i>	352
Rom. IV.— <i>Final.</i>	362

EL CUENTO DE UN VETERANO.

Introduccion.	371
Rom. I.— <i>El Ayudante.</i>	374
Rom. II.— <i>El alojamiento.</i>	379
Rom. III.— <i>El refresco.</i>	385
Rom. IV.— <i>Un compromiso.</i>	394
Rom. V.— <i>La Monja.</i>	401
Rom. VI.— <i>Algo mas.</i>	413

BAILEN.

Rom. I.— <i>Sevilla.</i>	419
Rom. II.— <i>La agresion.</i>	425
Rom. III.— <i>La victoria.</i>	429

LA VUELTA DESEADA.

Romance I.	437
Romance II.	442

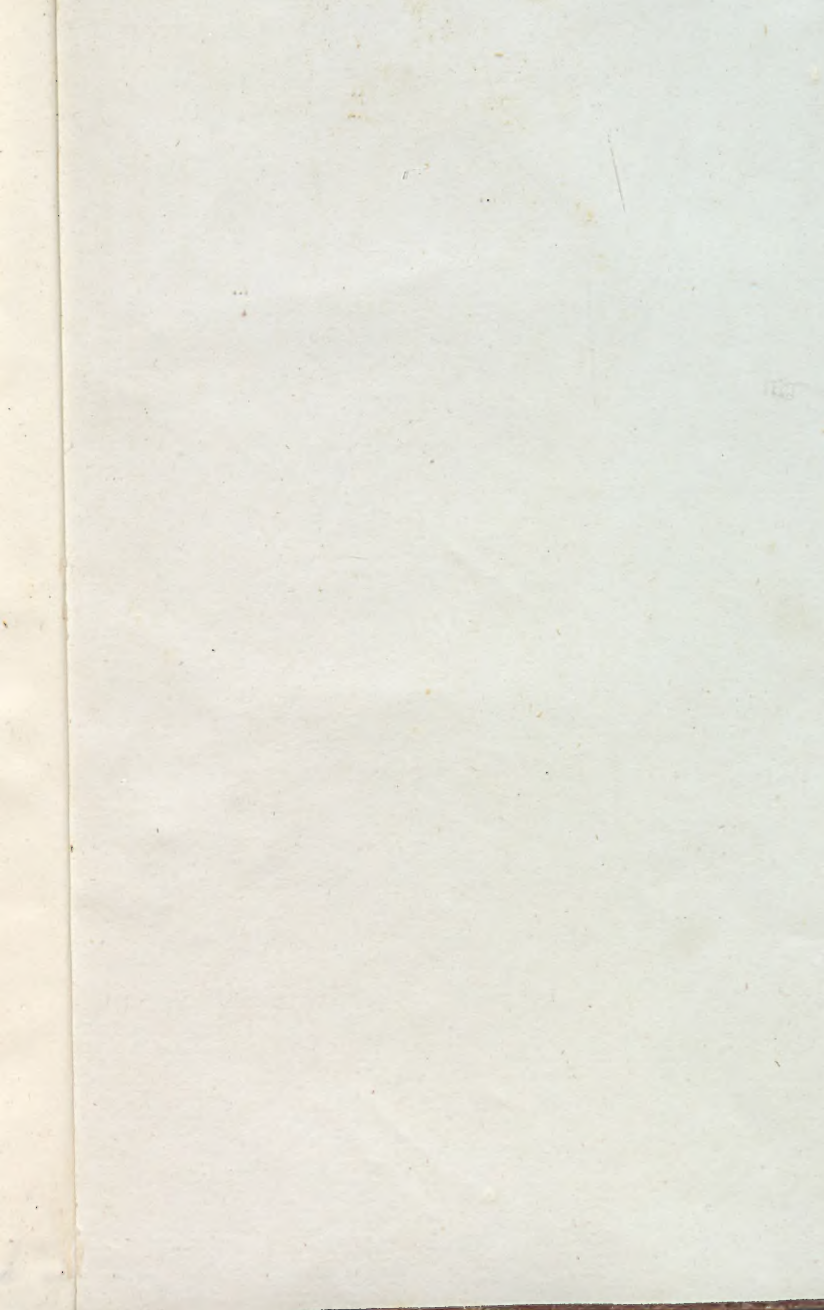
EL SOMBRERO.

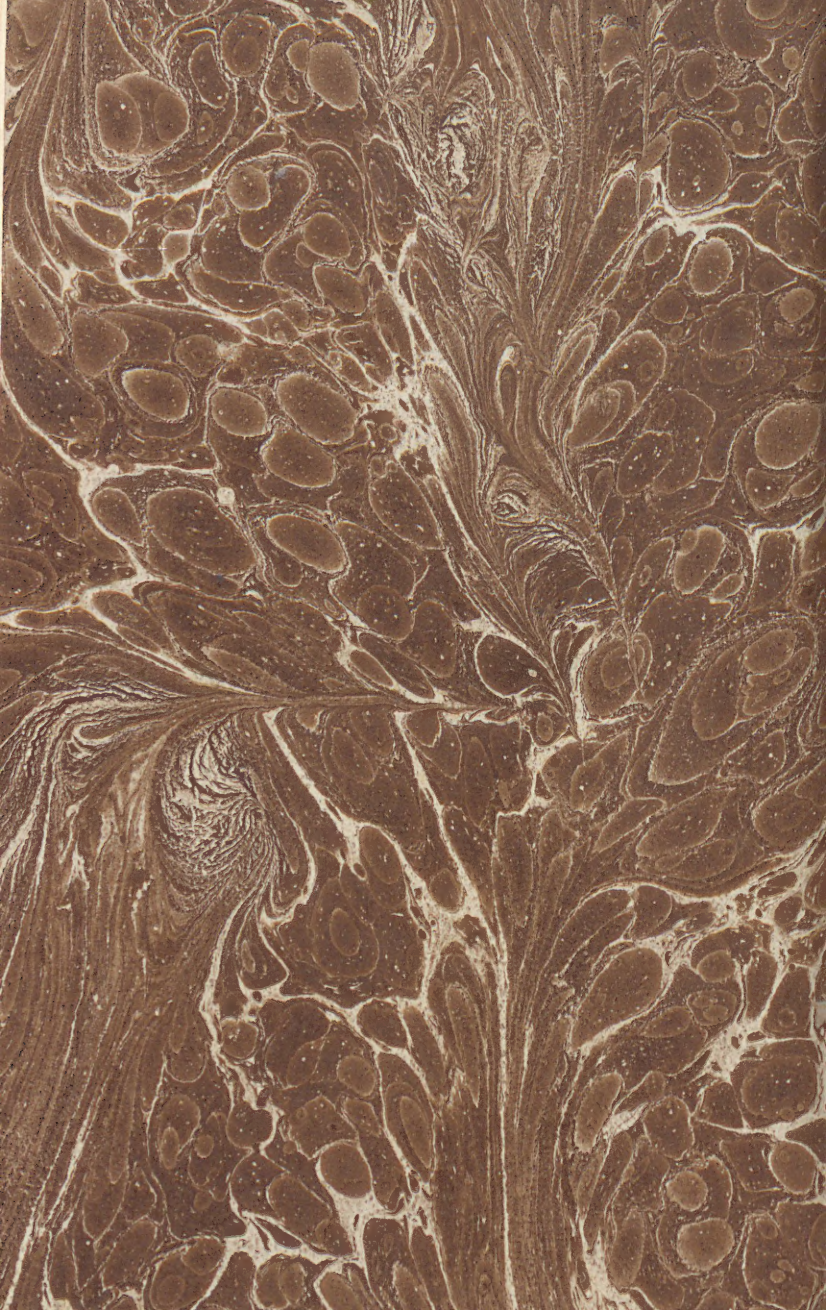
Rom. I.— <i>La tarde.</i>	451
Rom. II.— <i>La noche.</i>	457
Rom. III.— <i>La mañana.</i>	460

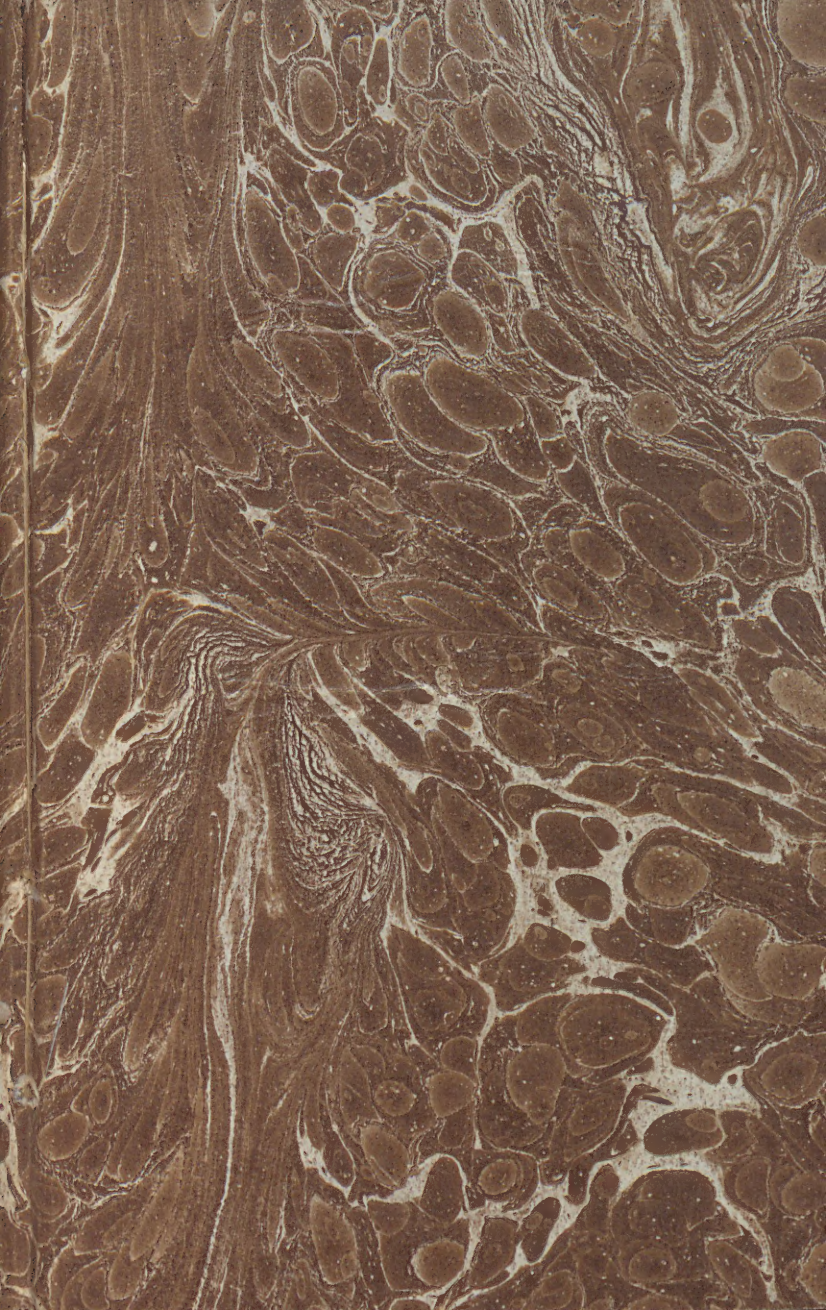
ERRATAS.

PAG.	VER.	DICE.	LEASE.
9	12	horó	oró
45	12	vez	véd
53	4	confuso :	confuso ,
57	8	queja ;	queja.
96	16	venian.	venian,
100	6	caso	cosa
120	17	hilo	hiélo
124	12	joven:	joven.
139	21	Quitóse	Quítase
142	22	confuso.	confuso
181	12	orbe.	orbe,
194	14	esfuerzo.	esfuerzo
252	3	motas	martas
296	28	tira.	tira,
297	26	ataujala,	ataujía,
316	3	petrimetre	petimetre
id.	17	segunde	segundo
336	14	muro , de	muro de
338	24	dilatados,	datilados,
395	23	ser cierto de que	de que ser cierto
431	16	tener	tender
id.	18	los	les
434	11	muerte	méta
id.	20	Mont-Sení	Mont-Céni









252

ROMANCES

HISTORICOS

210